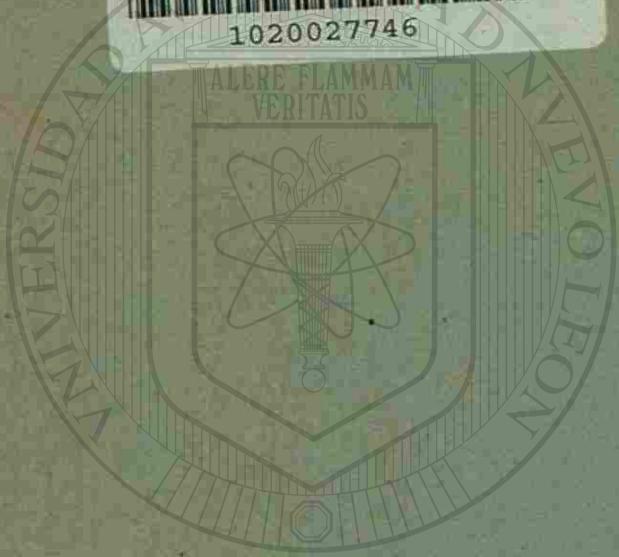




1020027746



UANL

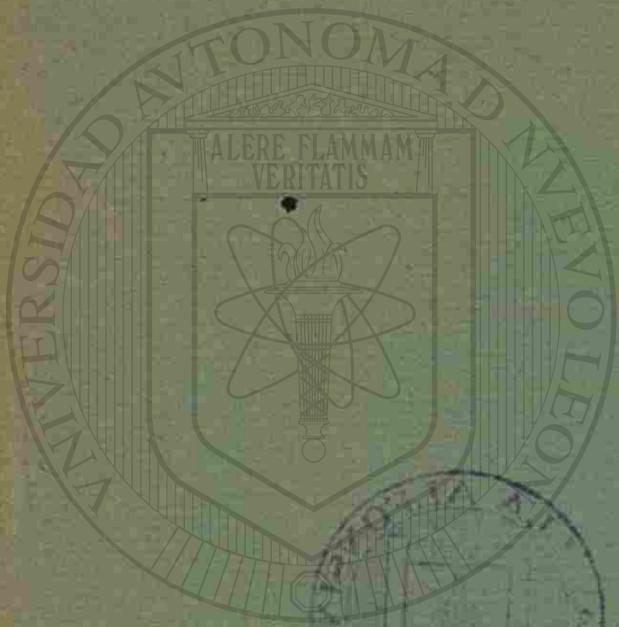


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Núñez de Balboa, 12

1906

33594

E. MARQUINA

Benvenuto Cellini

BIOGRAFÍA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS

U A N L

099681





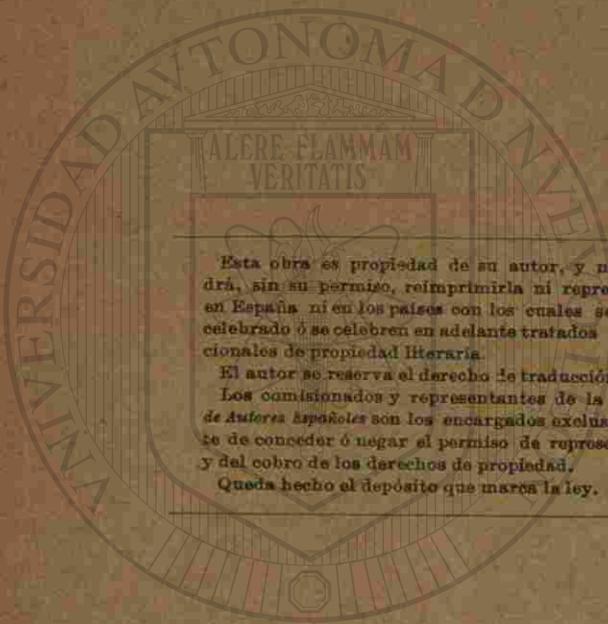
BENVENUTO CELLINI

UANI

Num. Clas. 862.02
Núm. Autor M 357
Núm. Adg. 33594
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificado LEÓN
Catálogo _____

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BENVENUTO CELLINI

BIOGRAFÍA DRAMÁTICA EN CUATRO ACTOS

POR

E. MARQUINA

Representada por primera vez en el TEATRO DE LA PRINCESA de Madrid,
el 24 de Marzo de 1906



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

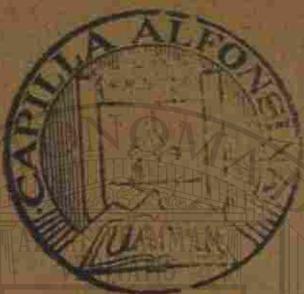
MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 13 s/n.
Teléfono número 551

1906

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

33594



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

A Mariano Benlliure

*Que nuestra amistad, comenzada en
la mutua admiración al bravo artista
del Renacimiento, crezca á diario y
dure siempre.*

E. Marquina.

Madrid 26 Marzo 1906.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO XIII"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

REPARTO

PERSONAJES

BENVENUTO CELLINI.....
ESCORPINA.....
PANTASILEA.....
FAUSTINA.....
PORCIA.....
LA GAMBETTA.....
LA CAPRETTA.....
LAURA.....
CATALINA DE MEDICIS.....
LUCAS ANGELO.....
PAULO.....
EL REY FRANCISCO I.....
CARDENAL DE FERRARA.....
ASCANIO.....
FÉLIX GUADAÑA.....
ALBERTO BENDELIO.....
LACTANIO GORINI.....
EL GOBERNADOR DE PALACIO.....
EL NUEVO APRENDIZ.....
EL DELFÍN ENRIQUE.....
UN VIEJO FLORENTINO.....
UN JOVEN FLORENTINO.....
ANDRÉS.....
UN PAJE.....
JACOBO.....
CARADOSSO.....
UN MANCEBO.....

ACTORES

SR. ECHAIDE.....
SRTA. MORENO.....
ORLA.....
TORRES.....
QUIJADA.....
SRA. RODRÍGUEZ.....
SRTA. QUIJADA.....
SRA. SORIANO.....
SRTA. TORRES.....
SR. LÓPEZ ALONSO.....
SRTA. BLANCO.....
SR. GÓMEZ.....
VIÑAS.....
CATALÁ.....
NORRO.....
REDONDO.....
NORRO.....
LEYVA.....
CASTRO.....
NÚÑEZ.....
LEYVA.....
ROMÁN.....
SRTA. LEYVA.....
SR. CATALÁ.....
LEYVA.....
LUCIO.....

Vecinos, aprendices, gente del pueblo, etc., etc.

Los dos primeros actos se desarrollan en Roma, el tercero en
París y el cuarto en Florencia
La acción en la primera mitad del siglo XVI

DIRECCIÓN GENERAL DE

ACTO PRIMERO

PRÓLOGO

Es este lugar del prólogo, el obrador de Lucas Angelo, aurífice romano. Corren los años de 1525. Cuidarése de dar á todos los detalles de la escena, en muebles, accesorios y disposición, el justo color de época, que es muy necesario. El obrador de Lucas Angelo está lleno de labores comenzadas y otras acabadas, de oro y plata, de gran tamaño: jarras, candelabros, fuentes, aguamaniles de formas elegantes. Hacia la derecha habrá unos peldaños que comunican con las habitaciones altas, donde vive la familia del aurífice Lucas Angelo y él mismo. En el fondo habrá una gran mesa con obras de orfebrería; encima de ella una ventana con reja, por la que se alcanza á ver los coronamientos de los edificios en aquella parte de Roma y el cielo crepuscular que los cobije. Del lado de la mesa habrá algunas grandes sillas y, todavía en la pared del fondo, pero tirando un poco al lado izquierdo, la gran puerta de entrada al obrador, que gira sobre gruesos gornes y que tiene cerrada media hoja. Hay en la escena, además de lo descrito, dos mesas de trabajo; una, la más grande, adosada al arco de la escalera que conduce á las habitaciones altas. Sobre ella hay un jarro de plata ya terminado y otras piezas de orfebrería de gran tamaño, con los útiles necesarios para trabajos tales. Otra de las mesas, la más pequeña, está precisamente al otro lado de la escena, y en ella apenas hay útiles, sino unos pequeños cincelos y pinclitas muy finas de obras de menuda joyería. Dicha mesa estará al lado de una arquilla; junto á la arquilla algunas telas pintadas, copias de cuadros de Rafael, y encima de la arquilla, en un jarrón de plata, muchas y bellas flores que forman un conjunto agradable. Al levantarse el telón declina el día, y por la reja del fondo se ve el cielo anaranjado y dorado de la puesta.

ESCENA PRIMERA

LUCAS ANGELO; estará delante de una mesa, de pie, junto al señor ALBERTO BENDELIO, médico, que habla con el aurífice

LUC. Digoos que, en el oficio, ya las bellas cosas ceden el paso á las cosas de provecho.

ALB. Por cierto, nunca fué esa la manera ni opinión de los antiguos.

LUC. Si traéis la cabeza llena de los antiguos, ¿por qué entráis en la tienda de Lucas Angelo, señor Alberto?... Yo no estimo el arte en más de lo que rinde. ¿Por qué creéis que Lucas Angelo ve crecer cada día el número de sus clientes y empecé con dos mancebos y hoy apenas si diez bastan á ayudarme?... Porque mis obras no son de apariencia y fantasía, sino sólidas y á fondo. Dejaos de las gracias del diseño que es tercero en burtos de aurífices tramposos. Mis obras valen tanto molidas como cinceladas, y no digo más, porque las acabo siempre en obras útiles.

ALB. Maestro Lucas, vuestros razonamientos no me cambian una mota de lo que era al entrar en vuestra tienda... Si os dijera, después de ellos, que un diseño gracioso y agradable vale para mí más escudos que el oro de más quilates...

LUC. Creería, señor, que nunca romano de más disparatado juicio había puesto los pies en mi obrador... y sea dicho con respeto.

ALB. Yo, maestro Lucas, soy amigo del Buonarrotti y florentino.

LUC. Ya sé, señor, que es Florencia país de grandes locos.

ALB. ¡Maestro!

LUC. No; no va con vos ahora... y serenaos. Sinó que hace unos meses me llegó de Florencia un mancebito con las disposiciones más famosas para nuestro oficio que yo he visto

en hombre alguno. Os digo que verle trabajar con el cincel es para quedarse con la boca abierta. Pues imaginad que va mi hombre y se pasa las horas en el palacio del señor Andrés Gichi, y allí copia y recopia las telas de Rafael de Urbino, y el otro día trajo unos dibujos que á mí me parecieron cosas tan bellas como inútiles para el oficio...

ALB. Conozco el palacio de los Gichis y las admirables cosas que ha juntado en él la magnífica señora Porcia.

LUC. Para esa magnífica señora, ha acabado hoy un joyel mi mancebo, que tengo yo por la más admirable manera de perder el tiempo que hasta el día se ha inventado.

ALB. ¿De qué nombre es vuestro mancebo?

LUC. Se llama Benvenuto Cellini y es hijo del maestro Juan, el arquitecto.

ALB. Creo yo que el Benvenuto querría encargarse de hacerme esos vasos á la manera de los antiguos, de que vos os burláis tanto.

LUC. Posible es que se encargue, porque pegan mucho en él todas esas chocantes bagatelas.

ALB. (Señalando la mesa pequeña.) ¿Es aquí su sitio de trabajo?

LUC. Aquí y fuera de aquí; bajo aquella ventana y en cada peldaño de esa escalera; en la iglesia y en el castillo con los guardas; en riñas con muchachos, y en comilonas con mozas de partido; bebiendo los vientos y tragándose el sol; en todos sitios y de todas maneras; de obra, de pensamiento y de palabra; con daño y con fortuna, con riesgo y con reposo, con el cincel ó con la daga, con apreturas ó á sus anchas, con las manos ó con los dientes, mi mancebo anda siempre metido en trabajos y de nada saca nada y para todo es hombre y se hace amar y aborrecer al mismo tiempo. Con deciros que no le puedo ver y me da grima el pan que come y, sin embargo, le tengo en mi casa y le mantengo y le doy mesa y útiles de trabajo, os he explicado á poca costa el gran

desbarajuste que es él y que lleva consigo a donde vaya...

ALB. Parece que sois vos hombre demasiado práctico para mantener, como decís, á ese galopin maese embrollos, si no sacárais de él algún provecho.

LUC. ¡Ay! que no es por mi propia voluntad, sino por la ajena, por lo que le mantengo aquí. (Como empezando á hacerle confidencia.) Figuraos... (Por lo alto de los peldaños asoma su cabeza y medio cuerpo la Escorpina. Es bastante morenita, de aspecto salvaje, veloz en su andar, y ceñuda y profunda en la mirada.)

ESCENA II

DICHOS y ESCORPINA

ESCOR. Benvenuto, ¿se fué ya Benvenuto?

LUC. (Interrumpiendo la conversación y cambiando por completo de aspecto en cuanto ve á Escorpina.) Y ahora, callaos, señor, porque ese animalillo que veis es mi mujer... (Alberto hace gesto de que tendrá prudencia.)

ESCOR. (Bajándose de la escalera á saltos; lleva la falda recogida y flores en ella. Llega andando apresurada á la argolla que hay en la parte izquierda y muy nerviosa quita las flores que hay en el jarrón, y, mientras habla, las sustituye por las que trae en la falda.) Lucas... poca voluntad pones en halagar á Benvenuto... tanto honor como te da con sus trabajos, tan bravo mancebo como es y tanto que se hace querer. (Por señas que le hace su marido de que repare en el señor Alberto.) No, no me hagas señas de que hay aquí gentes extrañas; porque espero yo que ese señor caballero no va á extrañar de que tratemos bien á quien puede darnos tanto honor.

ALB. Nada más lejos de mi pensamiento, gentilísima señora. (Inclinándose con una sonrisa en que hay malicia. A Lucas.) Otro día visitaré vuestro taller, maestro Lucas, por ver si en-

cuentro á Benvenuto y hablo con él de aquel encargo de los vasos consabidos.

ESCOR. (Cambiando de expresión.) ¿Buscáis á nuestro Benvenuto, señor caballero? ¿Habéis acudido ya al renombre de su fama?

LUC. No, sino que yo le hablé de nuestro Benvenuto, señora esposa.

ESCOR. Sois un hombre excelente, Lucas Angelo. Esperad, señor caballero, que pronto va á llegar el que aguardáis.

LUC. Hiciérais mejor en retiraros, creo yo. Si Benvenuto se adoba y acicala para ir en casa de la magnífica señora Porcia, como yo supongo, dad por seguro que tardará en estar á punto buena pieza. Yo sé que pone empeño en gustar á esa señora, porque espera de ella grandes cosas. (Con intención para mortificar á Escorpina.)

ALB. Maestro Lucas Angelo: yo he tomado ya demasiado de vuestro precioso tiempo. Sé que la propia Santidad del Papa os había encargado este jarro, y sé que apenas puesto el sol, le espera. Cumplid vos con él y dejad que yo cumpla con vosotros, retirándome!... (Hace acatamiento á Escorpina. Lucas Angelo se llega al fondo acompañándole; luego vuelve á escena y violentamente sacude á Escorpina por el brazo.)

ESCENA III

LUCAS ANGELO y ESCORPINA

LUC. ¡Sabe, Juana, que esto acaba aquí!

ESCOR. Sabe Lucas, que me alegro.

LUC. ¿Sospechas de qué hablo?

ESCOR. No.

LUC. Pues, ¿cómo dices que te alegras?

ESCOR. Porque me hastias y dices que va á acabar algo, y contigo todo lo que sea acabar me place á todas horas.

LUC. ¡Es mi paciencia lo que va á acabar!

ESCOR. Pues ya no me alegro, Lucas

LUC. ¿Por fin me temes un poquito?

ESCOR. No; sino que tocante á tu paciencia demasiado sé yo que no se acaba...

LUC. ¡Juana!

ESCOR. Maestro Lucas: tenéis obra que entregar y no hay dinero en casa...

LUC. Maestra Juana: no soy yo el solo que debe entregar obra en el taller...

ESCOR. ¡Ah! ¡bellaco también, y ahora me afrentas! ¿Pretenderás que á otro que á tí le pida yo dineros?...

LUC. No sabes hablar sin herirme.

ESCOR. Ni tú sin injuriarme.

LUC. ¡Yo soy el que injuria!... ¡Cielos! ¡Cielos, venid á decirme qué arte es este de la mujer, que con esta facilidad trabuca los papeles! ¡Yo el que injuria! ¿yo? ¡Pues entonces yo debo ser Juana y tú el maestro Lucas Angelo, antes lleno de honor entre todos los aurifices! ¡Yo soy Juana, pues! ¡La que engaña sin remordimiento y traiciona sin enmienda y miente sin pudor y vive sin provechol! ¡Dime tú si yo, que injurio, tengo la graciosa cara de serpiente de aquella Juana impúdica que da su mano á besar al Benvenuto! (Va á ella amenazador.)

ESCOR. (Haciéndose atrás con un salto: los ojos le brillan.) ¡Oh!... ¡échame de casa con repudio, si tu quieres, pero no me toques que te mordería!

LUC. (Después de una pausa, respondiéndose.) Eso quisieras tú; ir á repudio y compuestica: aguarda no más tiempo que mi vuelta de haber hablado al Papa y recobra los Espíritus. Bula te voy á traer del gran Clemente como, por gracia especial y sin daño, estás descasada y puedes casarte, á espaldas de la iglesia, setenta veces siete, que así dijera el otro para decir cortesana... pues, ¿qué más quisieras tú sino que te echara de mi casa para tener razón de entrar en las ajenas?... No, paloma, no... conmigo te guardo, que te estoy aficionado... tú, quiero que me sirvas porque estoy acostumbrado á tus servicios... quiero ser como los Papas y los Reyes, que sientan

á su mesa los vicios más desvergonzados... esta ruín venganza tomo yo, que antes de enseñármela tú, no conocía ruindad... Ya estoy hecho á la lepra y temo que de quitármela, la sangre se me envenenara.

ESCOR. Ni á ese punto he llegado, ni creo merecer con mi conducta las cosas que tú dices.

LUC. Todo se andará... que yo sé que estás bien dotada para hacer grandes merecimientos, por el camino que has tomado.

ESCOR. (Haciendo violento ademán de volver á subir la escalera.) Me hastias...

LUC. (Deteniéndola con lo imperativo de la voz.) ¡Juana!... (Escorpiña se detiene, vuelve la cabeza y pregunta con la mirada.)

LUC. (Transición.) Voy á salir; tráeme acá mi manto. (Escorpiña, muy sumisa, va al foro y desenlga el manto y le ayuda á ponérselo.) Arrégname ese jarro y esa fuente, que me corre la audiencia y voy ahora mismo á hacerle al Papa entrega de ellos.

ESCOR. (Sin chistar, desempeña su cometido, haciendo un gran flo con el jarro y la fuente que están encima de la mesa grande.) ¿Mandas má?

LUC. ¡Oh! ¡justos cielos! ¿No me envidiais? ¡Oh sol, cubierto y ciego en el ocaso! ¿No vuelves el rostro un poco para mirar esta apacible sumisión, este divino trueque? ¡Oh, amantes afortunados! ¿Cual de vosotros puede gloriarse de haber visto, en la mujer querida, tanta sumisión y tanta complicencia, como el merido odiado, cuando sale de casa, dejándola sin dueña? ¡Oh, qué orgulloso estoy de tí, tesoro mío! (Va á salir, toma el paquete y se dirige á la puerta del foro.)

ESCOR. ¿Nada más quieres?

LUC. Es verdad: volviendo de mi audiencia pienso traer dinero en grande, que alguna compensación han de tener nuestras desdichas: temo que me sigan á estas horas y quieran asaltarme. Ya no llevo esjada por no hacerle afrenta, pero hoy quiero pedirle, como cobarde que soy, la fuerza de su apoyo... Traémela, esposa, y ciñámela tus propias

manos: que sólo ha de salir para cruzarse con ladrones.

ESCOR. (Que no puede soportar más afrentas: mientras le ciñe la espada.) Sospecho, señor, si aquello que decíais, que acababa, no fuese la galantería proverbial de los romanos.

LUC. ¡Oh, no, esposa! Quise decir que esta noche acababa este embrollo magistral de nuestro Benvenuto. Y verás tú cómo va á acabar, no sea que te coja de susto y te me pases. Le he dicho á Benvenuto que no tenía yo dineros para mantenerle más: que si no se gana, en el mundo no se come. Conoces tú su orgullo: me ha respondido con una apuesta: estaban presentes mis mancebos y algunos vecinos, que luego vendrán á ser testigos en la causa. «Maestro: me ha dicho, » si esta noche no traigo yo más escudos por » mi obra que vos por la vuestra, consiento » en dejar vuestra casa y aun de salir de » Roma, no intentando dar un paso más en » este oficio para el que me tendré por in- » capaz.» Le he aceptado la apuesta y es formal: yo sé en qué miseria se tasan, por la gente rica, esas bagatelas que él cincela: es seguro que esta noche pierde la apuesta, y y tú no ignoras que Benvenuto nada tiene en más estima que el honor de su palabra. Hasta pronto, Juana. (Vase Lucas Angelo.)

ESCOR. Todas sus injurias hablan resbalado sin herirme, y esta poca amenaza, viene sobre mí como una montaña que me aplasta... ¡Oh, si te pierdo, Benvenuto, será mi vida la que acabe! (Queda abismada: la cabeza entre los hombros, los ojos fijos en el suelo, sentada junto á la mesa de labor de Lucas Angelo.)

ESCENA V

DICHA, BENVENUTO CELLINI

BEN. (Sale bizarramente percibido para dirigirse al palacio de la señora de Porcia. Cuenta veintitrés años, con

todo el ímpetu y esplendor de una mocedad naturalmente dotada. Lleva en la una mano, la joya terminada, y con la otra acciona ampliamente, acompañando la preparación del discurso que piensa dirigir á su gentil protectora: su voz aminorada ya momentos antes de salir.) Ved, señora, lo que supieron hacer unas manos que podían poco, al servicio de un deseo que quería mucho. La gracia de vuestro encargo me dió fuerzas para llegar á donde jamás me habría yo atrevido. Y así, señora Porcia, puedo afirmaros que á vos os debo más que á Dios, porque éste, dándome la vida, me dejó en lugar humilde, pero vos, con solo el dulce imperio de vuestra orden, me habéis quitado de aquel lugar, de donde Dios no pudo sacarme y me habéis levantado hasta vuestra misma altura, que es imponderable. (Queda el mancebo absorto en sí mismo como gustando todavía la música de su voz y de sus ensueños de gloria, y por fin, hace ademán de dirigirse á la puerta del fondo. Entonces repara en Escorpina, que habrá estado nequísima y suspensa de él, desde antes de salir. Cuando ha oído el nombre de Porcia, intercalado en el discurso, Escorpina ha bajado la cabeza y llevado la mano á sus ojos. Cuando presente que Benvenuto va á fijarse en ella, se enjuga los parpados y se repono por no darle pena.)

BEN. (Reparando en ella.) ¿Estáis aquí, Juana?... ¿Salió ya de casa el maestro? (Escorpina hace un gesto afirmativo. Benvenuto, avanzando un paso.) ¿Qué te parece del discurso que he preparado para ofrecer la joya, Escorpina mía?

ESCOR. Creo que ha de gustar sobremanera á la señora Porcia: nunca me has dicho á mí tan bellas cosas.

BEN. Vamos, deja quieto el corazón, que esos son empeños de mi arte.

ESCOR. No sé qué tenga que ver tu arte con la señora Porcia, ni con colmarla de alabanzas...

BEN. Con la señora Porcia tiene que ver mi arte, y con el esplendor de su palacio, y con los trajes que la visten y con las gentes que la hablan. De este cubil de alimañas donde lo he encontrado, quiero pasearlo triunfante

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

por las calles de Roma y por los caminos del mundo. Quiero del arte, que he encontrado sin honor en los escombros de las ruinas, y sin culto en los rincones de las casas, hacer cosa para todos, como el pan. Y aunque solo me pide este Dios mío la luz de mi inteligencia y el ministerio de mis manos, yo, de añadidura, quiero darle la virtud de mi palabra, y el fuego de mi sangre, y los sucesos de mi vida y el tuétano y dureza de mis huesos... Pero necio soy yo de hablar con hembra de estas cosas...

ESCOR. ¡Oh, no! Háblame, que quiero estar me siempre a lo que es tuyo.

BEN. ¿De verdad pones placer en estas cosas mías?

ESCOR. ¿Y me lo preguntas?

BEN. Bueno, Escorpina, fijate bien; ¿qué dirías tú si te ofrecieran esta joya?

ESCOR. ¿Yo? (Vacilante.)

BEN. Tú, sí, tú... ¿qué te parece?

ESCOR. Digo que si la hubieran hecho manos de ángeles, no habrían acertado a labrarla mejor que las tuyas propias, Benvenuto.

BEN. (Hace un gesto de asentimiento.) ¿Y qué más?

ESCOR. (Con miedo de irritarle, y sin saber que más decir.) ¿Qué más?

BEN. Sí, ¿qué más? prosigue el juicio; después de la alabanza viene el fundarla y dar la razón de ella, que es como el estribo donde hace hincapié para entrar de verdad en el espíritu. Vamos; sigue... di...

ESCOR. ¡Oh, no, no me atormentes más! Bien sabes tú que yo no entiendo de esas cosas... voy a disparatar... vas a irritarte... ¿por qué no me hablas de nuestras cosas, Benvenuto?

BEN. ¿De nuestras cosas dices? Pero, ¿hay cosa más mía que esta, a la que he dado vida con mis manos?

ESCOR. Est-y yo, Benvenuto, que seguiría siendo tuya, aunque me dices muerte con ellas...

BEN. (La mira con cariño y dice teniéndola abrazada.) Pues bien, estáme atenta: dime, por lo menos, una cosa; ¿no hay en mi obra una parte que te parece superior á las otras; más perfecta?

ESCOR. ¡Oh, tocante á eso, digo que sí! Y por mucho que admire toda la obra, creo yo que, como estos follajes de la izquierda, no hay parte en ella que más me captive y me seduzca.

BEN. (Con sincero transporte.) ¡Admirable tino que parece milagroso en mujer poco entendida! Desde ahora te digo yo que entiendes en nuestro arte más que el mejor aurífice de Roma. Porque, justamente me has alabado estos grotescos que son mi mejor timbre, y cosa no intentada en joyas desde que se labran. Maestra puedes ser de críticos. ¡Orgulloso me tienes, Escorpina!

ESCOR. (Con ingenua alegría.) ¡Oh! ¡Y tanto miedo como tenía yo en dar mi opinión! ¡Pero no me pone vanidosa el triunfo! Aunque me hurra equivocado, seguiría teniendo esos follajes por la parte más bella de tu obra...

BEN. No, Escorpina... si te hubieras equivocado...

ESCOR. (Acercándose a él y pasándole la mano por el cuello.) Una tarde estaba el maestro lejos, que llevaba unos encargos fuera del taller, y yo, sin saber cómo, arriesguéme á hablar al mancebillo osado Benvenuto: iban cruzadas muy pocas palabras, cuando el mancebo, que ya me había dicho mucho con miradas, tomándose por el talle, remató en mis labios toda la mayor osadía que cabe en hijo de mujer. Vi entonces que el mancebo Benvenuto, trabajando en esa joya, comenzaba esos follajes de la izquierda.

BEN. ¿Y esa es toda la razón que me das de tu alabanza?

ESCOR. ¿La quieres mayor aún? Pues ¿qué otra razón que amor esperabas de una pobre mujer que no sabe más que amar?

BEN. Digo que eres una loca enamorada y que acabas de enredarme en tu juego, y que tentado estoy de darte castigo, no haciendo otra cosa contigo, sino amarte!

ESCOR. ¡Oh, y dichosa yo si me cumples la amenaza!

BEN. (Llaman con dos golpes á la puerta.) ¿Quién va allá? (Va á abrir la puerta y se presentan en ella dos Vecinos.)

ESCENA VI

DICHOS y DOS VECINOS

VEC. 1.^o ¿Está en su taller el maestro Lucas Angelo?
BEN. Pronto va á estar si Dios le ayuda ó el diablo!

VEC. 2.^o Somos vecinos, enterados de la famosa apuesta que tiene esta noche con uno de sus mancebos, y venimos invitados por él á presenciarla.

BEN. Vecinos sois, sin duda, cuando tan poco tiempo habeis puesto en venir, que llegáis con una hora de adelanto.

VEC. 1.^o Si no lo tomáis á mal, pasearemos por la calle hasta que pase un poco el tiempo.

BEN. Sea como gustéis y tomad al sol poniente por bufón de vuestras vagancias envidiables.

ESCOR. (Desde la primera caja.) ¡Benvenuto!

BEN. (Mientras los dos vecinos hacen una gran reverencia para despedirse.) ¿Qué mandáis, señora? (Cuando desaparecen los vecinos, corre apresurado al lado de Escorpina.)

ESCENA VII

ESCORPINA y BENVENUTO

ESCOR. Dime, con verdad, ¿qué hay de esa malhadada apuesta de que ya me habló el maestro?

BEN. Hay, que salgo ahora mismo, con más prisa que un tiro de ballesta, en busca de la señora Porcia; que vuelvo de su palacio con el precio de mi obra y que confundo de una vez toda la envidia de mis enemigos en la estupidez del maestro Lucas Angelo.

ESCOR. ¿Y yo? (Angustada.)

BEN. Hay, que hoy da principio mi fama en el mundo y que por la mano de la señora Por-

cia comienzo á subir las escaleras del favor y la fortuna.

ESCOR. ¿Y yo? (súplase.)

BEN. Y tú... ¿qué?

ESCOR. ¿Si hoy perdieses tu apuesta, Benvenuto?...

BEN. Pero, ¿te atreves á imaginarlo?

ESCOR. ¡Ay, que siempre es imaginable la desgracia!... Si hoy la perdieses, saliendo tú de esta casa te pierdo para siempre.

BEN. Por cierto tengo ganarla.

ESCOR. Y si la ganas... siendo por merced de la señora Porcia... ¿quién me quita el temor de que se lo agradezcas demasiado?... Viendo ella toda la excelencia de tu mérito, ¿quién me dice á mí que no pretenda ser única en gozarlo? ¡Ay, Benvenuto... que de cualquier modo que pasen las cosas, bien conozco yo que hoy comienzan mis tristezas para no acabarse nunca!

BEN. (Conmovido.) ¡Escorpina!...

ESCOR. No estoy hecha á sufrir... Créi que no hablan de acabarse mis venturas. (Tomándole una mano.)

BEN. Aunque tus miedos fueran ciertos, Escorpina, y hoy que empieza mi fortuna, comenzara nuestro amor el sufrimiento... si salgo con verdad de esta tu casa y me echo al mundo y entro en los palacios y lleno de mi fama las ciudades y los reinos... si hemos de separarnos para siempre y no nos vemos más, andando el tiempo, cuando un día, en lo futuro, tropieces, en un sitio de honor, con el mármol bajo el cual duerman mis huesos, di, Escorpina, y no se engañará tu corazón: á éste que descansa aquí le perdió el arte porque incesantemente gastó todo su poder en su servicio, y yo le perdí porque hasta el último día de su vida quiso hacer más por merecerme. (Le besa en ambas manos y sale emocionado, dando á entender la grandeza del camino que emprende y la fe y voluntad con que lo emprende.)

ESCOR. (Besándose las manos en el mismo sitio en que ha puesto sus labios Benvenuto.) ¡Pobres manos

mias; presiento que tardará mucho en volver á besaros de este modo. (Se cubre la cara con ellas; se sienta en la arquilla y queda llorando con gran abatimiento.)

ESCENA VIII

ESCORPINA, PANTASILHA, FAUSTINA, CARADOSSO, JACOBO y VECINOS. Unos vecinos llegan hablando con los que ya desde hace rato paseaban por la calle

PANT. (A uno de los vecinos: los dos están en el marco de la puerta y casi entran en el taller.) Oye, tú, ¿quién es Benvenuto este que sale?

VEC. 1.º ¡Por las osadías que nos ha dicho, creo yo debe ser él!

PANT. Es muy apuesto.

FAUST. Pero nos ha mirado apenas.

PANT. De estos gusto yo, que en público no miran y á solas rinden.

CAR. ¿Y hasta ahora no ha salido Benvenuto? ¡Tiempo llevaremos de esperar!

JAC. Pronto ha de volver si no se tarda aposta para fastidiarnos; porque el palacio de los Gichis está aquí cerca.

PANT. ¿Venís vosotros á presenciar el resultado de la apuesta?

VEC. 1.º Y hace una hora que aguardamos.

FAUST. Nosotras venimos también... ¿Por qué no entráis?

JAC. Nada nos ha dicho la señora Juana. ¡Esperamos que venga el maestro!

PANT. No os habrá visto Escorpina... nosotras entramos. (Lo hacen. Entran con bulla en escena, Pantasilha, Faustina y algunas vecinas más; Juana vuelve á ellas la cabeza sin ánimo de salirles al encuentro. Quedan los vecinos todavía en la calle.)

ESCENA IX

DICHOS

PANT. Buenas noches, Escorpina. Ya debes saber... Venimos á presenciar la apuesta...

ESCOR. (Melancólicamente.) ¡Entrad!

FAUST. ¡Mira, mira qué hermosas flores tiene en este jarro Benvenuto!

PANT. Con tanta gracia están puestas, como si las hubiesen colocado manos de mujer.

FAUST. ¿No sospechas que sean presente de Escorpina?

PANT. (Volviéndose á examinar á Juana.) Ahora que reparo en su inquietud, digo que sí.

CAR. (Gritando fuera.) ¡Aquí viene el maestro Lucas Angelo! (Las mujeres corren á la puerta para ver mejor.)

VEC. 1.º ¡Le rodean sus discípulos!

JAC. ¡Y trae cara de no perder! ¡Vamos á que nos cuente nuevas! (Queda solamente en el marco de la puerta el grupo de mujeres.)

PANT. ¡Si que viene; ya lo veo!

ESCOR. (Levantándose y yendo á ellas.) ¿Es de verdad que llega Lucas Angelo? (Gritería en la calle.)

FAUST. Ahí le tienes. (Saliendo con todos de la puerta para dejar el paso libre.)

ESCENA X

DICHOS, LUCAS ANGULO, Aprendices, Vecinos y gente del pueblo que le rodean

LUC. Antes que nada, Juana, te traigo bendición expresa del Papa, para tus virtudes.

FAUST. (A Pantasilha.) Los Papas llaman virtudes á eso: bien es saberlo, que nos lo haremos valer en el Purgatorio.

LUC. ¿Ha vuelto Benvenuto?

VEC. 1.º No tiene tiempo todavía.

LUC. ¡Pues vendrá tarde y con daño! Limpiadme acá esa mesa, mis mancebos; que extienda bien sobre ella los dineros ganados con mi arte. (Los mancebos limpian la gran mesa del fondo: la adelantan un poco. Lucas Angelo se coloca detrás de ella con tres saquitos que aprieta mucho entre sus manos.)

ESCOR. (Acercándose á su marido. Los vecinos rodean la mesa que queda un poco al lado. en descubierto la puerta del fondo.) ¿Te han pagado bien tu obra?

LUC. ¡Oh, cariñosa solicitud! ¡Oh, buen gobierno de mujer amiga! ¡Oh, amante interés de esposa por las cosas del marido! ¡Oh, de qué manera me toca todo esto el corazón, mi dulce Juana! Sí, me ha pagado bien, tenlo por cierto: tanto le ha gustado al Papa mi obra, que me la ha pagado en cien escudos más de lo que yo le pedía. (Desabotona los saquitos y dice.) Trececientos escudos de oro traigo en oro. (Los vacía de una vez sobre la mesa; admiración de los que miran.) Descuida, Juana, que Benvenuto no viene con más de la mitad y perderá su apuesta y nos libramos esta noche de semejante estorbo que tanto complicaba el buen gobierno de la casa, para una mujer como tú, tan ordenada y hacendosa.

MAN. 1.º Creed, señora Juana, que dice verdad el maestro: yo sé de tasar, y no creo que por la joya de Benvenuto puedan darse más de ochenta escudos.

FAUS. Tú sabrás de tasar oro, que es cosa que se tasa á peso, barbilindo, pero el diseño, que sólo puede cogerse con las pinzas del ingenio, ¿cómo lo tasas tú, señor obtuso?

LUC. Mira, esposa, cómo también tiene bizarros defensores Benvenuto.

MAN. 2.º Pues yo soy del parecer de mi compañero y también entiendo de tasar.

MAN. 3.º Y yo, que soy del oficio, apuesto también por el maestro.

FAUS. Yo por Benvenuto!

MUJERES. ¡Y yo!

LUC. ¡Mira cuánto vale buena presencia, y cómo

FAUS. la afición junta á todas las mujeres para apostar por el buen mozo!
En algo hemos de ser más que los aurífices tacaños á quienes la envidia y los celos juntan para apostar contra el compañero que les vence.

PANT. ¡Bien está, Faustiral!

LUC. Y tú, Juana, ¿por quién apuestas tú?

ESCOR. ¿Por quién he de apostar, si mi afición no es más que una?

VOCES. ¡Que diga su apuesta!

ESCOR. (Gran silencio.) ¡Por quien enseña á todos, por ese apuesto yo!

FAUS. Digo, Juana, que esa apuesta es lo más ingenioso que se ha dicho aquí esta noche. (Aparece en la puerta Benvenuto.)

ESCENA XI

DICHOS y BENVENUTO

VOCES. ¡Benvenuto!

BEN. (Como sorprendido.) ¿Qué hace aquí tanto concurso?

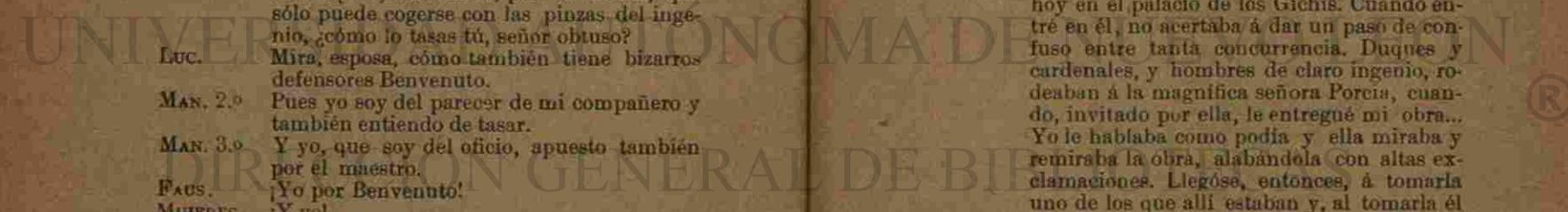
LUC. ¿Qué traes, Benvenuto?

BEN. (Extrañeza.) ¿Qué traigo?

LUC. No; no das un paso más, si antes no dices cuánto has ganado con tu obra; yo tengo aquí trescientos escudos de oro en oro.

BEN. Ahora que me habláis con ese impetu; ahora tengo yo calma y vais á oírme. Es fiesta hoy en el palacio de los Gichis. Cuando entré en él, no acertaba á dar un paso de confuso entre tanta concurrencia. Duques y cardenales, y hombres de claro ingenio, rodeaban á la magnífica señora Poreia, cuando, invitado por ella, le entregué mi obra...

Yo le hablaba como podía y ella miraba y remiraba la obra, alabándola con altas exclamaciones. Llegóse, entonces, á tomarla uno de los que allí estaban y, al tomarla él en sus manos, todos se callaron con respeto: yo también callaba y debía estar blanco



y frío como el mármol. Cuando la hubi visto bien, dijo así aquel hombre admirable: «En verdad, señora, os digo, que al que ha cincelado esta maravilla, nadie de los modernos y pocos de los antiguos le aventajan.» Quise pronunciar su nombre para bendecirlo; pero la grandeza del mismo, aún más que mi confusión, me lo impidió. Era Miguel Angel Buonarotti... Y ahora, señor maestro Lucas, poned de un lado vuestros trescientos escudos, y del otro esta alabanza del más grande hombre que haya habido nunca, y que diga una conciencia justa, cuál es la mayor de ambas ganancias...

LUC. Dígame yo que, si no me acompañas de escudos tus palabras, pierdes la apuesta y sales de mi casa esta misma noche, con todas las alabanzas del Buonarotti encima, como hombre inútil y holgazán que tú eres.

BEN. (sin inmutarse.) Cuando oí á aquel hombre que hablaba de aquel modo, cogíome tal confusión á la vez y tanta alegría, que no sabiendo qué hacer, aunque él que me llamaban, me eché á la calle, dando saltos, y aquí me vine, á explicaros mi alegría, sin acordarme de escudos ni de recompensas... Y en cuanto á la apuesta, como yo, que tengo claro juicio, la doy por resuelta en mi favor, aquí me quedo, maestro, que le tengo afición á vuestra casa y aquí me soportaréis, pesia vos mismo, hasta que mejor acomodo se me ofrezca!

LUC. Dígame que te echo por gandul y por traidor.

BEN. ¡Puesto á eso os digo que mentís, bellaco!

ESCOR. (Viendo que van á las manos.) ¡Benvenuto!

LUC. (Yendo á él furioso con la daga desnuda.) ¡Mal cancer en tu lengual! (Al ir á encontrarse se abre la puerta del fondo y entran en ella cuatro pajes con hachas, en medio de un ruido acompañamiento entra también Porcia; todos se echan atrás y hay un gran silencio.)

ESCENA XII

DICHOS, SEÑORA PORCIA y acompañamiento

CAB. Este es, señora Porcia, el taller del maestro Lucas Angelo.

POR. (Avanzando hacia Benvenuto que le hace acatamiento.) ¿Cómo es eso, Benvenuto, que yo misma he de venir, por mi pie, en tu busca? ¿Tanto erojo te da mi palacio, que huyes de él, precisamente cuando todos te buscan para festejarte? Tienes allí toda Roma asombrada y te vienes á esconder aquí, como si te persiguieran?

BEN. Señora...

POR. (Tomando un bolso de manos de un paje.) Quiero que estos pocos escudos aceptes como merced de lo que no tiene precio. (Le da la bolsa.)

BEN. Disponed, señora, que lleguen á manos de mi maestro Lucas Angelo, que allí veis, y está quejoso de mí por el poco provecho que le he dado en mis tiempos de servicio; en cuanto á mí, solo con vuestro favor estoy premiado. (Porcia avanza la bolsa á Lucas que se apresura á tomarla.)

POR. Y quiero además librar al maestro Lucas Angelo de una carga como tú. Desde hoy tendrás morada en mi palacio y serás aúfífice á mi servicio, para honra mía y de mi casa. Ahora, sígueme, (Benvenuto y Escorpius se miran.) que toda la gente espera para que la fiesta prosiga en honor tuyo...

BEN. Una sola merced, señora, os pido.

POR. Toda mi merced es tuya.

BEN. Que me permitáis besar las manos á la señora Juana, mi ama, en prenda de que nunca olvidaré la gran bondad conque hasta el día me ha tratado.

POR. (Con ligera sonrisa.) Hazlo... (Benvenuto besa á Juana las manos con un furioso trasporte contenido. Gran silencio.) Demos vuelta á palacio. (A Benvenuto.) Síguenos...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

FAUS. (Mientras solemnemente desaparecen todos.) ¡Viva el maestro de todos Benvenuto!

TODOS ¡Viva!... (Escorpina rompe a llorar amargamente, siguiéndole, desde la puerta, el grupo de los que se alejan.)

ESCOR. ¡Hineca bien el pie por el camino, que yo pueda seguirte, y besar cada una de sus huellas!...

LUC. (Vacilando alegremente el bolso de Porcia.) De verdad que no todo se ha perdido... ¡Ven acá, Juana, y haznos traer doce jarros de vino griego! (Todos gritan y aplauden.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Esta es la habitación de Benvenuto: hay en ella hacinadas muchas y bellas cosas de arte, con otras útiles y de uso diario. Están todos sus muebles que son, además de su cama, en el fondo, bien colgada, varias sillas y una mesa grande: sobre la mesa libros, papeles, un espejo con marco de plata, un rotón grande y un cáliz comenzado, en oro. También habrá, en el cuarto, una especie de arquilla, donde Benvenuto guarda, bajo llave, las joyas acabadas y las piedras preciosas que cardenales, grandes damas y hombres esclarecidos, el mismo Papa Clemente, le confían para que las monte. La disposición del cuarto es esta: En el fondo, á la derecha, el rincón de la cama. En el centro, la puerta de entrada; á la izquierda, un gran ventanal, por donde el cuarto cobra luz. En la pared lateral izquierda, hay la puertecita que comunica con la alcoba de Pantasilea, su modelo. En la pared de la derecha, casi no hay muro, viéndose sustituido por un gran cortinón, que separa la habitación de Benvenuto del taller donde trabajan sus cinco oficiales. Al levantarse el telón se oye el ruido de los oficiales que están labrando un mármol: el cortinón de la derecha está, á medias levantado, y deja adivinar parte del taller.

ESCENA PRIMERA

En escena PANTASILEA. Después ASCANIO

PANT.

(Tiene cada la manga de un lado del cuerpo y los cabellos sueltos; se coloca en ellos una guirnalda, consultando el espejo y la bella figura que le muestra.) No dirá hoy el maestro que tengo pocas trazas

FAUS. (Mientras solemnemente desaparecen todos.) ¡Viva el maestro de todos Benvenuto!

TODOS ¡Viva!... (Escorpina rompe a llorar amargamente, siguiéndole, desde la puerta, el grupo de los que se alejan.)

ESCOR. ¡Hinea bien el pie por el camino, que yo pueda seguirte, y besar cada una de sus huellas!...

LUC. (Vacilando alegremente el bolso de Porcia.) De verdad que no todo se ha perdido... ¡Ven acá, Juana, y haznos traer doce jarros de vino griego! (Todos gritan y aplauden.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Esta es la habitación de Benvenuto: hay en ella hacinadas muchas y bellas cosas de arte, con otras útiles y de uso diario. Están todos sus muebles que son, además de su cama, en el fondo, bien colgada, varias sillas y una mesa grande: sobre la mesa libros, papeles, un espejo con marco de plata, un rotón grande y un cáliz comenzado, en oro. También habrá, en el cuarto, una especie de arquilla, donde Benvenuto guarda, bajo llave, las joyas acabadas y las piedras preciosas que cardenales, grandes damas y hombres esclarecidos, el mismo Papa Clemente, le confían para que las monte. La disposición del cuarto es esta: En el fondo, á la derecha, el rincón de la cama. En el centro, la puerta de entrada; á la izquierda, un gran ventanal, por donde el cuarto cobra luz. En la pared lateral izquierda, hay la puertecita que comunica con la alcoba de Pantasilea, su modelo. En la pared de la derecha, casi no hay muro, viéndose sustituido por un gran cortinón, que separa la habitación de Benvenuto del taller donde trabajan sus cinco oficiales. Al levantarse el telón se oye el ruido de los oficiales que están labrando un mármol: el cortinón de la derecha está, á medias levantado, y deja adivinar parte del taller.

ESCENA PRIMERA

En escena PANTASILEA. Después ASCANIO

PANT.

(Tiene cada la manga de un lado del cuerpo y los cabellos sueltos; se coloca en ellos una guirnalda, consultando el espejo y la bella figura que le muestra.) No dirá hoy el maestro que tengo pocas trazas

para componer una figura bella; ó, si lo dice, mentirá porque el espejo... (Lo toma y se mira sonriendo.)

ASC. (Que entra escapado del taller.) ¡Pantasilea!...
PANT. (Queriendo cubrirse, pero sin hacerlo por miedo á descomponer la figura.) ¡Vamos! no consiento un paso más: Ascanio, eres osado; vendrá el maestro, si nos coge entrará en ira: después yo lo pago todo...

ASC. Tienes mucho miedo al maestro.
PANT. No es hombre de admitir contradicciones...
ASC. Y ¿en toda le obedeces siempre?...

PANT. Cuando el señor Ascanio de Tallacoso, me haya puesto en esta mano el más pequeñín de los anillos que se labran en la casa, podrá hacerme esa pregunta.

ASC. Y tú podrás dejar de contestarme entonces como ahora...

PANT. Sí podré, mi bravo.
ASC. No te burles de mí, Pantasilea: bien sabes que mis fines no son malos... y que es poco lo que pido...

PANT. Y yo soy mujer de dar mucho ó no dar nada...

ASC. (Acercándose.) ¿Quieres que te diga una cosa?
PANT. (Huyéndole.) Dila pronto y no te acerques.

ASC. Pues que tus obras contradican tus palabras. A bien que ese es achaque común en las mujeres.

PANT. ¿Por qué?
ASC. Mucha protesta, mucho hacerse atrás, mucho gesto y mucha honra: pero, dime: ¿no es esa la puerta de tu alcoba y este el sitio en que duerme Benvenuto?

PANT. (Con molestia.) Para esa desvergüenza yo no tengo réplica...

ASC. Celos fueron, no desvergüenza, no he querido ofenderte...

PANT. (sigue el motivo.) Pero has sabido herirme...
ASC. (Se le acerca y le coge por el talle. Ella deja hacer, que la consuelen.) Disculpa, amor, lo que han dicho los labios sin sentirlo el corazón: si yo creyera lo que he dado á entender, ya me habría muerto y habria puesto término á tus

días. No debo creerlo, cuando los dos vivimos todavía...

PANT. ¡Y que me place!... pero, ¿á qué me estás celoso? ¿No sabes que yo sólo á ti te quiero?

ASC. Sí, tú, sí; de tí estoy seguro, pero... ¿y el maestro?

PANT. ¡El maestro!... tiene que le sobra con su arte... y sobre todo, Benvenuto es hombre que quiere sin querer. (Se oyen voces afuera junto á la puerta y ruido de armas.)

LOS DOS. ¡El maestro! (Ascanio se escurra hacia el taller. Pantasilea reproduce la actitud del principio, delante del espejo; suenan más que nunca los martillos de los aprendices.)

ESCENA II

DICHOS, BENVENUTO y PAULO

(Entran en escena Benvenuto y Paulo, su discípulo: éste es un muchacho imberbe todavía, que viene con muestras de un terrible pánico: quedase á la puerta en actitud de quien espera recibir órdenes. Trae Benvenuto una espada desnuda y ensangrentada: las ropas y la actitud descompuesta. Avanza unos pasos, toma su espada y la parte en sus rodillas: luego tira los trozos al suelo, diciendo:)

BEN. ¡No he de cenirte más, que esa sangre de asesino te deshona! (Repara en Pantasilea que le mira hacer, sobrecogida de terror.) ¿Qué haces tú aquí, Pantasilea?

PANT. (Con tímida ingenuidad.) Señor, en vuestro servicio estaba solamente: me dije que hoy tal vez quisiérais trabajar y aquí he venido compuesta como vos me tenéis ordenado: no hallándoos, ya iba á retirarme, pero ví, entonces, el espejo y quise cerciorarme bien de que había cumplido vuestra orden en el tocado; me miré, puse mano á estas flores que caían; todo quedó á punto, y viendo que este hombro, así, desnudo daba mayor gracia y realce á la cabeza, lo dejé sin cubrirlo, hasta conocer vuestra opinión.

BEN. Digo que todo, á la vez, es admirable y me seduce. (Volviéndose á Paulo que, con muestras de impaciencia, mira á la calle por el ventanal.) ¿No juzgas tú lo mismo, Paulo, discípulo y amigo? (Paulo encoge los hombros sin saber qué contestar.) Es verdad que á tus pocos años, un velo de sangre quita todo juicio: pero confiesa, por lo menos, que pasar, como de un salto desde aquel horror trágico que dejamos á la gracia y suavidad de esta mujer que parece ignorante de todos los destinos negros, es contraste supremo de los que sólo puede combinar la vida, maestra en toda maravilla.

PANT. Señor... ¿qué hago?

BEN. (Yendo hacia la mesa.) Para acá un momento y, aunque estoy sin calma, fijaré en la cera estas tres líneas del cuello, y del hombro, y de la espalda, que, como son de nieve, podrían deshacerse. (Se sienta y se dispone á trabajar.)

PAULO (Con muestra de gran temor y gran respeto.) Señor Benvenuto... yo, señor... si dáis oídos, buscaré cómo recordarle al maestro el peligro en que tiene su vida... y las graves cosas con que ha venido á embargarle este suceso. Nada más dibujaré; muy pronto acabo...

BEN. Si corre la noticia de la muerte...

PAULO (Con temor, volviendo á uno y otro lado la cabeza.)

BEN. ¡Quieta!

PAULO Si los arcabuceros del Papa se enteran de lo sucedido, creo yo que no se contentarán con menos que asesinar á mi señor Benvenuto...

PANT. ¡Ay! ¿qué es esto, pues? decid, ¿qué pasa?

BEN. (Arrojando con ira lo que estaba haciendo.) ¡Malhayan, Paulo, tus pequeños ánimos que ahora me castigan! ¡Sal de mi presencia; déjame en paz, que no mereces vivir con quien desafia á los Papas, sino á cobijo de estos, en su capilla misma! (Paulo, confuso, se va por el taller.)

ESCENA III

BENVENUTO y PANTASILEA

PANT. ¿Qué queréis que haga yo, maestro?

BEN. Pantasilea amiga: con esa espada acabo de matar á un capitán del Papa: fué venganza justa, porque hace unos días él mató á mi hermano: Roma entera se alborotará: los compañeros del muerto quieren justicia: sus soldados me buscan: mis amigos tiemblan: mis enemigos urden cerca del Papa embrollos que me pierdan: yo he dado aviso á mi amigo Félix Guadaña de que venga á verme sin perder minuto y he pedido al Cardenal de Médicis que me mandara un caballo para hacer un servicio al Papa mismo: á mi amigo voy á confiarle la guarda de mi tienda y con el caballo del Cardenal, saltando por la ventana del taller, me escaparé de Roma. Todo esto me ocupa un poco ahora; pero si solo permanezco dos horas aquí, yo he de hallar un momento en que quedarme copia de toda esta apariencia tuya que me encanta. Entra, pues, en tu cuarto: cuida de estar quieta y no descomponerte: que ni la hoja de una flor se mueva de su sitio ó, por quien soy, si cuando te necesite, no lo encuentro todo á punto, acabaré de trastocar á puntapiés el resto del ornato.

PANT. Yo cuidaré con ansia de serviros. (Va á entrar en su cuarto.)

BEN. Y antes, linda moza agradable, por si Dios dispone que no nos veamos más, trae acá tu hombro que lo bese. (Pantasilea se acerca con vergüenza querida, andando de espaldas hasta que Benvenuto, casta y limpiamente, la besa en el hombro. En este momento, abriéndose la puerta del fondo, deja paso á Félix Guadaña, viejo y malicioso mercader de Roma, amigo de Benvenuto: sorprende Félix el beso y hace que no ha visto nada. Pantasilea se esconde en su cuarto, pero Benvenuto va á Félix diciéndole

con noble naturalidad.) ¡Qué gracia de flor, amigo Félix, ha puesto la Naturaleza en esta carne de las muchachas de Roma! (Se dan ambas manos y luego, señalándole una silla dice.) Siéntate y hablemos.

FÉLIX
BEN.

(Lo hace.) Tú hablarás, que me has llamado. Es justo. Sabe, pues, que me llama á salir de Roma urgentemente un negocio descomunal y perentorio. Dejar mis asuntos, ahora que empiezan á tomar vuelos, en manos de estos inexpertos mozos que me ayudan, sería embrollarlos y perderlos para siempre. Yo he pensado en tí, que eres viejo mercader, para que, en mi ausencia, cuides de esto y ocupes mi lugar en esta casa.

FÉLIX
BEN.

(Reflexionando.) ¿Llevas nota en algún sitio de los encargos y encomiendas que recibes?

(Busea en el arcón un libro, lo saca y lo dice.) Aquí los tengo todos detallados y en su orden. (Abre el libro y Félix Guadaña se levanta, y en pie, detrás de Benvenuto, lee en el libro al mismo tiempo que éste.) En ese armario está lo terminado: en el taller el resto. Mira: *Aguamanil del obispo de Salamanca* (Al amigo.) Este es un famoso obispo que adorna españollescamente su avaricia; no le entregues la obra si no la cobras antes, *Broche de la señora Porcia*... ¡Pobre y magnífica señora! tanto le gustaron mis servicios, que de aurífice quiso trocarme en esclavo. No recogerá su encargo porque al fin reñí con ella. No importa: ella al cabo fué el principio de mi fama y me será grato conservarlo en su memoria. *Medalla del Papa*; está entregada, sólo falta cobrarla. *Candelabros del Cardenal de Médicis*, se terminarán. *Monedas y hierros del Papa*: entregado, falta cobrar los hierros. Para el Cardenal Cornaro, *unos vasos*: se hacen. Otra vez para Médicis: los mismos vasos que al anterior, pero en doble número y con dobles adornos: á éste, para servir en todo su opulencia, le cobrarás el triple. Para el Papa: *una lámpara*, según diseño: es regalo, se hace.

FÉLIX

¿Sabes que tienes en el Papa un excelente protector?

BEN.

La santa mesa lo hace pobre. Siguen otros encargos que verás tú mismo.

FÉLIX

No es preciso que insistas. Veo con gusto que eres más ordenado de lo que hace suponer tu vida estrepitosa.

BEN.

Sin proporción de orden no hay vida, y cuanto más tirante y acordado el parche, mayor es su estrépito.

FÉLIX

Descuida, que mientras estés fuera de Roma, quedan en buenas manos tus negocios. Y ahora que estoy en ello, déjame que apruebe y que te alabe tu partida. Tú sabes cuán de antiguo soy amigo tuyo: ya lo fui de tu padre el arquitecto. Pues bien: yo tiemblo de verte encerrado, con esta pujanza y esta fuerza tuyas, en el horno de pasiones y disputas que es nuestra ciudad. El mejor día harías sin pensar una trastada y la podrías pagar con la cabeza.

BEN.

Es posible, Félix amigo, que tengas razón en lo que dices.

FÉLIX

Y ahora, que estás á tiempo y ves las cosas con la serenidad del ánimo tranquilo, atiende la razón de un viejo y oye bien lo que te digo: sal de Roma: deja acá sus envidias y sus celos: huye el alboroto de las antesalas y de los palacios; vé á las pequeñas villas donde florece al arte en paz, y aquí, y allí y en todas partes evita las contiendas y disputas que al fin te perderían.

BEN.

Yo meditaré todo eso y creo que me será de gran provecho.

FÉLIX

Sí, medítalo, hijo mío, ahora que puedes. Mira tu pobre y excelente hermano qué sacó de su contienda con el capitán del Papa. Que él duerme en lo profundo de la tierra y el capitán se pasea orgulloso y fanfarrón, más admirado y temido que nunca. Claro que Dios proveerá y hará justicia pero entre tanto... (Como dice esto divagando por el cuarto, se para delante del ventanal y añade.) ¿Qué miro, Benvenuto? ¿Los arcabuceros del Papa, es-

BEN. tán abajo, en la plaza, discutiendo en tropa y miran á tu casa y amenazan con el puño? Déjalas: deben haberles hecho alguna burla desde el taller los aprendices... al fin nada.

FÉLIX. Es que yo quisiera ya salir, y ando en reparos.

BEN. Si me escuchas, te haré dos encargos más para que los cumplas en mi ausencia.

FÉLIX. Dime.

BEN. Irás esta noche al Banquí. Cerca de la tienda de Lucas Angelo, en la casita de la esquina, vive ahora, separada del maestro, la que fué su mujer y mi ama, Escorpina. Por cuanto cariño le tuviste á mi padre, irás á visitar hoy mismo á la señora Juana y le dirás que Benvenuto está á salvo, camino de Florencia.

FÉLIX. Este criminal amor será tu ruina. Sabes cuán poderoso se la hecho Lucas Angelo con los dineros que le presta al Papa. Sabes que ya él urdió y tramó la muerte de tu hermano. Sabes que busca perderte siempre: que levanta contra ti el polvo de Roma y que, para aplacarlo, quisiera hacer correr tu sangre. ¿Por qué buscas irritarle más? Y ahora que sales de Roma, ¿por qué no romper ese cariño de donde ha de venirte todo mal?

BEN. Tal vez por eso mismo: y aquí ya no meagas reflexiones, que empieza á urgir el tiempo. Va el segundo encargo. (Se acerca al taller.) ¡Paulo!

(Presentándose.) ¡Maestro!

BEN. ¿Se terminó la lápida de mármol?

PAULO. Sí, maestro.

BEN. Tráela acá, que la vea. (Sale Paulo. Benvenuto y Félix quedan esperando en silencio. Al poco rato vuelve Paulo con una lápida de mármol, donde hay letras y figuras. La coloca sobre la mesa, aguantándola con las manos de modo que puedan contemplarla Benvenuto y Félix.)

BEN. (Descubriéndose lee en la lápida.) «A Juan Francisco Cellini, florentino, soldado y portabandera de Juan de Médicis, bravo en

«las armas, recto en el juicio, adelantado en el consejo, muerto á los veinticinco años, por un arcabucero del Papa, su hermano Benvenuto.» (Volviéndose á Félix después de haberse enjugado una lágrima.) Mañana, Félix amigo, ordenarás que coloquen esta lápida en la tumba de mi hermano Juan Francisco, en la iglesia de los Florentinos, donde descansa.

PAULO. ¿Nada más quereis, maestro?

BEN. Aguarda. (Busca en el suelo y recoge el puño de la espada antes rota.) Fundiréis la plata de esta empuñadura, (Se la da á Paulo.) y haréis con ella una lámpara, por el mismo diseño que la entregada al Cardenal Carnaro. (Le hace á Paulo gesto que puede retirarse: éste lo verifica así. A Félix.) Tú mismo, si quieres hacerme bien, colgarás la lámpara y dispondrás lo necesario para que arda siempre ante la tumba de mi hermano. Y de mi parte, le dirás que está vengado.

FÉLIX. (Adivinando.) ¿Vengado?

BEN. Sí.

FÉLIX. Pero entonces... ¿el capitán?

BEN. Le he atravesado la garganta.

FÉLIX. ¿Y has callado hasta ahora?

BEN. Pues si hablara antes, ¿qué cabeza te quedaba á tí para entrar en mis negocios? Ahora todo queda á punto y tú no corres ningún peligro.

FÉLIX. Los arcabuceros vuelven a pasar amenazando con los puños. (Cierra con llave la puerta del cuarto.)

BEN. Es la hora y yo lo tengo ya todo dispuesto para escapar. (Desenhega y se ciñe una espada. Llama al fondo en la puerta.)

FÉLIX. ¿Han llamado?

BEN. (Acabando con calma de ceñirse la espada.) Debe ser Pantasilea ahí en el cuarto: vé qué quiere. (Félix abre la puerta lateral y mira.)

FÉLIX. No, Pantasilea está sentada aguardando que la llames para trabajar. (Vuelven á llamar en la puerta del fondo.)

BEN. (Señalando el sitio.) Es ahí...

FÉLIX
BEN.

Huye...
(Sin moverse.) Abre. (Félix, después de muy breve indecisión, abre la puerta, aparece en ella una dama, vistiendo oscuro, cubierto el rostro con un velo.)

ESCENA VI

DICHOS y ESCORPINA

ESCOR. Quiero hablar á solas, si es posible, con el maestro Benvenuto Cellini.
FÉLIX Por lo que más ameís en el mundo, señora, os pido que sea breve vuestra plática. Va la vida del maestro. (A Benvenuto.) Yo corro á la puerta y subiré á prevenirte si un peligro te amenaza. (sale)

ESCENA VII

BENVENUTO y ESCORPINA. Esta se ceba el velo atrás

BEN ¡Escorpina! (Corre á ella y le besa las manos.)
ESCOR Quieren prenderte...
BEN Lo sé; estoy prevenido.
ESCOR Contra el ataque, tal vez; contra la perfidia, no.
BEN Explicate.
ESCOR Lo decían por el Banqui: lo he recogido en corros de vecinos, y te lo vengo á traer para tu salud. Tratan de tenderte un lazo. Saben que te sobra ingenio para escapar de sus garras, y Lucas Angelo les ha propuesto un plan con que engañarte y lograr que te quedes en Roma confiado. Así cuentan no dar después el golpe en vago.
BEN Nunca hubiera sospechado en Lucas Angelo tanto ingenio.
ESCOR Sé que vendrán á verte en embajada y en nombre del Papa mismo: digante cuanto te digan, tú finge que lo crees y ellos salgan creyendo que te dejan confiado... pero, por

nuestro amor, Benvenuto, en cuanto ellos salgan... huye de Roma y ponte á salvo donde te acojan y te quieran... (Con cariño y dulzura.) ¿Dónde vas, si huyes?
BEN A Florencia, donde me llama el duque Alejandro.
ESCOR Siempre tuve á Florencia por el país más bello de Italia.
BEN Hay ánimos pequeños que encuentran largo y peligroso el viaje.
ESCOR No hay viaje largo cuando la esperanza acorta las jornadas.
BEN ¿Hablas de verdad ó burlas, Juana?
ESCOR ¡Hablo enamorada, y no sé si es amor la mayor verdad ó la burla más grande de la vida!
BEN (Entusiasmo.) ¿Vienes conmigo, Juana?
ESCOR ¿Pues cómo sin tí pudiera vivir yo en Roma? ¿A qué abrir los ojos si no habían de verte? ¿Cómo cerrarlos, sin haberte visto?
BEN (Rapto lírico.) ¡Oh, qué dulcemente se enseñorean de mi alma esta afición y este cariño tuyos! ¡Oh, cómo se trueca en el mayor bien la desgracia más grande de mi vida! Florencia, que era mi destierro, será mi paraíso. Cuando toda Roma me es tan enemiga que me escupe de ella, la mayor gracia de Roma viene á ser mi viático y mi triunfo! ¡Oh, que no pueda yo llevarle como mereces, en el viaje, con pajes que te sirvan, doncellas que te cuiden, músicos que te alegren, lanzas que te defiendan y carros y caballos que arrastren con pompa de tu grandeza y tu equipaje! ¡Que Florencia no sepa en qué momento honra sus puertas tanta gracia para échar á vuelo sus campanas! ¡Que lo ignore el duque y no deje su palacio para recibirte! ¡Que todos mis enemigos y envidiosos, ahora que me sigues, no puedan saberlo y no redoblen en su enemiga y no crezcan en su envidia!
ESCOR ¡Ay, Benvenuto, cuántas cosas descubrió en tu cariño que nada tiene que ver con el cariño!...

BEN. ¡Vamos a Florencia y he de dar mi vida por defenderte en el camino!

ESCOR. ¿Ves, ahora? Dices que me quieres y hablas de morir... Tú saldrás hoy solo camino de Florencia... Urge que vuelas en la primera jornada y yo te estorbaría...

BEN. Es necia cosa emprender un camino sin peligro.

ESCOR. Bastantes te harán correr tus enemigos.

BEN. ¿Y cómo quedas tú?

ESCOR. Aguardando las primeras luces del mañana para dejar a mi vez esta ciudad que te ha perseguido... Ahora, Benvenuto, una pregunta... ¿Gustas de esta resolución que tomo?

BEN. Mi genio protector te la ha dictado!

ESCOR. Piensa que si me tienes afición, seré tu sierva, y si te canso, tu tirano... ¿quieres que me quede en Roma?

BEN. ¡Ven a Florencia!...

ESCOR. ¿Qué tiempo hace que no hemos podido hablar en tanta libertad! (Levantándose.) ¡Oh, separémonos, que luego no podría! Benvenuto... ¿no me engañas?... Ahora tengo calma para oír lo que luego no podría soportar... ¿Estoy sola en tu corazón? ¿a nadie más quieres?

BEN. Sólo tú eres mi diosa.

ESCOR. Eso mismo decías cuando aquella señora Percia...

BEN. Desde entonces ha crecido mi cariño...

ESCOR. Sí, lo veo, Benvenuto, y si ahora me engañaras nunca más podría creer en tus palabras... repítelas, despacio...

BEN. (Muy cerca de ella, con devoción.) Sólo... tú... eres... mi Diosa. (La besa.)

ESCOR. (Volviendo en sí.) ¿Es muy largo el camino de Florencia?

BEN. Pero hay bellos sitios de descanso que lo abrevian... (Va a salir Escorpina y entra impetuosamente Félix.)

ESCENA VIII

DICHOS Y FÉLIX

BEN. ¿Qué acontece, Félix?

FELIX. Que ya todo se ha perdido. Vienen hacia la casa el Gobernador de palacio y el maestro Lucas Angelo, tu enemigo.

ESCOR. No olvides qué objeto traen con su embajada.

BEN. Hazles subir. ¿Y tú?

ESCOR. Quiero esconderme... no por Lucas de quien ya he recabado toda libertad: porque no sospechen que te he prevenido. (Escorpina está junto a la puerta de Fantasilea.)

BEN. ¿Qué lugar encontrarás para ocultarte?

ESCOR. Deja, (Abriendo la puerta.) este mismo.

BEN. (Sospechando lo que puede pasar.) No, aquí... (Ya es tarde, Escorpina ha cerrado la puerta y en la del fondo aparecen Félix, el Gobernador y Lucas Angelo. Toda la escena que sigue, Benvenuto la dice furioso y loco, atendiendo más a lo que puede pasar dentro del cuarto, que a lo que sucede en escena. Dirigese varias veces a la puerta y trata de oír; hace gestos de furia. Todo él tiene transportes de loco.)

ESCENA IX

BENVENUTO, FÉLIX, EL GOBERNADOR Y LUCAS ANGELO

BEN. Señor Gobernador, ¿a qué debo la honra de que vuestra alta dignidad venga a estorbarme?

GOB. (Campanando.) La suprema santidad del Papa Clemente VII, me envía en embajada.

BEN. Beso los pies de vuestro amo.

GOB. Benvenuto Cellini, el Papa sabe que habéis muerto a un servidor suyo.

BEN. A uno por ahora, es cierto.

GOB. Sois pues, reo de homicidio.

BEN. Así debe ser, si aquello era un hombre.

G. B. Las leyes culpan rigurosamente este delito.
 BEN. Ahora me entero.
 G. B. Un ciudadano debe conocer todas las leyes...
 BEN. Pues descuidad que ahora las iré conculcando todas y vos vendréis á alicionarme de cada una, como me alicionáis de esta...
 G. B. Pero en su magnífico y generoso pecho, quiere el Papa perdonaros si aceptáis la condición que os impone á guisa de castigo. Recibiréis vuestro indulto en la Feria agosto y hasta entonces un salvoconducto que os permita estar seguro y tranquilo trabajando.
 BEN. ¿Y á qué precio el Papa me vende mi tranquilidad?
 LUC. Ahora entro yo, Benvenuto.
 BEN. ¿También tú de embajador del Papa?
 LUC. ¡Yo también!
 BEN. Ahora veo cuánto pueden empañar malos consejeros un tan claro juicio como era el de Clemente. ¿Pone en tus manos la tiara, aurífica banquero, y no teme que te quedes con las piedras?
 LUC. A tus mayores insultos respondo con esto: Es deseo del Papa que renuncies á terminar el cáliz que te habla encomendado y que á mi me lo entregues junto con los diseños para terminarlo. Esto en castigo á tu crimen y por éola condición de tu libertad.
 G. B. Así es.
 BEN. Diréis al Papa, que el respeto que le tengo me impide dar satisfacción á su deseo.
 G. B. Venimos de embajadores de Clemente; no para que vos nos convirtáis en embajadores vuestro.
 BEN. Pues yo digo que, también sin embajadores, sé desobedecer órdenes injustas.
 G. B. Caiga sobre tí todo el rigor de tu respuesta.
 BEN. Y sobre Clemente caiga toda la responsabilidad de mi conducta...
 LUC. ¿Son tus últimas palabras?
 BEN. No; que no quiero perder esta ocasión que se me ofrece de probar cómo es la fe de un Papa. ¡Paulo! (Aparece Paulo.) Trae la caja que empleamos para transportar sin que se dete-

riore este comienzo de mi cáliz. (Los embajadores se miran. Benvenuto trata de estorchar á la puerta consabida. Grandes muestras de impaciencia. Paulo vuelve con una caja de madera y llave. Benvenuto introduce en ella el cáliz, la cierra con llave y se guarda la llave. Luego, vuelto á los embajadores dice.) Decís que el Papa quiere mi cáliz solo en prenda de mi libertad: ahí lo entrego: hasta recibir el indulto mi libertad no es segura ni el Papa puede disponer de mi obra: si en el entretanto se me molestare ó persiguieren; falta el Papa á su fe y yo recobro mi garantía; en cuanto sa me entregue el indulto yo libraré la llave de esta caja. (Pone la caja en manos del gobernador.)
 G. B. Solo os advierto...
 BEN. Basta.
 G. B. Que el Papa puede atar...
 LUC. Y desatar...
 BEN. Basta, digo: está en vuestras manos el cáliz y termina aquí vuestra embajada. Ya no tenéis más razón de permanecer en esta casa que la de unos intrusos sin recato.
 G. B. Vuestras palabras...
 BEN. Y en uso de mi libertad que acabo de comprar, señores intrusos, os arrojo de aquí villanamente. (Señala la puerta y empuña la espada á Félix.) Acompáñalos Félix á la calle y si se resisten, tengo cinco mancebos que den cuenta de ellos.
 G. B. (Saliendo. Lucas Angelo ha escapado ya.) ¡Todo ha de saberlo el Papa! (Sale y Félix con ellos.)

ESCENA X

BENVENUTO y ESCORPINA

BEN. (Dando un gran aliento.) Ya era tiempo. (Corre á la puerta, la abre y grita con ansiedad.) ¡Escorpina!... (Sale ésta: toda ella abatida y demudada mira á Benvenuto con severa melancolía.) Escorpina...

33594

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1966 1625 MONTERREY, MEXICO

ESCOR. Y si ahora me engañas, ya nunca más podré creer en tus palabras...

BEN. No, Juana, no; yo te juro que aunque todas las apariencias están contra mí...

ESCOR. Te adoro y quieres que no haya hablado con ella? Soy mujer, y quieres que no le haya hecho decir lo que me interesaba?

BEN. Pero, ¿has visto mi corazón? Pues yo te juro, Escorpina, que todo acto humano es apariencia y que solo aquí está la verdad. (señalando al pecho.)

ESCOR. Con estas razones á una dama culta como Porcia: no á mí que soy rústica italiana y solo sé querer de una manera...

BEN. (Descompuesto, con acento grandioso.) ¡Dioses! ¡Dioses que vieron en el Olimpo los antiguos, haciendo fiesta del amor perpétuamente! ¿qué burla ha sido la vuestra y por qué nos habéis dado á los hombres el amor, cuando no tenemos vuestra serenidad para gozarlo, ni vuestra inmortalidad para vencerlo? (Escorpina solloza. Entra Félix por el fondo.)

ESCENA XI

DICHOS y FÉLIX

FÉLIX. Huye; se han concertado para volver en tu busca. (Benvenuto va acercándose á Escorpina; ésta se encoge con miedo huyendo de que pueda tocarla; Benvenuto se detiene en su ademán y dice á Félix.)

BEN. Tú mismo acompañarás á esta dama á su casa y cuidarás que nadie sea osado á importunarla. (Los dos amigos se abrazan en silencio. Benvenuto sale precipitadamente y al pasar derriba casi la cortina del taller.)

ESCENA XII

ESCORPINA, FÉLIX, ASCANIO y MANCEBOS

ASC. ¿Qué tiene el maestro, señor Félix? (Entrando precipitadamente.)

FÉLIX. Huye, le persiguen. (Ascanio se introduce en el cuarto de Pantesilea.)

MANC. 1.º (Entrando también.) El maestro se descolgó por la ventana y corre hacia las puertas al galope de un caballo.

FÉLIX. Si vienen en su busca, decid que ignoráis dónde se encuentra. (A Escorpina.) Cuando queráis, señora.

ESCOR. Nada me importa ya de nada; vos no sabéis por qué, señor; pero esta gran desdicha me hace á todo indiferente. Si os molesta acompañarme, yo iré sola, no me importa que me vean. Ya nadie manda en mí.

FÉLIX. Benvenuto me ha hecho este encargo y es sagrado para mí.

ESCOR. Hacéis bien en obedecerle y en quererle. VAMOS. (Se cubre con un manto que la tapa toda. En este momento se abre la puerta, empujada por un capitán de la guardia; sus soldados le siguen.)

ESCENA XIII

DICHOS, CAPITÁN, LUCAS ANGELO y GUARDIAS

CAP. (A los que salen.) No hay paso.

FÉLIX. ¿Por quién venís?

CAP. Por el aulifce Benvenuto Cellini.

FÉLIX. No está aquí. (Lucas Angelo saliendo de entre los guardias.)

LUC. Si está, que yo acabo de dejarle, y en todo caso, desconfiad de esa dama tapada, que él tiene proporción de cuerpo; y no será la primera vez que le ha visto escapar vistiendo ropas de mujer.

FÉLIX. Pido el paso para esta dama, capitán.

CAP. No ha de ser sin que la veamos.

FÉLIX. Pues no hay remedio, evitemos al menos el escándalo. (Al soldado.) El testimonio de Lucas Angelo, ¿os merece crédito?

CAP. Lo que él diga lo creo á pie juntillas, trae órdenes del Papa.

FÉLIX. (Apartándose un poco con la dama.) Venid, Lucas Angelo, á convenceros de que esta dama

no es el que buscáis. (Lucas Angelo se acerca, Escorpina se levanta el velo lo necesario para que él sólo la vea. Al reconocer á su esposa, el gesto revelará, á un tiempo, asombro, ira, celos, desprecio, asco, y por fin, la calma del que disimula para que los demás no conozca su vergüenza.)

Luc. Juro por mi fe de caballero, que esta *dama* no es ni ha sido nunca Benvenuto... Dadle PASO. (salen Félix y ella.—A los soldados.) Pero ahora con más ahínco que nunca, os ruego que busquéis á Benvenuto, y doy toda mi fortuna al que me lo entregue... si puede ser, muerto. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La decoración, á toda escena, representa una enorme sala del Petit-Nesle, donación que el rey había hecho á Benvenuto y donde éste tenía instalado su taller, en París. En la sala, se advierte bien que estamos en lo interior de una fortaleza. En los rincones de ella hay lanzas y atadijos de armas. En las paredes, colgados, arcabuces. En el fondo, una gran puerta. En la parte lateral izquierda, una puerta que comunica con las habitaciones de Benvenuto, y otra, hacia el fondo, que es rinconera, y está abierta siempre; esta comunica con la torre, cuya ruinoso escalera desciende, también, hasta la calle. Á la derecha, dos puertas que comunican con los cuartos de los aprendices. En el fondo, ventanales. Al levantarse el telón, hay un grupo de aprendices discutiendo. Todos rodean al nuevo aprendiz.

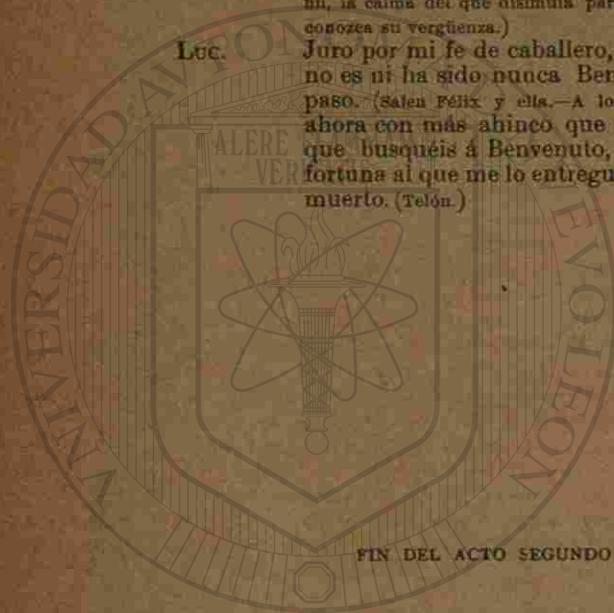
ESCENA PRIMERA

PAULO y APRENDICES

- N. AP. Mi padre es notario, pero quiera dedicarme á este menester de la escultura, porque dice que ahora el arte es buen camino para hacer fortuna.
- PAULO Solo que el arte no está en libros y no lo aprende el que quiere.
- N. AP. Yo traigo buena voluntad, y les tengo afición á las personas que lo hacen, por las gentes principales con quien tratan.

no es el que buscáis. (Lucas Angelo se acerca, Escorpina se levanta el velo lo necesario para que él sólo la vea. Al reconocer á su esposa, el gesto revelará, á un tiempo, asombro, ira, celos, desprecio, asco, y por fin, la calma del que disimula para que los demás no conozca su vergüenza.)

Luc. Juro por mi fe de caballero, que esta *dama* no es ni ha sido nunca Benvenuto... Dadle PASO. (salen Félix y ella.—A los soldados.) Pero ahora con más ahínco que nunca, os ruego que busquéis á Benvenuto, y doy toda mi fortuna al que me lo entregue... si puede ser, muerto. (Telón.)



FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La decoración, á toda escena, representa una enorme sala del Petit-Nesle, donación que el rey había hecho á Benvenuto y donde éste tenía instalado su taller, en París. En la sala, se advierte bien que estamos en lo interior de una fortaleza. En los rincones de ella hay lanzas y atadidos de armas. En las paredes, colgados, arcabuces. En el fondo, una gran puerta. En la parte lateral izquierda, una puerta que comunica con las habitaciones de Benvenuto, y otra, hacia el fondo, que es rinconera, y está abierta siempre; esta comunica con la torre, cuya ruinoso escalera desciende, también, hasta la calle. Á la derecha, dos puertas que comunican con los cuartos de los aprendices. En el fondo, ventanales. Al levantarse el telón, hay un grupo de aprendices discutiendo. Todos rodean al nuevo aprendiz.

ESCENA PRIMERA

PAULO y APRENDICES

- N. AP. Mi padre es notario, pero quiera dedicarme á este menester de la escultura, porque dice que ahora el arte es buen camino para hacer fortuna.
- PAULO Solo que el arte no está en libros y no lo aprende el que quiere.
- N. AP. Yo traigo buena voluntad, y les tengo afición á las personas que lo hacen, por las gentes principales con quien tratan.

AP. 1.º (Para deslumbrarle.) Todo esto que aquí ves, es plata del rey.

N. AP. ¡Del rey!

PAULO Y hoy lo aguardamos; vendrá aquí para admirar las obras del maestro.

N. AP. ¡El rey de Francia aquí! .. Pues decid, que por estas sendas, vuestro Benvenuto debe andar ya acerca de que le hagan capitán.

AP. 1.º Por lo menos. (Con burla.) Ya una vez en Roma quisieron hacerle Cardenal... y tuvo que renunciar porque le faltaba fingimiento. (Los aprendices ríen, el nuevo se extraña.)

N. AP. A mí me habían dicho que Benvenuto tuvo que escapar de Roma por haber matado á un hombre.

AP. 1.º Ya hace de eso cinco años... y es verdad.

PAULO Pero eso no le impidió gozar en Florencia de la amistad del Duque Alejandro, ni tornar á Roma, porque al cabo le indultaron; ni volverse á poner tan á malas con el Papa que le encerró en prisiones; ni acabar obras tan famosas que su fama pasó afuera de Italia y al cabo, el rey Francisco, valiéndose del cardenal de Ferrara, exigió al Papa que diera libertad á Benvenuto, para tomarlo á su servicio.

N. AP. Pomeado mucho fino... ¿creéis que yo también, con el tiempo, podría llegar á Cardenal?

AP. 1.º Es posible, porque á tí no te hace falta fingir. (Bien otra vez.)

N. AP. Vos, señor Ascanio, que ya hacéis tan bellas cosas, ¿habéis tenido que pasar noches sin dormir para llegar á esto?

ASC. (Que trabaja en un rincón enfarrujado.) Te diré que con más frecuencia he pasado días sin comer.

N. AP. Pero ahora, con esta protección del rey, abundarán las provisiones.

AP. 1.º No estará de más que le pidas un tonel de vino francés al buen notario, que es tu padre.

N. AP. (Desentendiéndose.) Señor Ascanio: y vos, ¿no le admiráis al Benvenuto?

PAULO Este deja hoy el servicio del maestro, y tú entras á servirle en su lugar.

ASC. (Levantándose y yendo á ellos.) Yo tengo á Benvenuto por el orgulloso más insoportable que nunca he conocido y amigo sólo de él. Por eso le dejo.

PAULO ¡Ascanio!

ASC. Atento Benvenuto al medro suyo, cuando yo soy tan maestro como él, me esconde y no me deja dar muestras de mí.

PAULO ¡Ascanio!

ASC. Y á éste no le hagas caso cuando te hable de Benvenuto, porque todo lo suyo encuentra bien y siempre le tiene palabras de cariño y nosotros decimos si le regala...

PAULO (Con viva indignación buscándole para castigarle.) ¡A esta lengua tuya embustera le deseo el cáncer!

ASC. (Teméndoles.) No, perdona Paulo, que no quisiera molestarte.

PAULO ¿No quisiste?... (Se cogen y se pegan; el nuevo quiere separarles y todo el resto de los aprendices dejan caer palos sobre él.)

ESCENA II

DICHOS y BENVENUTO, por el fondo

BEN. ¿Estos buenos servicios hacéis al arte, canallas? (Todos los aprendices vuelven á sus sitios.)

ASC. Paulo ha sido la causa del desorden, maestro.

BEN. (Mira á Paulo que está todo confuso y le interroga con la mirada.)

PAULO Es verdad, señor, yo fui el primero en dar, pero Ascanio me había provocado, hablando mal de vos.

BEN. Me habrías dado otra razón cualquiera del escándalo y la habría encontrado natural en mozo intrepido y de sangre. A tu edad los hombres riñen por mujeres, por orgullo, ó por capricho. Pero este motivo que me has dado, á mí me humilla y á tí te conde-

na. Libre es Ascanio de hablar mal de su maestro, y tú, libre de elogiarle. A los dos os he abierto el camino con mis consejos y á ninguno, que yo sepa, le he marcado el fin: elije tú el de igualarme y Ascanio el de superarme, de ambos modos gana el arte. Este ha de ser vuestra pasión y no Benvenuto. No me admirarás más tú á mí, que yo he admirado á los antiguos y siempre ha sido mi propósito vencerles. Vé á tu trabajo, (A Paulo.) y piensa que Benvenuto, porque no necesita defensores, no quiere discípulos fanáticos. Tú, Ascanio, vuelve á tu labor y, desde este momento, cuida de serme superior en todo, para dar con tus obras, razón á tus palabras. (Con gran silencio todos los oficiales van á sus sitios. Benvenuto, después de mirarlos á todos, se pone á trabajar en una plancha de plata; se abre una de las puertecitas laterales de la derecha y sale de su cuarto Pantasilea, á medio tocado.)

ESCENA III

DICHOS y PANTASILEA

PANT. (Yendo derechamente á Benvenuto, sin atención ninguna á su trabajo y habiéndole con impertinencia quejumbrosa.) Sacarme de Italia para traerme á esta miseria y estrechez no puede tolerarse...

BEN. En primer lugar, Pantasilea, yo no te saqué de Italia. Si te encontré perdida en un mesón de mala muerte, en aquel difícil arte del bien agradar, para el que tan pocas almas tienen virtud; si te pareció seguirme á Francia para que nuevamente me aprovechara de tu gracia en el diseño de mis obras; si te pagué el camino, accediendo á tus deseos; si después te he regalado un poco y aquí estás como en tu casa y comes y duermes y huelgas la mayor parte del tiempo, ¿no te he dado infinitamente más que me pedías?

PANT. Bien sabes tú que nada te pido en virtud de antiguos tratos. Bien conoces la dulce afición que ahora me ata al lado tuyo.

BEN. Y aun considerando lo que yo deba á esa dulce afición, ¿no estás contenta?

PANT. ¡Oh, qué gran maestro eres en decir palabras duras! Echo de menos en tí aquel meloso hablar y aquella rendida voluntad de todo amante.

BEN. Cuando yo me hubiera ofrecido á serlo tuyo estaría la queja en su punto. Pero ahora...

PANT. Yo creía, señor, que todo eso que entre ambos está aconteciendo, nos constituía por tan cabales amantes como á los que más. Pero ahora declaro que me ahorquen si en adelante sabré lo que quiere significar una mujer cuando me diga de algún hombre: «este es mi amante.»

BEN. Acaba pronto si vienes á pedir, y di qué quieres.

PANT. Considera, señor, si no es vergüenza con el favor de que ya gozas en la corte, que todos los días me encuentre yo sin flores, en el momento de hacerme mi tocado.

BEN. Dile á Andrés, cuando lo veas, que á diario traiga flores para tu tocado. Y dejame tranquilo...

PANT. A bien que de poco me servirán las flores, si no me compras lazos para sujetarlas...

BEN. Dile que te compre cintas...

PANT. Pues si no me regalaras á su tiempo de unos ricos broches que ahora venden y que son maravillosos, ni los lazos ni las flores servirían para nada...

BEN. Mira allá, en aquella caja de mis joyas acabadas donde hay bellos broches, y el que más te agrade, aquel toma como tuyo...

PANT. ¡Bah!... tus joyas no parecen cosa de tocado, Benvenuto. Nadie veo que las lleva... Y en cambio, esos maravillosos broches que te digo, están ahora tan en boga... que es pobre de solemnidad quien no los luce.

BEN. Tienes razón, Pantasilea; á mis joyas sólo alcanzan los príncipes ó los reyes; y de esos

broches que tú pides llevan aquí las cortesanas; haz tu gusto y déjame.

PANT. (Lloriqueando.) No puedes acabar sin insultarme.

BEN. (Voz de imperio.) ¡Vete, y déjame tranquilo! (Va a salir Pantasilea, y ya junto a la puertecita lateral tropieza con Ascanio, entablándose entre ambos y casi en voz baja este pequeño diálogo.)

PANT. ¡Ascanio!
ASC. Si no me tienes, Pantasilea, acabo aquí con el maestro.

PANT. Yo tengo mejor modo de acabar y más a gusto.

ASC. Oí que te injuriaba.
PANT. No han sido todo injurias. Nuestros negocios llevan buena marcha.

ASC. ¿Por qué, Pantasilea?
PANT. Porque el maestro dióme permiso de llegar a la caja de las joyas.

ASC. Hasta pronto, pues.
PANT. Y para siempre, Ascanio. (Vuelve Pantasilea a entrar en el cuarto. Ascanio la ha seguido con los ojos y con el puño cerrado amenaza a Benvenuto.)

ESCENA IV

DICHOS y ANDRÉS

AND. (Un muchachito de diez años que viene a colocarse al lado de Benvenuto diciendo:) Nada.

BEN. ¿Tampoco hoy trajeron los correos pliegos de Italia para mí?

AND. Tampoco.

BEN. (Después de mirar por el ventanal con gran melancolía.) ¡Y estas brumas de París que sólo traen humores de tristeza! Vé, Andrés, con Pantasilea que te necesita.

AND. Señor, volverá a mandarme afuera y estoy ya rendido.

BEN. Obedece, Andrés.

AND. Vamos, señor, dejadme un rato aquí viendo estas maravillas que hacéis.

BEN. Si no obedeces... (Andrés escapa hacia la puerta. Benvenuto trata de perseguirle. En este momento entra el rey Francisco con su gente. Andrés tropieza con sus rodillas y el rey Francisco le recoge riendo. Siguen al rey el Delfín Enrique, su nuera Catalina de Médicis y el cardenal de Ferrara.)

ESCENA V

DICHOS, EL REY, EL DELFÍN ENRIQUE, CATALINA DE MÉDICIS, EL CARDENAL y acompañamiento

REY. (Cogiendo al muchacho.) Al mayor sagrado que hay en Francia te has acogido y Benvenuto, mi amigo, te perdonará. (Ríe largamente al ver la confusión de todos. A Benvenuto.) El rey de Francia ha querido entrar aquí sin anunciarse, para darte mayor prueba de su amistad; aunque las bellas cosas que aquí tienes casi disculpan mi atrevimiento. Señor, es benevolencia vuestra.

BEN. REY. (Levantando el tapiz que cubre la puerta.) Entra, hijo, que yo mismo no me desdengo de ser quien tenga el tapiz cuando tras él vas a descubrir tan grandes maravillas... Y tú, Catalina, hija mía querida, flor de Italia, ven a recrearte en la gloria del más grande de los italianos... Vos, Cardenal, en pago de la merced que nos habréis hecho acompañándonos, venid a ver el precio que doy al inmenso regalo que me hicisteis trayendo a nuestra corte a Benvenuto... (Todos los personajes han ido entrando según que el Rey los nombra. Benvenuto hace gesto a sus aprendices de que se retiren y éstos lo verifican por la puerta lateral izquierda. Todos los visitantes se desparraman por el taller. Benvenuto acude a unos y otros.)

REY. (Delante de una lámpara.) ¿Esta es la lámpara de plata?

BEN. Uno de los encargos que me hicisteis, señor; aquí están en cera los modelos de los otros. (Queda el Rey contemplando los modelos. Catalina y Enrique miran otra estatua: una mujer tendida.)

CAT. ¿Qué bella figura es ésta, maestro?
 BEN. (Acudiendo.) Esta, señora, va destinada á coronar la puerta del sitio real de Fontainebleau; es la imagen de Diana cazadora, y es, al mismo tiempo, una alegoría de aquel rincón ameno.

CAT. Todo me parece bien menos el nombre que habéis puesto á la estatua; Diana, no me gusta.

BEN. Yo no tengo la culpa, señora Catalina, de que los griegos llamaran así á la Diosa de la caza.

ENR. Tenéis razón, maestro. (Quedan ambos contemplando la estatua. Benvenuto, yendo en busca del Cardenal de Ferram.)

BEN. ¿Por qué no gusta vuestra Delfina del nombre de Diana?

CARD. Porque la querida del Delfin, su marido, se llama Diana de Poitiers. Cuando el Rey te deje, vuelve á hablarme que te interesa.

REY (Acabando de mirar los modelos.) Pregunto yo, Benvenuto, ¿por qué toda estatua tenéis que hacerla en cera y en pequeño, antes de trasladarla á su forma y magnitud definitiva?

BEN. Por la misma razón, señor, que un rey ha sido Delfin antes de ser rey. Los vicios del Delfin, con la educación, pueden corregirse: los del Rey no tienen ya remedio. El Delfin es blanda cera y el Rey es bronce duro: por eso es doble la gloria de un monarca como vos, donde el ánimo más exigente ve defectos tan escasos.

REY (Arrogando el entrecejo y cambiando de frase.) Para aquella puerta grande de Fontainebleau, ¿has pensado algo, Benvenuto?

BEN. Allá tenéis, ya en bronce, la estatua de Diana cazadora que debe coronarla. Vuestros hijos le están ahora examinando. Además he corregido la arquitectura de la puerta, quitándole cuanto he podido de vuestro pésimo estilo francés y dándole cuanto ha querido tomar de la gracia y razón de nuestro arte italiano.

REY Por lo menos, Benvenuto, tú hablas claro y

no hay temor que engañes. Voy á ver la estatua. No, queda aquí entre tanto, Benvenuto, que á mí tus obras me harán compañía y el Cardenal ha menester hablarte. (El Rey pasa al fondo para contemplar la estatua. El Cardenal y Benvenuto hablan en primer término.)

CARD. Estás perdido en la corte y á punto de perder todo tu favor.

BEN. ¿Quién me ha calumniado?

CARD. La favorita del Rey: madame d'Etampes.

BEN. ¿Cuál puede ser la causa que le mueve á hacerme daño?

CARD. Cuando miro tu gloria y valimiento, pienso si serán celos de la favorita; cuando atiendo á tu fuerte arrogancia de hombre, pienso que no le habrás hecho el amor ó que habrás desdeñado favores suyos...

BEN. Sabéis cuánto me cansan las grandes damas.

CARD. Es preciso recobrar la gracia de la duquesa ó despedirte de Francia.

BEN. Prefiero lo segundo.

CARD. Pero saldrás de Francia con vituperio. La favorita ha prometido al escultor Francisco de Bologna, todas las bellas obras de Fontainebleau, que el Rey tiene encargadas.

BEN. Pero el Rey mantendrá su palabra.

CARD. ¡Iluso! El Rey viene á verte sólo para reñir contigo, porque lo ordena así su favorita.

BEN. Pero, ¿en esta Francia no puede darse un paso sin tropezar con mujeres?

CARD. Con la autoridad que me da el conocimiento de ambas cosas, te diré que ellas son aquí en París, lo que en vuestra Roma los cardenales. Créeme, en cuanto el Rey te deje, toma el camino de su casa y recobra en una bien acabada visita, el favor de la Duquesa. Que la primera palabra que diga esta tarde al rey Francisco, sean elogios de Benvenuto.

BEN. Yo no estimo un favor que el Rey me obligue á partir con las mujeres.

CARD. ¡El Bologna hará las obras de Fontainebleau!

BEN. El Rey se entenderá con los futuros: yo habría llenado el parque de obras inmortales y su capricho lo colmará de monstruos.

CARD. Pero tu fama perderá una base en que afirmarse.

BEN. Solo una manera veo de evitarlo: y es al modo mío.

CARD. ¿Cómo?

BEN. Matando al Bologna de una estocada en la garganta, por embustero y torpe artista.

CARD. Eso es necio: el Rey encontrará otro que poner en su lugar, por complacer a esta señora.

BEN. Eso es verdad: que abundan los artistas torpes.

CARD. Solo haciendo lo que te he dicho yo, puedes salvarte. Si no, te veo perdido.

BEN. Y yo me veo ganado... Hace demasiado tiempo que masco el freno real, y me van entrando ganas de llevar la boca libre.

CARD. Ve que cuanto pase tú lo habrás querido.

BEN. Porque lo habré querido, lo acepto. Y gracias Cardenal, por este anuncio de libertad que ahora me dáis. (Se separan á tiempo en que el Rey vuelve de examinar las obras del fondo.)

REY (Con cierta violencia, desoso de cumplir con el compromiso contraído con la favorita.) ¡Y pensar que todavía hay gentes en la corte que te calumnian y hablan mal de tí!

BEN. ¡No os indigne eso, señor: pensar que cortesanos vuestros que os deben cuanto son, todavía hablan mal de vos!

REY (Se muerde otra vez los labios.) Todo esto que acabo de ver aquí en esbozo y planeado, si te dijera que no me llena el alma de admiración y de entusiasmo, mentiría. Bienvenuto... Pero la misión del Rey es dura y poco abierta á la contemplación y el goce... Colocado entre el Universo y su nación, el Rey debe ser como la redoma de cristal donde todas las cosas pierden su escoria y se truecan en oro para el pueblo. El Rey gana las batallas, y su pueblo engrinalda las plazas y hace fiestas: el Rey celebra tratados, y su pueblo

con ellos se enriquece: el Rey acosa, persigue, exprime y atormenta á los grandes ingenios que le rodean... y el pueblo, mañana, se gozará y descansará en las obras de estos ingenios escogidos. No me contenta á mí el ver tus proyectos ni eso solo puede contentarme: yo tengo las llaves del tesoro; necesito saber hasta qué punto gravarás con tus servicios mis arcas ya en quebranto. Yo no tengo las riendas del tiempo y es preciso que entre los dos averigüemos si la ejecución de todas estas grandes cosas que has imaginado cabe en los límites probables de mi reinado y de tu vida.

BEN. (Comprendiendo que empieza la batalla, se echa atrás y contesta con una disimulada sequedad.) A lo primero contestaré, señor, que si el precio de mis obras pudiera soportar cálculo y tasa yo no serviría á reyes, sino á mercaderes ó banqueros, y á lo segundo que si tan sutilmente buscara el fin de mis obras, yo no comenzaría ninguna: porque todas en su principio, me parecen difíciles y largas y para asustar al mayor ánimo.

REY Sin embargo; yo tengo otros servidores de preclaro ingenio y todos saben decirme, si se lo pregunto, lo duración y el precio de sus obras

BEN. Para hacerme fuerza en este caso, rey Francisco, debiérais poder decirme, no que tenéis otros *servidores*, sino que tenéis otros Benvenutos.

REY Justamente se hablaba ayer en palacio de escultores italianos.

BEN. De ninguno sé, fuera de mí, que habite en París.

REY Yo sé que muestra grande interés en entrar á mi servicio, un Francisco de Bologna.

BEN. Ese alcanzará renombre y fama entre vosotros, porque sabe cortejar á las damas de la corte.

REY Es un admirable escultor me han dicho.

BEN. El y Dios trabajau en igual materia pero de manera opuesta: Dios hace del fango la mujer, y él de las mujeres hace fango.

REV. (Notando murmullos de descontento en su séquito.)
¡Benvenuto!

BEN. Señor Rey: Todo le es dable al monarca, todo, menos entrar en esta fortaleza minúscula del cráneo y plantar adentro su ley con estandarte. A vuestros capitanes podéis ordenarles que saqueen en tres días Roma entera porque les ponéis á su lado un obús y en sus manos una espada: pero á vuestro artista no podéis mandarle que trace una sola línea en un plazo dado porque solo para trazar una línea necesita que se pongan de acuerdo las fuerzas vivas de su alma y la inmensidad de la Naturaleza. (Termina con fuego y queda mirando al Rey que sonríe gozoso de oírle.)

REV. Digo de verdad que eres un hombre conforme á mí mismo, maestro Benvenuto. (Transición. Se vuelve al Cardenal: es el Rey meloso, hipócrita, dultón y traidor que nos dejó.) Monseñor Cardenal: para que vuestro amigo lleve un recuerdo amable de su estancia aquí, mañana le pondréis un pliego, escrito en vuestra lengua donde me despedáis de él con el más dulce giro que para decir adiós sepáis combinar los italianos. (Saluda á Benvenuto: saludan todos y se aprestan á salir. Benvenuto añade.)

BEN. Señor Rey: pido venia para acompañaros hasta el puente, porque hoy quiero ser yo quien os despida. (El rey Francisco tiene un gesto de indiferencia real: salen todos. Comienza á oscurecer.)

ESCENA VI

PAULO y ESCORPINA

(Por la puertecita de la torre entra Paulo, hacinando con un velón que trae suspendido á alguien que le sigue. Luego de cerciorarse de que no hay nadie en la sala, vuelve á la escalerilla y hace entrar á quien le seguía.)

PAULO Señora Juana, entrad y sentaos... El maestro habrá salido, como todos los días, a re-

coger la última caricia del sol sobre París. Hasta noche entrada no regresará.

ESCOR. (Se descubre la cara, que tenía tapada con un velo.)
¡Pensar que hace cinco años me escondo de él, y que mi única alegría en este mundo sería verle! (Sentándose mientras Paulo deja el velón sobre una mesa.) ¿No tienes nada nuevo que mostrarme, Paulo?

PAULO Todo lo visteis ya la última vez; desde entonces únicamente ha terminado el maestro un busto de mujer que tiene en su cuarto, y que después os mostrare...

ESCOR. ¿Un busto?... ¿es el retrato de alguna bella dama de la corte?

PAULO No os dé inquietud; es un busto de mujer, y en el zócalo, sobre el mármol rojo, con letras de oro, el maestro ha escrito: «Italia».

ESCOR. ¿Y lo tiene en su cuarto?

PAULO Y una noche, la puerta estaba mal cerrada, y yo, con estos ojos, vi al maestro que besaba primero el busto en la frente, y después el nombre de oro. (Pausa. Dulcemente la rompe Escorpina.)

ESCOR. ¿No me castigará el desengaño, Paulo, si abro el alma á una esperanza?... ¿Piensa en mí Benvenuto?

PAULO ¿Quién podrá decir, señora Juana, lo que el maestro piensa? Desde que os separásteis aquella noche en Roma, no le he conocido, ni en Florencia, ni en toda Italia, ni aquí en Francia, un verdadero amor. Como si no vieran alma las mujeres, así las mira él. Yo creo que si alguna le cautiva alguna vez, siente que no sea de mármol esculpido. Todo su fervor lo pone en su arte, pero el alma suya, que fué rica y redundante, se le torna agria como tierra que ninguno cuida de regar. Sus arrogancias de antes, ahora dejan caer acibar y quemante hiel. Yo creo, señora Juana, que ya hacemos mal en ocultarle nuestra estancia aquí, y que su mayor alegría sería recibirnos, y que hacen falta por aquella selva enmarañada de su alma la labor y el retoque de manos de mujer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

ESCOR. ¿Y si se enojara, viéndome? Me faltarían fuerzas para otro desengaño: con esto poco que tengo me contento y no deseo más. Cuando niños, si en una balsa de agua vemos reflejado el sol, queremos cogerlo con las manos; cuando mozos, en los paseos largos, nos gusta sentirlo vibrar sobre nuestra piel; cuando viejecitos, con uno de sus rayos mortecino, amarillo, filtrado á través de una ventana, frío, suave, tembloroso, sombra del sol nada más, estamos contentos. Y así, amigo Paulo, me ha pasado á mí. En mi casa, á mi lado, á todas horas, solamente mío, le quise al principio. Después me avine á verle nada más los ratos que su arte le dejaba libre. Y ahora, con este resplandor amarillento, frío, con esta sombra de él que hay en sus obras me contento. ¡Si él me recordara, si estuviera segura de que, al verme, pronunciaría mi nombre con cariño, aunque verle y morir fuera lo mismo, ¡con qué serenidad le aguardaría! Pero... ¿se acordara de mí?

PAULO ¿Queréis que yo os conteste á esa pregunta, señora Juana? (Coge el velón, y señalando al cuarto de Benvenuto, le dice:) ¡Entrad!

ESCOR. (Presintiendo.) ¿El busto?

PAULO Entrad...

ESCOR. (Entra en el cuarto con transporte decidido.) ¡Oh! ¿no me engañas? ¿no es un sueño? ¿no me engañas? (La sigue Paulo con el velón. La escena queda relativamente oscura; por el ventanal entra la luz roja del crepúsculo.)

ESCENA VII

BENVENUTO

(Entra Benvenuto, sombrío, descompuesto, por la gran puerta, luego se sienta en un sillón, y después de una pausa dice:)

BEN. ¡Otra vez se ha roto la cadena y otra vez hay que volver á comenzar!... ¿Dónde, ahora?... ¿en qué yunque bastante fuerte te podré for-

jar al fin, oh hierro duro de mi arte? (Sale Paulo: cuando ve á Benvenuto, tiene un sobresalto que le hiela: su primer movimiento es volver al cuarto para prevenir á Escorpina: pero cuando llega á la puerta tiene un súbito pensamiento, y se enoega de hombros, abandonando los sucesos al destino, sintiéndole andar.) ¡Paulo!

PAULO
BEN.

(Con voz turbada.) ¡Maestro! Llama á Ascanio: quiero darle todavía unos consejos antes que se parta de mi lado. (Paulo, sin contestar, entra en una de las puertas de la izquierda.)

ESCENA VIII

BENVENUTO y PAULO

(Benvenuto se levanta mudo y pega su frente á los vidrios del ventanal, contemplando el incendio del crepúsculo. Suenan voces de Paulo, que sale á escena por el cuarto de Pantasilea.)

PAULO

¡Maestro! ¡Maestro! Ascanio y Pantasilea deben haberse fugado, llevándose la caja de las joyas.

BEN.

Mejor. Hoy no tenía los ánimos bastantes para darle á Ascanio el aliento y los consejos que le cumplen al maestro Benvenuto. (Vuelve á sentarse en el sillón; Paulo no pierde de vista la puerta del cuarto.) Mañana cuando lleguen los aprendices, díles que he terminado ya toda labor... y que me voy de Francia... Y díles que si recuerdan siempre mis doctrinas, alcanzarán honor... (Abismándose.) ¡Honor! Entremos á pensar, maestro Benvenuto... Todo lo que el mundo puede darte se reduce á esta palabra: desengaño... Todo en la vida mía ha sido embuste, y nada me ha llenado el corazón... El Papa, los Duques, el Rey... todos me dejan. He levantado mis obras en torno mío, y en estos desiertos de la gloria estoy triste... y solo... ¡solo! Si con el mismo cincel que empleo para mis obras

me mutiló y me arranco esta diestra que las hace, todo en la tierra seguirá del mismo modo, y nadie se conmoviera...

ESCENA IX

BENVENUTO y ESCORPINA

(Durante el monólogo se ha ido entreabriendo la puerta del cuarto. Escorpina sale y está a punto de desvanecerse. Paulo la anima con los ojos. La escena entre ellos dos muda, llena de ansiedad. Paulo animándola con los ojos, Juana, sin atreverse a llegar a Benvenuto: debe ser corta, pero de una síntesis expresiva y patética; finalmente Escorpina, cerca de Benvenuto, coge con las suyas la mano que Benvenuto tiene extendida y temblorosa, con la voz mojada en lágrimas dice:)

ESCOR. ¿Sufres, Benvenuto?

BEN. (Con una conmovión donde todo su estado de alma culmina y se resume.) ¡Escorpina! (Se levanta y la toma en sus brazos. Escorpina solloza.) ¿Eres tú de verdad?... ¿no sueño, Escorpina?... ¿no hace la naturaleza un milagro en gracia mía? (Teniéndola abrazada. A Paulo.) ¡Oh! luz; más luz aquí... ¡que arda la casa! (Paulo entra en el cuarto y sale con el velón en el momento que Benvenuto acaba de hablar. Benvenuto coge el velón y, acercándose a ella bajo la lluvia de la luz, la examina asiduamente.) ¡No, no sueño, no, ni hay más prodigio aquí que el prodigio diario de la vida!... (Ella le mira sonriendo con los ojos llenos de lágrimas.) ¿Lloras? (Enjugándole los ojos con las propias manos.) ¡No, no; lágrimas no; basta de nieblas, Escorpina; basta de obscuridad; basta de lluvias! (Separa las manos; vuelve a mirarla con los ojos.) ¡Así... ¡limpia... clara... eternal... ¡la luz!... ¡el sol de Italia!...

ESCOR. (Con devota melía.) ¡Benvenuto!

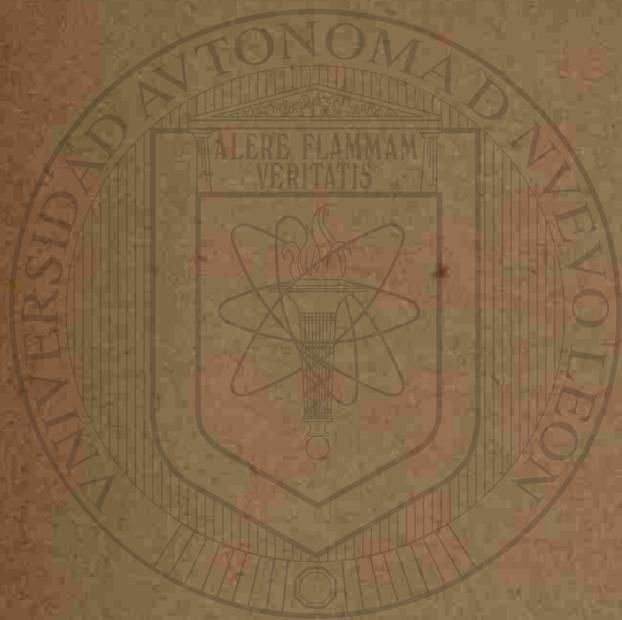
BEN. (Haciéndose atrás para contemplarla.) Repara, Paulo, si no es maravillosa la semblanza con mi busto. Hasta este dolor que ahora calienta y hace mover las líneas de su rostro, lo había adivinado yo y lo había puesto en él... ¡Ah! pon en tus obras proporción, equilibrio,

armonía, y has dicho la belleza de las criaturas... pon *Dolor* y has dicho la verdad suprema de su alma... (Pausa. Transefón. Benvenuto se acerca a Escorpina y dice tomándola las manos.) Mira, Escorpina, un peñasco de la costa en el invierno y a la fría impresión de su aridez, se nublará tu frente: pero miralo con la luz y humedad de primavera vestirse de yerbas menudas y dar flores... estas manos tuyas han hecho oficio de primavera en el peñasco de mi espíritu: ¿lo olvidaron ya?

ESCOR. Cuando estabas en Roma sabía el nombre y la forma de las flores que querías tener sobre tu mesa... desde que faltas, cada noche, con los nombres de ellas, he dicho una devota letanía...

BEN. Aquí no hay flores de aquellos nombres y perdería virtud tu letanía. Dispón lo necesario, Paulo. Mañana saldremos para Florencia, *maestra Juana*. (La besa las manos con respeto.—Telón)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Representase en la escena la cuedra donde levantó su pequeño horno, para fundir el Perseo, Benvenuto Cellini. Vese el horno en el fondo de la decoración: dicho horno tiene una gran boca para dar salida al metal en fusión, y hay á su lado una escalera construída de obra para alimentarlo por la parte superior. Por bajo de la boca inferior corre el reguero que se sepulta en el suelo á los pocos pasos para llenar el molde. El horno está colocado en el fondo, Jincón derecha. También hay en el fondo una inmensa puerta que deja ver todo el huerto, donde está construída la casita del horno. Más allá del huerto se ven los barrios extremos de Florencia. En el huerto habrá un montón de leña que dos muchachos acarrearán hasta depositarla cerca del horno. En escena Paulo, dirigiendo la operación de los muchachos, y Escorpina, sentada en primer término con dos mujeres del pueblo, departiendo.

ESCENA PRIMERA

ESCORPINA, PAULO, LA GAMBETTA, LA CAPRETTA
y MUCHACHOS

PAULO

(A los muchachos.) La leña toda aquí, cerca del horno, para avivar cuando convenga el fuego... (Los muchachos prosiguen la tarea Paulo con una azada acaba de apretar la tierra sobre el molde cuidando de que queden fuertes los respiradores, pequeñas cañerías de barro con salida á la superficie, que se habrán puesto de antemano.)

ESCOR. (A Paulo.) Ha dicho que cuidarás de apretar bien la tierra sobre el molde.

PAULO Eso estoy haciendo y en verdad que ya todo queda á punto...

LA CAP. (Hablando con Escorpina.) Pues para nada más quería importunaros; me ha dicho mi marido eso; que ayer le llegó la carga de leña, que es toda de eteina joven, y hace un fuego vivísimo. decidle al señor maestro que toda está á su disposición y que no hemos de tocarla hasta estar seguros de que él no la necesita...

ESCOR. Yo creo, buena mujer, que quedará encantado de vuestra oferta. Pero tenemos bastante leña.

LA CAP. No importa. Nadie sabe lo que puede acontecer. Y el maestro todo lo merece.

LA GAM. Y que lo digáis, buena mujer: ved si no, lo que ha hecho con mi hijo; de un mal braceiro para trabajar la tierra que le traje, me lo ha convertido en un hombre cabal y lleno de sabiduría.

LA CAP. En verdad que os envidio, buena vieja.

LA GAM. No sólo á leer, que al cabo muchos saben; si no á trabajar la plata y el oro y á hacer de todas esas cosas admirables de escultura le ha enseñado. El ha sido en verdad su padre... ¡Y que de este modo se vuelva á los humildes el que ha tenido tratos con Papas y con reyes!

ESCOR. Tal vez por eso mismo se vuelve á los humildes, buena amiga. Benvenuto quiere sobre todas las cosas á su arte. Por eso no busca ya quien pueda pagar sus obras, si no quien pueda continuarlas.

LA CAP. Esta que váis á fundir, dice mi marido que la ha visto y que es cosa imponderable...

LA GAM. Dice mi hijo que toda la vida de un hombre no bastaría á producir tan grande perfección, y que sin un poder oculto eso no puede hacerse.

ESCOR. Todo puede hacerse en este mundo, con la ayuda y el amor de la buena gente. ¿Véis aquellos hombres que allí trabajan trans-

portando leña?.. Lo hacen por cariño que tienen al maestro y por admiración de su obra. Paulo, vuestro hijo, nunca ha querido tomar nada de nosotros...

LA GAM. (Enjugándose los ojos.) Ahora sí que bendigo al cielo por este hijo que me ha dado. Porque veo que no sólo aprende cuanto el maestro le enseña: sino que la única cosa que su madre pudo enseñarle, que es la gratitud, tampoco la ha olvidado.

PAULO Mi opinión es que el fuego debe avivarse y que podemos comenzar la fundición...

ESCOR. Esperemos á ver si sale Benvenuto.

PAULO ¿Como estaba hoy, señora? (Los que trabajan se acercan á saber nuevas.)

TRAB. 1.º ¿Cómo estaba?

ESCOR. Ha pasado mejor la noche; la fiebre que ayer le combatía, se ha calmado un poco. Yo no lo veo enfermo.

LA GAM. ¡Bendita sea la Madona!

LA CAP. ¿Pues qué creéis que tiene, Juana?

ESCOR. Si el ansia de ver cumplido nuestro mayor deseo, puede darnos fiebre, creo yo que esa es la enfermedad de Benvenuto. Vosotros sabéis lo que ha tenido que sufrir con su Perseo. Recibió del Duque Cosme, que manda en Florencia, el encargo de esculpirlo. Con la espada desnuda y en la mano la cabeza sangrienta de la quimera, quiso nuestro duque que representara el poder del soberano, triunfando de las ansias y la furia popular. Pero Benvenuto la entendió de otra manera.

PAULO Y á mi me dijo, enseñándome el modelo, estas palabras: «Mira, Paulo, cómo todas las cosas tienen día y noche y como de la más negra ficción brota limpia la verdad: ¿no ves tú en esta pujanza virginal de mi Perseo, la lozania y juventud del pueblo que despierta y aplasta bajo sus pies toda usurpación y toda tiranía?»

HOMBRE Yo también le oí explicar la estatua de este modo.

ESCOR. Y los que no lo oyeron, lo adivinaron, bue-

na gente. Llegó al duque la versión, germinando y creciendo en bocas enemigas. Y lo que hasta entonces había sido protección y buena amistad, fué desde entonces sequedad y rudeza imperativa. Cerró el duque sus arcas y quedó Benvenuto sin recursos para su Perseo. Pero entonces más que nunca, se entregó á sus obras. Vinimos á este barrio pobre de Florencia; con vuestra ayuda y vuestras manos, levantamos las paredes de esta casa y tuvimos horno y tuvimos leña. Pero haberlo soportado todo, terminar la obra, brillar el día de fundirla, lograr el fin de la batalla y tentar con el pie las primeras blanduras del reposo, ¿no creéis que todo esto es demasiado para un hombre y que por fuerza el fuego del alma ha de quemarle el cuerpo?

ESCENA II

DICHOS y BENVENUTO

(Bastante combatido de fiebre, sale Benvenuto á escena; todos se vuelven á mirarle con silencio y respeto.)

BEN. Paulo... Escorpina...
 PAULO (Corriendo á él) ¿Cómo estáis, maestro?
 ESCOR. (Lo mismo) ¿Cómo estás?
 BEN. Bien, muy bien, amigos míos, no os dé miedo, tendré tiempo de todo. No moriré sin acabar la obra... Mis orgullosos protectores aprenderán lo que puede un hombre sólo... y mis enemigos, cuán viejo es en el arte, el escultor nuevo, como me llaman. (A Paulo.) ¿No te parece, Paulo, que ya es hora de empezar la fundición?
 PAULO Eso mismo decía no hace mucho, maestro...
 BEN. Vamos...
 ESCOR. ¿Podrás tú?
 PAULO Maestro, no es necesario que os mováis, todas estas gentes están aquí para servirlos, (Van entrando vecinos y gentes del pueblo, hasta unas

doce personas.) sentaos vos... y dadnos el placer de obedeceros...

LA GAM. (Acercándole una silla.) Sí, sentaos... señor maestro y ordenad... tiene razón mi hijo...
 ESCOR. Siéntate, tu sola palabra hará que obremos maravillas.
 BEN. ¡Ay, Escorpina!... ¡Yo sentaré el cuerpo!... pero, ¿me crees con tanto poder que logre tener quieta el alma? ¿No ves que lucha por entrar en mi obra y animarla? (Benvenuto se sienta y echa una mirada como buscando algo.)
 ESCOR. ¿Qué quieres?
 BEN. Tengo la boca seca: el calor del horno debe ser, quisiera morder una naranja...
 LA CAP. (A la Gambetta.) ¿Qué quiere el maestro?
 LA GAM. Fide frutas...
 JOVEN Yo iré a mi huerto por ellas.
 LA CAP. Voy también a buscarlas. (Salen varias mujeres. Escorpina también sale.)
 BEN. Mucha atención, Paulo; temo que llueva y dando el agua en la pared del horno, nos lo enfríe y el metal se cuaje a medio fundir. Todo estaría perdido...
 ESCOR. (Volviendo a entrar otra vez.) No había naranjas en casa... ahora han ido a buscarte.
 BEN. (Tomándola la mano y besándola.) Todavía tienen la frescura del limón.
 PAULO ¡El metal empieza a fundirse, maestro!
 BEN. ¡Ah!... ¡Descansad ahora!

ESCENA III

DICHOS, LACTANIO GORINI

(Entra por la puerta de la izquierda Lactanio Gorini.)

LAC. ¿Vive aquí el maestro Benvenuto Cellini?
 BEN. Yo soy, señor, ¿qué me queráis?
 LAC. Habláis con Lactanio Gorini, protense, secretario y consejero del Duque Cosme, soberano de Florencia.
 BEN. Vos ya sabéis con quién habláis.

LAC. Y tanto, que os traigo órdenes del duque...
BEN. Decid.

LAC. El duque os había encargado una fuente de plata igual á la del Rey Francisco, y hoy la quiere concluida

BEN. Direis al duque, que con grave sentimiento mío, hoy no puedo acabarla. Tengo otro trabajo.

LAC. Ya sabe el duque que os habeis empeñado en fundir hoy el Perseo, con vuestras solas fuerzas, y sin que él os dé socorro. No quiere nuestro soberano echaros de sí, ni poner trabas á vuestra grande alma. Pero no han sido nunca empresas como ésta cosas para un hombre solo... Obedeced ahora, maestro Benvenuto, la voluntad del duque. Ya sabéis que él ama también vuestro Perseo, y que le tiene destinado, para cuando lo acabéis, con su venia, un sitio en la Logia de la Plaza...

BEN. ¡Y la plaza es del pueblo!... Direis, señor, al Duque Cosme, que Benvenuto, como otras veces en su vida, ha tenido esta noche una visión: y en esta visión, por la primera vez, ha contemplado el arte que adora, rompiendo sus cadenas, y ganando su libertad para el futuro. Direis al Duque Cosme, que ya el arte no quiere servir más al que le paga, sino al que le inspira, y le alienta y le hace eterno..

LAC. Pienso yo que el duque volverá á reclamarnos su fuente de plata.

BEN. Finalmente le direis, que Benvenuto Cellini no tiene tiempo para ocuparse en el servicio de ningún señor de la tierra, mientras no acabe su Perseo con el que ha querido servir al pueblo de Florencia...

LAC. (Con sequedad.) ¿Nada más quereis decirme?
BEN. Que se acerca la tempestad... y el tiempo es duro. (Lactasio se retira.)

ESCENA IV

BENVENUTO

(Entran las Vecinas que se fueron en busca de frutas, y quedan quietas al ver que habla Benvenuto.)

BEN. Solo me faltaba oír que los soberanos pretendieran ser más grandes que su pueblo. (Se le acerca un viejo.)

VIEJO Cuando vuestro Perseo esté en nuestra plaza, y por las tardes, en las fiestas, me pregunten mis nietos pequenuelos quién lo ha hecho, para que entiendan vuestra grandeza, les repetiré esas palabras.

JOVEN Cuando peligren las libertades de Florencia, y los mozos florentinos se conjuren, nuestro sitio de cita por las noches será el pie de vuestra estatua...

MUCH. Y si con el triunfo de las libertades hay paz en Florencia y los mozos no van á conjura, debajo de vuestra estatua las mujeres nos pararemos y sonarán más dulces las palabras. (Entra La Gambetta con un cesto lleno de frutas y legumbres, y le siguen igual otras mujeres.)

LA GAM Tomad, señor, de vuestra buena voluntad: no hay más en mi huerto.

BEN. (Toma y muerde una naranja. Escorpina y Paulo atienden al horno.) Digo que todo esto que acabo de oír, me parece que se torna fresca y miel en el zumo de esta fruta.

VECINA ¿No quereis de la mía, señor?

BEN. Dejadlo todo ahí, que después de la brega que nos espera, todos tendremos necesidad de recobrar fuerzas. (Suena un trueno.) La tempestad va á descargar: aviva el fuego del horno.

ESCOR. No hay más leña, señor, ¿qué hacemos?
BEN. Estamos perdidos; el agua va á enfriarme la pared.

LA C.P. Aquí está mi marido que, á pesar de vuestra negativa, ha traído su leña.

BEN. (A los que allí están.) ¡Ayudadme á acarrearla!
 PAULO. ¡Nosotros lo haremos, no os fatiguéis, maestro!

BEN. Más me fatigaría ver el peligro y no ponerle remedio con mis manos. (Mientras los hombres acarrear la leña, las mujeres Capretta, Gambetta y Escorpina hablan en primer término.)

ESCOR. Creo que Benvenuto ha hecho mal en dejar su lecho. Le veo con más fiebre que nunca.

LA GAM. Y ese aire de tempestad puede serle nocivo.

MUCH. ¡Sus ojos echan fuego y sus miradas pasan cuando mira!

LA CAP. Dios á estos hombres los hace fuertes ó no los hace.

ESCOR. También eso es verdad, buena amiga. (Los hombres han acabado de transportar la leña. Bajo la dirección de Benvenuto cargan nuevamente el horno.)

BEN. Procura, Paulo, arrimar toda la leña á la pared del huerto.

PAULO. Eso hago, señor.

BEN. ¿Crees que saldremos con bien de esta?

PAULO. ¿Como queréis que os lo diga, señor, si me parece que es la vuestra empresa sin ejemplo?

BEN. Así no puedan decirlo los futuros. Sigue añadiendo leña, Paulo... yo no puedo más... (vacúa.) Escorpina...

ESCOR. (Acudiendo á él.) ¿Qué tienes? Ardes más que nunca...

BEN. Es el calor del horno... No puedo tener fiebre... pienso y veo bien... pero me abraso de sed... tráeme un poco de agua... más leña... Paulo... más leña... (Un joven florentino viniendo del huerto.)

JOVEN. Señor, Paulo, señor! ¡Una desgracia!... (Enorme tumulto.)

BEN. Di qué pasa... Escorpina... por qué gritan...

JOVEN. El mucho fuego ha buscado salida y la casa empieza á arder...

BEN. Di, Escorpina, que procuren combatirlo hasta ver si podemos acabar. Dentro de una hora podrá arder la casa. Ahora no.

VIRJO. Yo iré con unos compañeros á derribar el techo que arde...

BEN. Vete y arroja las vigas en el horno, que no falte leña...

ESCENA V

ESCORPINA, BENVENUTO y PAULO

(Salen los Hombres. Comienzan los truenos á ser más grandes y relampaguea: cae sobre el huerto el agua en abundancia.)

MUCH. ¡Ya llueve!

LA GAM. ¡Alabado sea Dios, el agua apagará el incendio!

BEN. (Semidestruído.) ¡No, que enfriará el horno! ¿qué hacen esas nubes que así me contradicen? ¿Hasta la naturaleza ha de volverse contra mí? ¡Ah! más leña, Paulo, que me dejan las ideas y tengo frío!...

ESCOR. (Que le tiene cogido el pulso.) La fiebre llega á lo más alto y temo que no logre resistirla...

VIRJO. ¡Nunca olvidará Fierencia que has estado á punto de perder la vida en su servicio!

MUCH. Madona Juana, colgadme estas reliquias, que tienen virtud.

BEN. (sonriendo.) Descubren mi Perseo y le han hecho sonetos... Escorpina, todo eso es cosa vieja... Pero aquella mozueta que trae flores y te las entrega me ha llegado al alma... ¿Qué te dice?... ¿Por qué lloras cuando te habla?... ¡Escorpina, Escorpina!

MUCH. Madona Juana, retened las lágrimas.

LA GAM. Aquí no está bien el maestro. Debéis llevarlo á su cuarto... Esto arde.

ESCOR. ¡Le ves malo, buena amiga!... Delira.

LA GAM. Como siempre le he oído decir cosas tan bellas y extraordinarias no sé... no sé si delira...

ESCOR. Paulo, acércate... ¿qué te parece tu maestro?

PAULO. (sin dejar el horno.) Mi maestro está ahora aquí, señora Juana.

BEN. (con sobresalto.) ¡Paulo!

PAULO. ¿Qué mandais, señor?

BEN. ¡Echa leña... no dejes el horno!... Mis enemigos dicen que no triunfamos.

PAULO. Dejadles hablar... Maestro... (Mira en lo interior del horno viendo en él algo inusitado, trata de cerciorarse bien; luego, completamente descompuesto, baja a la escena gritando.) Maestro... Señora Juana... Maestro...

ESCOR. ¿Qué hay?... ¡Paulo, déjale!

PAULO. (Sacudiendo por los hombros a Benvenuto.) Maestro... ¿sabéis? la masa se ha coagulado a medio fundir, y si vos no le ponéis remedio... todo se ha perdido...

BEN. (Haciendo esfuerzos por comprender.) La masa... a medio fundir...

PAULO. Sí... es toda un gramo: no corre, el fuego no basta a fundirla... Vuestro Perseo muere sin remedio...

BEN. La pared... está fría... helada...

PAULO. Sí... debe estar fría...

ESCOR. ¡Déjale, Paulo!

MUCH. ¡Déjale!

BEN. Entiendo... entiendo... acaba...

PAULO. La pared debe estar fría... la masa se ha cuajado... no hay Perseo... vuestros enemigos triunfan...

BEN. ¡Ah!... Vuelvo a pensar... Paula... ¡Al horno!... Lévame...

ESCOR. ¡Benvenuto!

BEN. ¡Iba a abandonar mi obra... (Se encarama al horno.)

PAULO. ¿Veis, señor?... ¿Qué remedio hay?

BEN. Pronto... todo el estaño que tenemos preparado, pronto... (Paulo le entrega un pan de estaño. (No pudiendo casi con el peso.) ¡Voluntad, vuelve acudir a mis manos! ¡Benvenuto no puede cerrar los ojos todavía! (Echa el pan de estaño dentro del horno. Un rato de expectación. Benvenuto tonta con la mano la pared.) ¡Está fría... ¡Sigue lloviendo?...

LA CAP. Sí, maestro, sigue lloviendo...

MUCH. Pero, allá, allá, sobre el puente empieza a despejar.

BEN. Escuchadme: (A Paulo.) Tú, no, Paulo, tú sigue añadiendo fuego sin descanso. Vos-

otros escuchadme... Escúchame, Escorpina, id al huerto y cubrid como podáis esta pared del horno: con todos los tapices, con todas las alfombras, con nuestro propio lecho... que la lluvia no la toque...

ESCOR. Todo lo haré: descuida... ¿Cómo estás, Benvenuto?

BEN. ¡No sé cómo estoy! ¡Sé que vivo y que va a nacer el Perseo!... (Salen las mujeres. Quedan solos maestro y discípulo: Benvenuto contemplando el horno animosamente. Paulo añadiendo leña en silencio. En el fondo relampaguea.)

ESCENA VI

BENVENUTO y PAULO

BEN. (Después de un gran silencio, en voz baja, como quien está velando a un enfermo.) ¡Paulo!... ¡Paulo!...

PAULO. ¿Qué hay, señor?

BEN. ¡Oh!... no echéis más leña... sube... sube... (Paulo lo hace.) mira el moribundo cómo resucita... vuelve a fundirse el metal... mira qué color... es sangre, sangre... que va a dar vida a mi Perseo...

PAULO. Señor... este es el día más feliz de mi vida...

BEN. Pronto... mira si está todo preparado... ¡Oh rica fusión, oh fuego, oh fuerza indomable, hierve, corre, silbal! no me asustas; podrías destruir una ciudad! pero mi pensamiento va a encauzarte! ¡Oh furia, oh monstruo ardiente! Aguarda, que te tengo dominada. Ven, que quiero pasarte la mano por el lomo y reducirte a mansedumbre: baja, corre, entra a ser equilibrio y belleza en mi Perseo. (Desciende rápidamente de la escalinata; al pasar por delante de Paulo dice.) Prepara los garfios: voy a soltar el metal... (Corre a la puerta del huerto y dice.) ¡Escorpina, buena gente, hemos triunfado todos! (Benvenuto toma el garfio que le presenta Paulo. Toda la gente con Escorpina se agrupan detrás del maestro. Este abre el porti-

llo y sale, rugiendo y brillando el metal en fusión. Gran silencio religioso.) ¡Naturaleza, ven á completar el hombre!... ¡corra el metal por el cauce, germen fecundo!... Y tú, dulce tierra, Madre, haz que de tus entrañas salga perfecto el cuerpo de mi hijo!

LA GAM. ¡Bendito Dios! ¡asusta todo eso! ¿Y á dónde va tanta riqueza?

BEN. Dentro del suelo está el molde de mi Perseo, buena mujer, ahora va á llenarlo ese metal fundido, y pasados unos días haré entrega de mi estatua al pueblo de Florencia. (Viendo que Escorpina se enjuga las lágrimas.)

¿Qué tienes, Escorpina?

Escor. Creo que lloro de alegría...

BEN. (Le toma una mano y le saca un anillo del dedo.)

Hace muchos años ¿recuerdas? todavía estábamos en Roma y caía una tarde, cuando puse en tus manos este anillo... (Llega a la boca del horno por donde sale el metal en fusión; con gesto devoto sepulta allí el anillo y dice mientras lo ve fundirse en la masa líquida y ardiente.) ¡Fúndete á tu vez, símbolo precioso de nuestro cariño y corre á ser un átomo necesario en la belleza eterna de mi obra! Sea cualquiera la partecita de superficie que tú llenes, es necesaria para la armonía final de mi Perseo. Corre á ser prenda eterna pobre anillo, símbolo pequeño, de la parte que tiene amor en toda obra de hombre. Como tú, nos desharemos nosotros, pero nuestras obras vivirán, gracias á nuestro amor y nuestro esfuerzo...

¿No véis en lontananza el día santo?... Bulle el pueblo llenando la gran plaza. Y en la Logia de oro, al resplandor del sol, por la primera vez se ofrece al mundo mi Perseo... ¡Miralo, Escorpin! ¡Contempladlo todos!... ¡Oh! ¡Escorpina, ahora empiezo á gustar de una vida que no tiene muerte! (La abraza y la besa en la frente.)

P. ULG. (Se acerca al maestro y este le estrecha ambas manos con efusión. Pausa.) Señor, es maravilloso... pero vuestras manos ya no arden... ya no tenéis fiebre...

BEN. Me avergüenzo de haberla tenido y quiero desquitarme. (Buscando entre las gentes que le rodean átómicos.) A ver, buena vieja. ¿Dónde están aquellas frutas y legumbres que antes me ofreciais?... (A unos mozos.) Vosotros, arriamad aquí esa mesa... (Los hombres lo hacen, las mujeres colocan encima de ella tres cestas de frutas y legumbres.) Mira, Escorpina, con cuánta abundancia premia la naturaleza nuestros esfuerzos: ven, ayúdame, separemos esas legumbres de las frutas y haremos un espléndido festín.

LA GAM. ¡Bravo, viva el maestro!

MUCH. ¡Madona Juana, viva el maestro!

BEN. ¡Vino! ¡Vino!

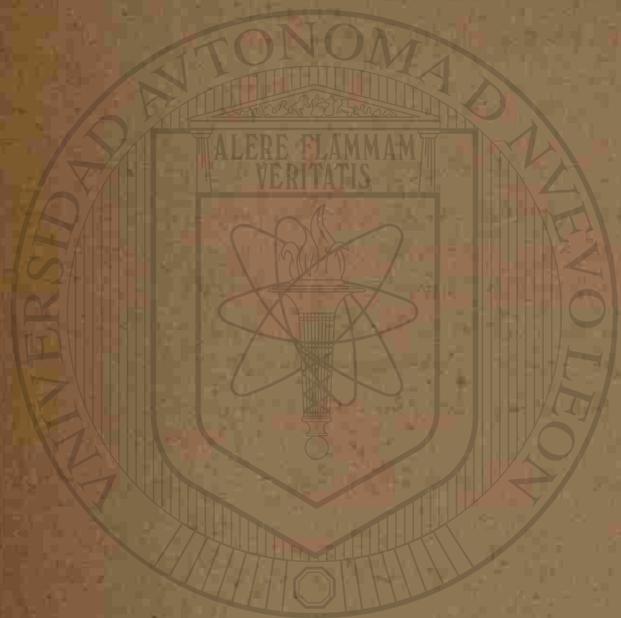
Escor. No tenemos fuentes grandes, ¿dónde corto y preparo la comida?

BEN. (Haciendo lo que dice.) ¡Una idea! ¡Prepárala sobre esta fuente del duque y así podrá decirse que desde que mi Perseo tuvo vida, comió el pueblo en las mismas fuentes que sus soberanos! (Benvenuto coloca sobre la mesa una gran fuente de plata: todos ríen, gritan y aplauden.—Telón.)

FIN DE LA OBRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1962-1923 MONTERREY, MEXICO



DOS PALABRAS

Amigo Félix Yáñez; un millón de gracias por cuanto has hecho en bien de esta obra. Estoy escribiendo estas líneas con un pie en el estribo, y sin tiempo para más. A tí te encargo de transmitir mi reconocimiento á cuantos colaboraron al mayor éxito del *Benvenuto*. No olvides á los decoradores Amorós y Blancas, ni á los amigos Vázquez que tan maravillosamente trabajaron.

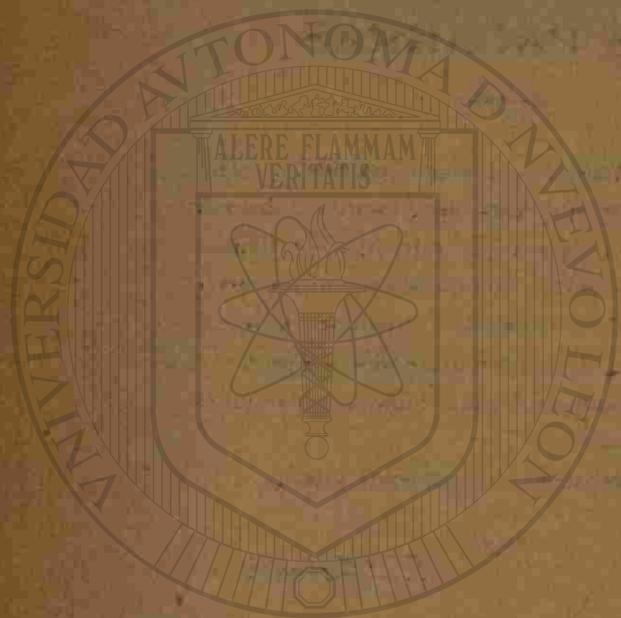
Y recibe un abrazo de tu reconocido y leal,

E. Marquina.

Madrid 4 Abril 1906.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DEL MISMO AUTOR

<i>El Pastor</i> , poema dramático en tres actos y en verso.....	2	pesetas.
<i>Agua mansa</i> , zarzuela en un acto.....	1	>
<i>La vuelta del rebaño</i> , zarzuela en un acto.....	1	>
<i>Mala Cabeza</i> , pequeño drama en un acto (adaptado del francés).....	1	>
<i>Emporium</i> , drama lírico en tres actos (ver- so catalán).....	1	>

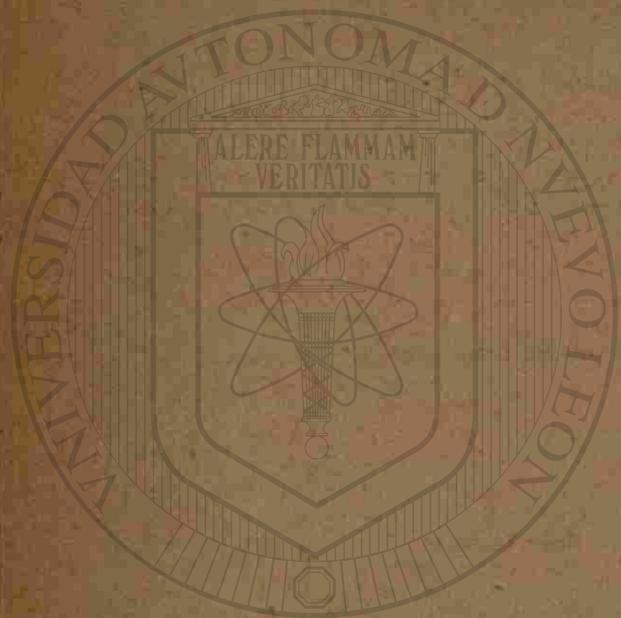
Obras no dramáticas

<i>Odas</i> (agotada).....		
<i>Eglogas</i>	0,75	>
<i>Las vendimias</i>	3	>
<i>Elegías</i>	2	>

Traducciones

<i>Obras escogidas de Mme. Swetchine</i> , con un prólogo del traductor.....	3	>
<i>La ciudad y las sierras</i> , novela de Eça de Queirós.....	1	>
<i>Saliendo de la esclavitud</i> ., autobiografía del pedagogo negro, <i>Booker T. Washington</i> , con un prólogo del traductor.....	2	>
<i>Las flores del mal</i> , de <i>Charles Baudelaire</i> , traducidas en versos castellanos.....	3,50	>

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA VUELTA DEL REBAÑO

ZARZUELA DRAMÁTICA

en un prólogo y tres cuadros

ORIGINAL DE

E. MARQUINA

MÚSICA DEL MAESTRO

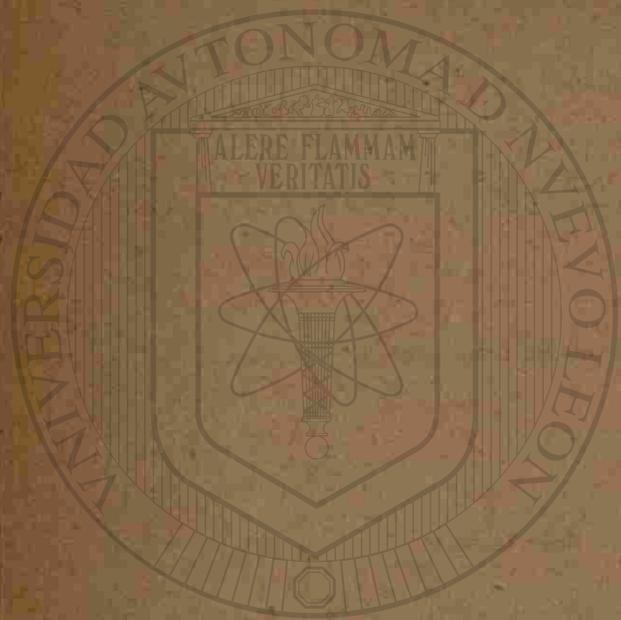
JUAN GAY



MADRID

Núñez de Balboa, 12

1903



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA VUELTA DEL REBAÑO

ZARZUELA DRAMÁTICA

en un prólogo y tres cuadros

ORIGINAL DE

E. MARQUINA

MÚSICA DEL MAESTRO

JUAN GAY



MADRID

Núñez de Balboa, 12

1903

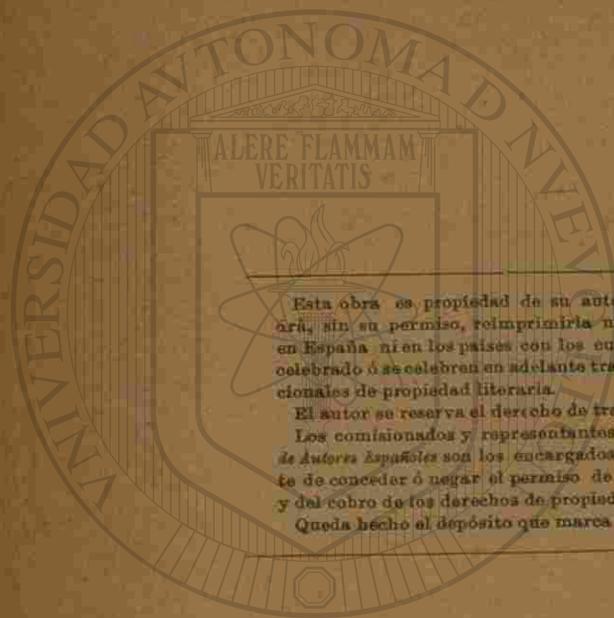


LA VUELTA DEL REBAÑO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1900-1925 MONTERREY, MEXICO

LA VUELTA DEL REBAÑO

ZARZUELA DRAMÁTICA

en un prólogo y tres cuadros

ORIGINAL DE

E. MARQUINA

música del maestro

JUAN GAY

Estrenada en el TEATRO DE APOLO de Madrid, el 30 de
Octubre de 1903



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

8. VELARCO, INT., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.®

Teléfono número 851

1903

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GERVASIO.....	SE. PINEDO.
CLIMENTÓN.....	REFORZO.
TIO ANDRÉS.....	RAMIRO.
MILES.....	SORIANO.
LAYA.....	SRTA. PINO.
LA MORRA.....	GARCÍA SENRA.
MARIETA.....	AMORÓS.
MOZA 1. ^a	N. N.

Labradores, pastores, mozos y mozas, etc.

La escena en un pueblo del Pirineo catalán

Epoca actual

PRÓLOGO

Representase en la escena una pequeña llanura, á la falda de un monte. En este monte, á lo lejos, una casita rústica de las que llaman «masias» en Cataluña. El pintor figurará alrededor de esta casita, largos trigales, y á espaldas de ella, olivos y viñedos. También hay pajares custodiando la casa. De ésta desciende un pequeño caminito, que es practicable, desde las últimas revueltas y que conduce al valle representado en la escena. A un lado de este valle, una fuente rústica. Rodean la escena rocas y árboles. Al otro lado una cabaña de pastor, capaz para encerrar un rebaño bastante numeroso. En el cielo la luz de un atardecer tranquilo.

Hay un pequeño preludio con el que describe el músico el descenso de los rebaños á las cabañas de los valles, donde pasan la noche al abrigo de la intemperie. Ruido de esquilas. Canto de un pastor aislado.

Telón corrido

Monte abajo va el pastor,
monte abajo está mi amor
suspirando sin querer,
en el triste atardecer.

La hizo el sol color de fuego
y el amor la doró luego,
monte abajo va el pastor
á coger la flor de amor.

(Se oyen esquilas más cercanas. Se levanta el telón.
Gervasio estará al lado de la puerta de la cabaña. Se

supone que acaba de encerrar el rebaño. Entonces coge con las dos manos un chivito blanco que llevará debajo del brazo y lo tira dentro de la cabaña. Mete el busto en la lobreguez interior para cerciorarse de que están todas las cabezas. Hecho esto, cierra bien la puerta de la esbana y mira a la casita del monte, haciéndose visera con la mano porque todavía ciega un poco el sol que acaba de ponerse rojo detrás de las crestas. Luego Gervasio se desespera con sensualidad. Deja en el suelo su mal zurrón y su bastón de gayada enorme. Se quita el sombreruco extraño que lleva en la cabeza: saca de su zurrón un caramillo de los que llaman «fuvio!» en el Pirineo, y acompañándose toscamente canta, medio tendido en el suelo.)

ESCENA PRIMERA

GERVASIO cantando

Música

¡Oydál
sin hembra el morruco no quiere paecer
¡oydál
y el pastor al monte se va sin mujer.
¡Oydál

¡Veo en las estrellas
ojos de mujeres;
resuena en los ríos
charla de mujeres;
dá el sol á la yerba
calor de mujeres!...
¡Mujeres desnudas
parecen las rocas cubiertas de nieves!

¡Oydál
Sin hembra el morruco no puede vivir,
¡oydál
y el pastor envidia su suerte feliz.

(Laya, apareciendo en las últimas revueltas del camino, con un cántaro á la cabeza. Gervasio entumbece mirándola.)

LAYA

¡Oydál
¡Con ojos de chivo me mira el pastor,

¡oydál
y amor es tan solo regalo de amor;
¡oydál
vé y cuenta á las ovejas tus cuitas, pastor,
¡oydál
que amor es tan solo regalo de amor!

ESCENA II

LAYA llega á escena, pasa por delante del pastor sin decirle nada y llena en la fuente su cántaro de barro. GERVASIO se levanta y mira á todos los lados. Mira principalmente el camino que viene serpenteando desde la casita. Viéndolo todo solitario, se acerca un poco á la mujer y dice

Hablado

GERV. Siete días te has hecho esperar, como la luna nueva, pero has venido al fin..
LAYA De mala luna, Gervasio, y para traerte malas noticias...
GERV. Entonces no es nueva la luna, Laya; es la de siempre. Nunca has sonreído para mí, tú que ries tan pronto de todas las cosas.
LAYA Los cantares te ponen muy triste, Gervasio, y te llenan los labios de sentencias.
GERV. Laya, no es el cantar el que me mueve y me entristece...
LAYA Es el amor. Ya lo sé, ya, no me lo digas.
GERV. (Enseñando los dientes) ¡Pues sí que es el amor! ¡Y si tú vieras! ¡Un amor que se despierta sobón y pegadizo en medio de las nieves de la sierra! Manso parece; pero es hondo y fervoroso como... como los ojos de mis ternillas...
LAYA ¡Buena labia.. Gervasio! Por algo pasas tanto tiempo en el monte, sin hablar con nadie, y las palabras tienen tiempo de acoplarse bien antes de que salgan por tus labios. Buena labia.. pero malas obras... No te creo.
GERV. ¿Condenas mis obras... si no las conoces?
LAYA ¿Que no?... ¿Cuánto hará de esto?... ¿seis días?... ¿ocho? ¿y ya no lo recuerdas? (terva-

sio hace signo de no recordar nada absolutamente.)
¡Pues yo sí!... ¡Yo nunca más lo olvidaré!...
¡Ya puedo vivir años! ¡Cada día de cada uno de esos años, voy a emplear lo menos una hora en despreciarte por *aquello!*

GERV.
LAYA

¡Laya!
¡Lejos! ¿No lo recuerdas? Pues yo sí; ya verás. Era a estas horas... Yo bajaba como todas las tardes de mi casa a por un cántaro de agua para el viejecito... Que la nuestra allí arriba está muy fría y la de la fuente es tibia y buena para el pecho. Dejo el camino, me acerco a la fuente, pongo el cántaro en el suelo, debajo del chorro, y me siento al lado, porque me gusta aquella música del agua hasta que rebosa plateando todo el cántaro... Me levanto, voy a cogerlo, inclino el cuerpo y... lo que sigue, Gervasio, es más corto que todas las palabras, pero su maldad no cabe en ninguna... Unos brazos se pegan a mis hombros, tus barbas mal peinadas me punzan en la cara, y... (Gervasio enardecido por el recuerdo va a abrazar a Laya otra vez. Esta escupe sin acabar la frase. Gervasio queda clavado en el sitio.) ¡Toma! ¡Ahí te devuelvo el beso aquí, y va honrado todavía con la saliva en que le he envuelto!

GERV.

¡Brava estás conmigo... y más hermosa que nunca!

LAYA

(Con indignación fresca y sincera.) ¿Tengo yo por la espalda trazas de mala mujer?... Dímelo, Gervasio, porque yo no me conozco más que de cara, y mi cara trasciende a limpieza y a honradez, como las rosas trascienden a rosa desde lejos. Un puñado de tierras y un saco de fatigas son mi dote. Pero mi poquita de hermosura y los paños de limpieza en que la envuelvo, no los cambio yo por un imperio. Eso es mío, y yo lo cuido y lo manejo. ¿Y *todo eso* crees tú que se logra así, de susto, viniendo por la espalda, alargando los brazos y enseñando en la miseria de la boca todo el hervidero de malos quererres que se llevan dentro?

GERV.
LAYA

¿Por qué malos quererres?
Porque no hay más que dos maneras de poner verdura en el puchero, Gervasio: ó doblando el espinazo, removiéndola la tierra, plántandola y regándola tú mismo, ó saltando en el huerto del vecino y arrancándola de noche y a hurtadillas. Tú eres de los últimos.

GERV.

Laya... Hace dos meses que estoy en el monte... Dos meses de no ver persona viva: la juventud pide compañía y los brincos de las bestias son malos consejeros. La cara tuya, con su buen color y tus ojos saltones y atrevidos... ¿no son disculpa buena a mis dos meses de soledad?

LAYA

¡Ya hemos llegado! Eso quería yo que me dijeras, porque por despachada y limpia que es mi lengua no encontraba las palabras.—Te aconseja mal la soledad: eres joven y los brincos de las bestias encalabrian tus sentidos!...—¿Y a mí me lo cuentas? —¡Baja al pueblo, y al año que viene sube al monte con otro pastor, que cuando te apunten esos vértigos cuide del rebaño y cuide de tí al mismo tiempo!

GERV.
LAYA
GERV.

¡Laya!
¿Qué?
Que me parece que pones demasiada fantasía en tus palabras... y me van entrando ganas de apagar los humos con un soplo.

LAYA

¡Prueba!
¡Fuerte soy!... ¡Para moverte a reflexión lo digo! De hierro es mi voluntad, y más fuertes que el hierro son mis puños. Te quiero; has de ser mía...

LAYA

¿Ves lo que son estas piedras? ¿Crees que puedan oír ni responderte? Pues hazte cuenta que a cualquiera de ellas acabas de decirle lo que has dicho.

GERV.

Me es igual: has de ser mía. Un mes he de pasar todavía en el monte. (Laya sonríe.) Seguiré tus pasos: te saldré al encuentro en las revueltas del camino... Iré todas las noches a tu casa. Le diré a tu padre que te

quiero y que soy rico. ¡No te rías, Laya!
¡Nunca te he querido tanto como ahora que me enseñas los dientes al reírte!

LAYA Ya te he dicho que venía á darte malas noticias. Mañana nos vamos del monte. Me ves por última vez. Nos vamos al pueblo, á nuestra casa.

GERV. ¡No... Laya!

LAYA ¿Qué?

GERV. ¿No ves que es igual, que yo también he de bajar al pueblo?

LAYA ¡Bah! Cuando tú bajes... Quizá ya entonces me sirvan de defensa unos puños más fuertes que los tuyos!

GERV. ¡Laya!... ¡Vuelve en tí, Laya! Tú no me conoces: había de ser mi hermano, mi mejor amigo, y ni sangre ni amistad habían de valerle. ¡Mía ó de nadie!

LAYA ¡Paso! (Se coloca el cántaro á la cabeza y va á pasar. Gervasio le corta el camino.) Y no grites, porque me espera mi padre á la revuelta del camino. ¡Paso! (En el momento de pasar Laya por delante de Gervasio, éste hace un movimiento. Laya se vuelve y le confiere con el gesto. Cuando está en la última revuelta se vuelve, diciendo á Gervasio.) Me había equivocado, Gervasio, no está mi padre, debe esperarme en casa.

GERV. ¡Laya! (Echa á correr. Laya hace caer á sus pies un terrón de tierra y arrojándosela, dice:)

LAYA ¡Atrás! (Gervasio coge un puñado de ella y levantando el brazo en alto, exclama:)

GERV. ¡Pues lo dicho: mía!...

LAYA (En el fondo.) O de nadie. ¡Já, já!

Música

¡Oydá!
Vé y cuenta á la oveja tus cuitas, pastor,
¡oydá!
que amor es tan solo regalo de amor.

TELÓN

CUADRO PRIMERO

Se representa en la escena la habitación que en las casas de campesinos catalanes hay en el primer piso. Es grande y capaz. Las vigas siguen la dirección del tejado. A un lado el hogar y la mesa y la alhacena con enseres de cocina y cacharros de loza amarilla. Hacia el fondo, la habitación tiene un boquete que da á una balconada de madera con arcos de mano de obra. Esta balconada se abre sobre campos de trigo. Se ve á lo lejos la montaña. Un cielo purísimo de mañana.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la MORRA está sentada al lado del hogar, desplumando un pollo. Canturrea canciones sueltas. Al cabo de algunos segundos entra LAYA.

LAYA ¿Qué haces, la Morra?
MORRA Desplumar pollos: buen oficio, que quita facha y descubre sustancia. ¿Ves tú? sin plumas no hay gallo que mienta. ¡Si se pudiera hacer lo mismo con los hombres!

LAYA Mujer!
MORRA ¿Y in padre?
LAYA Qué dó en casa. Cada día el pobre viejo tose más. Ya por sus fatigas nos bajamos del monte... y aun así...

quiero y que soy rico. ¡No te rías, Laya!
¡Nunca te he querido tanto como ahora que
me enseñas los dientes al reírte!

LAYA Ya te he dicho que venía á darte malas no-
ticias. Mañana nos vamos del monte. Me
ves por última vez. Nos vamos al pueblo, á
nuestra casa.

GERV. ¡No... Laya!

LAYA ¿Qué?

GERV. ¿No ves que es igual, que yo también he de
bajar al pueblo?

LAYA ¡Bah! Cuando tú bajes... Quizá ya entonces
me sirvan de defensa unos puños más fuer-
tes que los tuyos!

GERV. ¡Laya!... ¡Vuelve en tí, Laya! Tú no me co-
noces: había de ser mi hermano, mi mejor
amigo, y ni sangre ni amistad habían de
valerle. ¡Mía ó de nadie!

LAYA ¡Paso! (Se coloca el cántaro á la cabeza y va á pasar.
Gervasio le corta el camino.) Y no grites, porque
me espera mi padre á la revuelta del cami-
no. ¡Paso! (En el momento de pasar Laya por delan-
te de Gervasio, éste hace un movimiento. Laya se
vuelve y le confunde con el gesto. Cuando está en la
última revuelta se vuelve, diciendo á Gervasio.) Me
había equivocado, Gervasio, no está mi
padre, debe esperarme en casa.

GERV. ¡Laya! (Echa á correr. Laya hace caer á sus pies un
terron de tierra y arrojándosela, dice:)

LAYA ¡Atrás! (Gervasio coge un puñado de ella y levan-
tando el brazo en alto, exclama:)

GERV. ¡Pues lo dicho: mía!...

LAYA (En el fondo.) O de nadie. ¡Já, já!

Música

¡Oydá!

Vé y cuenta á la oveja tus cuitas, pastor,

¡oydá!

que amor es tan solo regalo de amor.

TELÓN

CUADRO PRIMERO

Se representa en la escena la habitación que en las casas de campe-
sinos catalanes hay en el primer piso. Es grande y capaz. Las
vigas siguen la dirección del tejado. A un lado el hogar y la mesa
y la alhacena con enseres de cocina y cacharros de loza amarilla.
Hacia el fondo, la habitación tiene un boquete que da á una bal-
conada de madera con arcos de mano de obra. Esta balconada se
abre sobre campos de trigo. Se ve á lo lejos la montaña. Un cielo
purísimo de mañana.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la MORRA está sentada al lado del hogar,
desplumando un pollo. Canturrea canciones sueltas. Al cabo de algu-
nos segundos entra LAYA.

LAYA ¿Qué haces, la Morra?

MORRA Desplumar pollos: buen oficio, que quita
fachenda y descubre sustancia. ¿Ves tú? sin
plumas no hay gallo que mienta. ¡Si se pu-
diera hacer lo mismo con los hombres!

LAYA Mujer!

MORRA ¿Y in padre?

LAYA Qué dó en casa. Cada día el pobre viejo tose
más. Ya por sus fatigas nos bajamos del
monte... y aun así...

MORRA Los viejos no se cansan nunca de bajar. hasta que se meten en la tierra. Ese es su fin.

LAYA (Provocando una explicación.) Oye.

MORRA ¿Qué?

LAYA ¡Te necesito, la Morra!

MORRA ¡Pues explicatel!

LAYA Pero... de esto... (Hace signos de que debe guardar el secreto.)

MORRA ¡Quita allá! que el callarme es mi vicio.

LAYA Tú sabes que hace tres semanas bajamos del monte con mi padre, y tú sabes por qué bajamos...

MORRA Demasiado lo sé!

LAYA De tiempo atrás conocía yo á Climentón, tu amo, y nos queríamos. Pero, cuando llegué al pueblo y á las primeras palabras que tuve en repóso con él comprendí que el de la fuente...

MORRA Gervasio.

LAYA era su hermano, me entró por el alma un mal presentimiento y vine á hablar contigo la Morra...

MORRA Y yo te dije que rompieras por todo y que le explicaras la verdad á Climentón!

LAYA Pues no lo he hecho. Tengo miedo. Además, ¿qué iba ganando con hablar? Poner en zozobra á Climentón hasta que llegara Gervasio. Faltaban tres semanas todavía... y luego, ¿qué?... La verdad de lo pasado no me ofende á mí. Pero si yo la digo, Gervasio va á volverla del revés, y Climentón acabará por creer á su hermano, que siempre damos fe á lo que más daño nos hace.

MORRA Pues, ¿qué piensas?

LAYA Que el propio Gervasio explique la verdad á Climentón.

MORRA No lo hará nunca.

LAYA ¿No llegan dentro de poco los pastores? Pues... antes del mediodía Gervasio ha dicho á Climentón lo que yo quiero que le diga.

MORRA ¿Y Climentón?

LAYA De Climentón me encargo yo, ocurra lo que

ocurra. Hoy vengo á hablarte á tí para que me pongas al tanto de Gervasio. Yo no sabía, pero... (Con intención.) Dicen por el pueblo...

MORRA (Con desaliento.) ¡La verdad decían hasta que me explicaste todo aquello! Que Gervasio era mío y que yo era de Gervasio. Desde que pasó lo que pasó en el monte, veo que no, ¡y por mi sangre que me pesa!

LAYA (Inatendiendo.) Pero dicen más por el pueblo...

MORRA Háblame en confesión, La Morra.

¡Si tampoco lo escondo! Brincos me daba el corazón de pensar en su vuelta... ¡De pensar que tendría que decirselo me llenaba de orgullo! Por lo menos unos labios, me decía yo, no me llamarán La Morra... sino ¡la madre!

LAYA Déjame, pues. Nada nos falta ya, para salirnos con la nuestra. Que venga el lobo del monte; déjale venir, que su codicia ha de perderle.

MORRA ¡No, déjame á mí! ¡Antes he de hablarle yo para pedirle cuentas!

LAYA ¿Qué se te alcanza á tí en el llano de las mañan para el cazar que tenemos los del monte? Pedirle cuentas tú es alborotar la caza. Háblale y despierta sus recelos: ¡más pierdes tú que yo!

MORRA Pues, ¿qué he de hacer?

LAYA Esperar la caza. El es la fiera: yo el cebo, tú el lazo... ¡No nos falta más que la trampa! (Por la escalera suena la voz de Climentón que grita.)

CLIM. ¡Laya!

MORRA ¡Mí amo!

LAYA Ven esta tarde á mi casa y hablaremos.

ESCENA II

DICHAS, CLIMENTÓN

CLIM. (Tuerce un poco el gesto viendo á Laya con La Morra.) ¡La Morra! Abajo es menester prepararlo todo para cuando regresen los pastores, que

ya apuntan por la cabeza del camino...
¡largol
MORRA Voy, mi amo. (saltando por la escalera.)

ESCENA III

LAYA y CLIMENTÓN

CLIM. No me gusta, Laya, verte en tratos con La Morra.

LAYA. ¿Por qué, Climentón?

CLIM. No es buena... sino que Gervasio se empeña en no hacer caso de lo que dice la gente. Bueno. ¿Empezáis pronto en vuestra casa las faenas del maíz?

LAYA. Esta noche.

CLIM. Pues esta noche a tu casa.

LAYA. Y las que siguen?

CLIM. Y muy pronto tú a la mía para no moverte ya.

LAYA. Si Gervasio quiere...

CLIM. ¿Por qué dices eso?

LAYA. Como veo que a ti te interesa tanto el parecer de Gervasio... Has querido que viniera a esperarle, y que nos viera juntos desde el primer momento.

CLIM. Porque estoy ufano de ti... y quiero que se alegre de vernos codo con codo en el marco de la puerta de mi casa. ¡Como que esa es la estampa con que vengo yo soñando hace quince noches!

LAYA. ¡Lues haga Dios que tu hermano no me mire con mal aire y encuentre que la estampa pega bien en el marco!

CLIM. ¡Anda allá! ¿Sabes lo que va a pasarle a Gervasio cuando te vea?

LAYA. Di.

CLIM. Que me tendrá envidia.

LAYA. ¡Quita! Oye una cosa, Climentón. A ver; ¿serías capaz de casarte conmigo a disgusto de tu hermano?

CLIM. (Como ponderando mucho.) ¡Creo que sí! Pero, ¿cómo se te ocurren esas cosas? Tú no cono-

ces a Gervasio. Ya le verás. No es tan bruto como yo... tiene más enjundia adentro... ¡y habla! No, lo que es si él tuviera que explicarte cosas de amoríos ya verías qué palabras encontrabal Pero yo...

LAYA. Tú tienes alma, Climentón, que vale más que todas las palabras.

CLIM. Eso sí.

UNA VOZ. ¡Climentón! (Al pie de la balconada.)

CLIM. (Asomándose al barandal.) ¡Auda! ¿Qué es eso?

UNA VOZ. Ya llegan los rebaños al alto de la fuente, y el tuyo es el primero.

CLIM. Bueno, bueno, voy bajando

LAYA. (Con sobresalto.) (Parecía la voz de Gervasio.) Climentón; oye otra cosa.

CLIM. ¿Qué?

LAYA. (Con cierta malicia.) ¿Sabes lo que pienso? Que si Gervasio nos ve juntos desde el principio y sabe que nos vamos a casar de hoy en un mes...

CLIM. ¡Claro!

LAYA. Pues claro es también que no va a hablarte con franqueza. ¿Para qué? Se me ocurre una cosa: no decirle nada; fingir que apenas nos conocemos, que yo estoy aquí por casualidad; porque pasaba por la puerta cuando llegaban los rebaños y entré a verlo. El lo cree... yo de esta manera no me veo atada delante de él... hablo, río, digo lo que quiero... y cuando os quedáis solos, Gervasio, si tú le preguntas con arte, va y contesta: «Tas, tas, tas, esta Laya es una rosa de Mayo», ó «patatín, patatán, ni regalada la querria»

CLIM. ¡Si que lo hago! (Encantado.)

LAYA. (Con malicia siempre.) Porque hay más. Tú apenas me conoces, y él que es pastor se pasa la vida en el monte, puede saber historias mías.

CLIM. (Inconscientemente.) ¡Que sí, que sí!

LAYA. ¡Muy bien, muy bien! ¿Qué apostamos a que me tienes desconfianzas y te tienta la curiosidad?

CLIM. ¡Desconfiar yo de ti!... Si es que estoy seguro de las alabanzas que va a contarme, y ya me tarda el escucharlas.

LAYA (Suspira casi imperceptiblemente.) Pues, ¿hecho el trato?

CLIM. (Se dan las manos.) ¡Hecho... y Dios bendiga los labios que te bendigan! (Gritos aislados abajo del barandal.) ¡Anda, anda! Por ahí pasan los que salen a esperar a los pastores. Voy a decir a las mozas que suban. (Va al barandal y hace gestos de que suban a los que abajo gritan cada vez más. Cesa la gritería al retirarse Climentón del barandal. A Laya.) Y ahora verás. Mientras beben los rebaños en el alto de la fuente, como ya están cerca del pueblo, no echan un trago los pastores sin entonar una mala copla. Los del pueblo les contestan, y todo el aire es una música. (Entran algunas moetas.)

ESCENA IV

DICHOS y MOZAS

MOZA 1.^a ¡Climentón!

VOCES ¡Aquí estamos!

LAYA (Desde el barandal.) Venid aquí.. Desde aquí se ven. (Rompen a lo lejos los cantos de los pastores.)

CLIM. ¡Ó, Laya, cantarás también.

LAYA No; yo no.

CLIM. Bueno; ya veremos si al final sabes aguantarte. (Mucha animación en el grupo que va siguiendo desde el barandal los movimientos del rebaño.)

Música

(Canto lejano de pastores.)
 Rebaño de casas
 dormidas y quietas,
 el pastor que te ve desde lejos
 ¡qué hermoso te encuentras!

Rebaño de casas,
 levanta, despierta,

que el pastor con los brazos abiertos
 reclama a su oveja.

MOZAS

(En la balconada contestan las mozas del pueblo)
 Pastor que del monte
 no vuelves cansado,
 descansico mejor que las piedras
 te espera en mis brazos.

No vuelvas al monte,
 pastor, esta tarde,
 ó devuélveme el blanco chivito
 que riendo al partir me robaste.

(Se hace una pequeña pausa. La orquesta acompaña discretamente las palabras y la mímica de Climentón.)
 Ahora tú. Vamos, déjala salir, que te está temblando en los labios.

CLIM.

Si que es verdad.

LAYA

Vamos

CLIM.

LAYA

Ovejita blanca,
 corderito blanco,
 sol de mis amores,
 no me tardes más.
 Que las noches negras
 y las penas negras
 castigo del alma
 matándome están.

¡Ay! si tengo el hogar encendido,
 ¿por qué nadie quiere sentarse a mi hogar?
 ¡Ay! si el alma se viste de fiesta,
 ¿por qué su alegría no ha sido verdad?

Ovejita blanca,
 corderito blanco,
 sol de mis amores,
 ¿cuándo brillarás?

PASTORES

Levanta, despierta,
 que el pastor con los brazos abiertos
 reclama a su oveja.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hablado

MOZA 1.^a Vuelven á andar.
 CLIM. Mira, Laya; quiero que veas cómo doblan la última vuelta del camino para entrar en el pueblo.
 MOZA 1.^a ¡Ya nos ven!
 CLIM. ¡Gervasio!... ¡Allá va Gervasio!... ¡Mirale, acaba de entrar en el pueblo. (Clementón coge á Laya por la cintura y extiende el brazo señalando.) ¡Qué alto es y bravo en medio de los otros!
 MOZA 1.^a ¡Abajo, abajo, á abrazarles!
 MOZAS (gritando.) ¡Que ya llegan! ¡Mira, que ya llegan! (Mucha bulla y gritería. Se abalanzan algunas mozas á la puerta y retroceden gritando.)
 MOZA 1.^a ¡Gervasio! ¡Ya está aquí Gervasio!
 MOZA 2.^a ¡A ver! ¡aparta!
 CLIM. ¡Mirale! ¡Gervasio! (Abre los brazos para recibirle en ellos.)

ESCENA V

DICHOS y GERVASIO

GERV. ¡Clementón! (Entrando en escena. Se abrazan.)
 MOZA 1.^a ¡Bueno!... Y nosotras á lo nuestro. Que todas tenemos faena de abrazar esta mañana.
 MOZA 2.^a Adiós, Climen'ón!
 MOZA 3.^a ¡Bien venido, Gervasio! (Salen las mozas formando un pelotón tumultuoso. Laya, desde que Gervasio ha entrado en escena, ha dejado el barandal y ha ido acercándose al pastor poco á poco y sin que esto se fijara en ella, perdida como aparece entre las otras mozas. Cuando desaparece la última por la puerta, Laya, golpeando el hombro de Gervasio, dice con cierta intención.)

ESCENA VI

LAYA, CLIMENTÓN y GERVASIO

LAYA ¡Bien venido, Gervasio!
 GERV. (Volviéndose como herido de un rayo al oír la voz de la muchacha.) ¡Tú aquí, Laya!
 LAYA (Retrocede un poco sonriendo. En seguida, para que Gervasio se contenga.) Sí, Gervasio. Mira tu hermano qué asombrado está de que nos conozcamos...
 GERV. (A Clementón, dominándose.) Sí; del monte...
 LAYA No sabía yo que fuera éste tu hermano; le conozco mucho.
 CLIM. (Olvidándose del disimulo.) ¡Qué alegría! porque entonces...
 LAYA Sí, es verdad; la mitad del camino está ya hecho.
 CLIM. ¡Claro!
 GERV. ¿Cómo del camino?... ¿De qué camino?... ¿de qué se trata?
 CLIM. ¿Se lo digo?... (Casi entregándose.)
 LAYA (Perfectamente dueña de sí.) No. Yo te lo diré, Gervasio. Decía tu hermano que está muy descontento de la Morra... (Gervasio hace un ademán imperceptible.) Quiere echarla. ¿Y sabes lo que se le ha metido á tu hermano en la cabeza?... Pues que venga yo á la casa en lugar de la Morra. Como tengo al padre enfermo, he de afanarme yo por él... Y lo único que le hacía frente á Clementón... era tu llegada; porque decía: «Gervasio quiere mucho á la Morra; además, no te conoce; no tendrá confianza en ti.» Ya ves. Y ahora resulta que nos conocemos, y que la mitad del camino está ya hecho, ¿verdad, Clementón?
 CLIM. Sí que es verdad. (Disimulando con cierta torpeza.)
 GERV. Pues de todo hablaremos con mi hermano; y va por delante, que me huele á rosas la noticia, Laya.
 CLIM. Bueno, pues ahora...

LAYA Ahora, Gervasio va á explicarte cómo nos conocimos en el monte... que también tiene gracia, ¿verdad?

GERV. No recuerdo.

LAYA ¡Si! ¿recuerdas?... En la fuente... Que te lo cuente, Climentón. ¡Que esa si que es historia curiosa de la Laya! (Climentón se pone un poco cómico.)

GERV. ¿Te vas, Laya?

LAYA Tengo que dar la comida al viejecico. ¡Ah! una cosa: nada de lo dicho, Gervasio, si la Morra no sale contenta de la casa. Por nada del mundo quiero ser motivo de perjuicio para ella. ¡Porque yo también la quiero, y de verdad!

GERV. (Un poco extrañado.) Bueno, Laya.

LAYA Adiós, Climentón... y hazte explicar cómo nos conocimos. Lo dicho, Gervasio. (Dándole la mano.)

CLIM. Pues á la tarde te diré si me ha divertido el cuento.

LAYA Hasta la tarde, pues. (Sale. Gervasio no puede contenerse y acude al barandal para despedir á la Laya. Climentón, ya decididamente intrigado, observa á Gervasio, que está visiblemente apasionado en los adioses que se supone dedica á la Laya. Los celos paralizan en el sitio á Climentón.)

ESCENA VII

CLIMENTON y GERVASIO

GERV. ¡Ah! (Al salir del barandal se restrega la manos y tiene un suspiro de satisfacción.)

CLIM. La muchacha lo vale, ¿verdad?

GERV. Peco me esperaba este recibimiento yo... ¡te lo juro!

CLIM. Habiais quedado mal en el monte, ¿verdad?

GERV. Ni mal, ni bien: no quiso oirme. Pero á las mujeres ni el diablo las entiende, Climentón.

CLIM. Ni el diablo, Gervasio.

GERV. Y esta es más mujer que todas juntas.

CLIM. ¿Por la estampa lo dices?

GERV. Y por la malicia. Tú no sabes...

CLIM. ¡Dil!

GERV. ¡Y los veinticinco días que he pasado yo en el monte lleno de ira y mordiéndome los puños!

CLIM. Te quiere.

GERV. No lo sé. Tres veces la he visto: la primera en una fuente. Estaba ella de espaldas, me acerco, y... le cata en la cara un rayo de sol que estaba poniéndose: toda ella parecía de oro... no puedo aguantarme y la beso. (movimiento terrible de Climentón.) Ella escapa, dándome un empujón que me derriba por el suelo. La otra vez que la he visto fué para decirme que dejaba el monte y que me despreciaba. La tercera, hoy... y por mi vida te juro, que me ha estado mirando con amor hasta que la perdí de vista.

CLIM. ¡Mientes!

GERV. ¿Qué? (Transición.)

CLIM. ¡Que mientes, Gervasio! ¿Que estás mintiendo! ¡Que en tu vida has dicho mentira como esa!

GERV. ¿Por qué? (Muy serenamente, comprendiendo el mal paso que acaba de dar.)

CLIM. Porque yo la quiero. ¡Ea!

GERV. ¿Y hablo yo de tí? También la quiero yo: si esa es razón y voluntad, me sobra para llevar adelante mi cariño.

CLIM. ¡Gervasio... eres pastor, como Caín!

GERV. Pues no olvides que Caín era el más fuerte.

CLIM. ¿Amenazas?

GERV. Para no darte tiempo á tí de amenazarme. Y olvidaba decirte que la segunda vez que vi á Laya en el monte, le juré que había de ser mía ó de nadie. (Climentón va á abalanzarse sobre Gervasio. Luego haciendo un esfuerzo supremo, extiende el brazo y grita livido.)

CLIM. ¡Vete!

GERV. Conste que tú has querido la guerra. (Mira á su alrededor. Luego da un paso, descuelga un azudón que hay al lado del hogar y echándose al hombro avanza hacia la puerta. Climentón lucha un momento.)

CLIM. ¡Gervasio! (Gervasio sigue adelantado.) ¡Hermandol! (Gervasio vuelve la cabeza.) ¿dónde vas?
 GERV. A fuera. Acabas de echarme. Puedes hacerlo. Eres el amo. Fuimos hermanos hasta que murió mi padre. Desde entonces eres tú el dueño. No me quejo. Una mujer nos juntó, porque nacimos de ella: otra mujer nos separa. El que más pueda que la logre. ¡Adiós!

CLIM. ¡No! ¡mientras yo viva, no! Mira, Gervasio, ha sido un arrebato que ha pasado ya. No te marches. Después de todo, ¿cómo no va a dejarme por tí, si soy un bruto? Mira, Gervasio; una sola cosa te pido: que ella decida. Todavía no sabemos quién ha de pasar por esta puerta.

GERV. (Haciendo descansar la azada en el suelo y respondiendo a Climentón de mala gana.) ¿Y tardaremos mucho en averiguarlo?

CLIM. Pocas horas: esta tarde. (Pausa.)

ESCENA VIII

DICHOS, LA MORRA. Entra ésta con la cara entre alegre y temerosa.

MORRA ¿Queréis comer?

GERV. (Con vivísimo desprecio.) Ni quiero comer, la Morra, ni quiero verte más en esta casa.

MORRA ¡Gervasio! (Con angustia.)

CLIM. Gervasio, paciencia hasta la tarde.

GERV. Paciencia... ¿por qué? Yo no sé si la Laya me quiere ni me importa. Pero sé que la quiero y que he dicho que será mía.

CLIM. (Con mucha intención.) ¡O de nadie!... Llegado el caso, también sabe Climentón hacer sus cosas aunque no las diga. (Gervasio queda un poco atemorizado. La Morra sigue sollozando. Climentón va a la mesa, hace con el cuchillo una cruz en el pan y lo parte en tres pedazos.)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Estamos en la pequeña huerta de la casita de Andrés y Laya. A la derecha, uno de los costados de la casa: en primer término, la puerta que da entrada a ésta por la huerta, y en segundo término una ventana adornada con flores. La huerta está cercada por el fondo con media tapia rústica; una puerta viejecita que se abre en esta tapia da entrada a la huerta. Al lado izquierdo, en primer término, un pozo: detrás y encima del pozo, un emparrado con muy pocas hojas. Algunos árboles. Pegado a la casa, un trozo de tierra blanda que el viejo tío Andrés cava perezosamente. Son las tres de la tarde.

ESCENA PRIMERA

LAYA y ANDRÉS

LAYA (Asomando a la puertecita de la casa.) Pero, padre, ¿son estas horas de estar en la huerta? ¿Sentará usted la cabeza alguna vez?

ANDRÉS (Soltando la azada con mucho disimulo.) Hija, si no hago nada...

LAYA (Llegando al sitio donde su padre trabaja.) ¿Y esto? (Con la azada en la mano.) ¿Y toda esta tierra... no está recién removida? ¿No me da en las narices su olor de fortaleza?... ¡Y que no abunda usted poco por la gracia de Dios! ¡No hay mozo labrador en todo el llano capaz de meter la azada en faena con tanto ahineo!

CLIM. ¡Gervasio! (Gervasio sigue adelantado.) ¡Hermandol! (Gervasio vuelve la cabeza.) ¿dónde vas?
 GERV. A fuera. Acabas de echarme. Puedes hacerlo. Eres el amo. Fuimos hermanos hasta que murió mi padre. Desde entonces eres tú el dueño. No me quejo. Una mujer nos juntó, porque nacimos de ella: otra mujer nos separa. El que más pueda que la logre. ¡Adiós!

CLIM. ¡No! ¡mientras yo viva, no! Mira, Gervasio, ha sido un arrebató que ha pasado ya. No te marches. Después de todo, ¿cómo no va a dejarme por tí, si soy un bruto? Mira, Gervasio; una sola cosa te pido: que ella decida. Todavía no sabemos quién ha de pasar por esta puerta.

GERV. (Haciendo descansar la azada en el suelo y respondiendo a Climentón de mala gana.) ¿Y tardaremos mucho en averiguarlo?

CLIM. Pocas horas: esta tarde. (Pausa.)

ESCENA VIII

DICHOS, LA MORRA. Entra ésta con la cara entre alegre y temerosa.

MORRA ¿Queréis comer?

GERV. (Con vivísimo desprecio.) Ni quiero comer, la Morra, ni quiero verte más en esta casa.

MORRA ¡Gervasio! (Con angustia.)

CLIM. Gervasio, paciencia hasta la tarde.

GERV. Paciencia... ¿por qué? Yo no sé si la Laya me quiere ni me importa. Pero sé que la quiero y que he dicho que será mía.

CLIM. (Con mucha intención.) ¡O de nadie!... Llegado el caso, también sabe Climentón hacer sus cosas aunque no las diga. (Gervasio queda un poco atemorizado. La Morra sigue sollozando. Climentón va á la mesa, hace con el cuchillo una cruz en el pan y lo parte en tres pedazos.)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Estamos en la pequeña huerta de la casita de Andrés y Laya. A la derecha, uno de los costados de la casa: en primer término, la puerta que da entrada á ésta por la huerta, y en segundo término una ventana adornada con flores. La huerta está cercada por el fondo con media tapia rústica; una puerta viejecita que se abre en esta tapia da entrada á la huerta. Al lado izquierdo, en primer término, un pozo: detrás y encima del pozo, un emparrado con muy pocas hojas. Algunos árboles. Pegado á la casa, un trozo de tierra blanda que el viejo tío Andrés cava perezosamente. Son las tres de la tarde.

ESCENA PRIMERA

LAYA y ANDRÉS

LAYA (Asomando á la puertecita de la casa.) Pero, padre, ¿son estas horas de estar en la huerta? ¿Sentará usted la cabeza alguna vez?

ANDRÉS (Soltando la azada con mucho disimulo.) Hija, si no hago nada...

LAYA (Llegando al sitio donde su padre trabaja.) ¿Y esto? (Con la azada en la mano.) ¿Y toda esta tierra... no está recién removida? ¿No me da en las narices su olor de fortaleza?... ¡Y que no abunda usted poco por la gracia de Dios! ¡No hay mozo labrador en todo el llano capaz de meter la azada en faena con tanto ahineo!

ANDRÉS (Muy satisfecho del elogio.) ¡Y que lo digas... si es verdad!

LAYA ¡Miren... y se le cae le babal... Ande dentro, que esta humedad le está matando.

ANDRÉS Es que...

LAYA No se excuse. Adentro: no tiene usted perdón de Dios.

ANDRÉS Pero, hija, mira... Esta mañana he podido arrancarle al párroco unas simientes de aquellas habichuelas de San Pancracio... que son la gloria de su huerta... Miralas... hemos hablado dos horas... me ha explicado cómo debo plantarlas, con qué luna, en qué sitio, de qué modo... ¡todo! Si me afano un poco, todavía aprovecho la luna de hoy para plantarlas. Mañana cambia... no tengo más remedio... dame... falta poco, mujer... dejame. (Quiere tomar la azada.)

LAYA Que no, digo. (Sin soltarla.)

ANDRÉS ¡Si vieras! Con las lluvias del mes pasado está la tierra tan blanda que se deshace sola.

LAYA Vaya... pues si tan fácil es... y está la tierra blanda... y el trabajo es corto...

ANDRÉS Como decir un *Padre Nuestro*.

LAYA Vaya, pues ande usted allá dentro y yo preparo la tierra y le aviso luego. (Se recoge las faldas y entra brávemente con la azada en las manos para trabajar la tierra.)

ANDRÉS ¡Qué terca eres, muchacha, vamos!

LAYA He salido a mi padre, ¿sabe usted? y no reniego de mi casta.

ANDRÉS Pues, ¿sabes lo que pienso? Que cuando esté la tierra preparada, podrias entrar a avisarme, y yo mismo saldría a plantar las habichuelas bien abrigado.

LAYA Ya hablaremos de eso.

ANDRÉS Con el tapabocas no puedo tener frío.

LAYA Que sí, que sí. (Andrés entra en la casa.) ¡Pobre viejo! también él necesita un hombre en esta casa. (Suspira y vuelve a cavar el trozo de tierra.)

ESCENA II

LAYA y CLIMENTÓN. Entra Climentón, que primero se dirige a la casa y luego viendo a Laya, que trabaja canturreando, se detiene, la mira un rato y acaba por decirle:

CLIM. ¿Qué haces, Laya?

LAYA Mi padre se ha empeñado en cavar este pedazo de tierra, y yo, porque él no se cansara, le he cogido la azada. ¿sabes?... pero pesa mucho.

CLIM. Dame. (Secamente.)

LAYA Toma, y muchas gracias, Climentón. (Le da la azada.)

CLIM. No hay de qué, Laya.

LAYA (Viendo la faena de Climentón, que cava con rabia la tierra.) Está dura la tierra, ¿verdad?

CLIM. No le hace. Esta se ablanda con paciencia y voluntad. Ya ves si se acostumbra mal el labrador con ella.

LAYA ¡Mira, tú! Sobre todo cuando el pobre labrador no tiene tratos más que con gentes falsas y traidoras. ¿No es eso?

CLIM. (Dejando de cavar, con las manos cruzadas sobre la azada.) Algo de eso, Laya.

LAYA Dílo de una vez. Gervasio acaba de hablarte... Te ha mentido y le has creído.

CLIM. ¿Y por qué dices tú que me ha mentido?

LAYA Porque es llano. Si Gervasio te hubiera dicho la verdad, tú a estas horas dudarias de mí menos que nunca. Porque la verdad de lo pasado en el monte no me ofende.

CLIM. Bueno, Laya... por algo yo no quería hablar y estaba bien con mi dolor adentro. No he dudado de tí... Gervasio lo sabe, pero... ¿no es una desgracia ahora este cariño de mi hermano?

LAYA Para tí ninguna.

CLIM. Me ha hecho frente. Hemos hecho comida de enemigos. ¡Cuando yo le esperaba para que nos viera juntos y me diera un abrazo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

muy apretado de mirar la mujer que llevo a casa!

LAYA ¿Pues qué te ha dicho Gervasio?

CLIM. Lo que te dijo á tí: ¡suya ó de nadie!

LAYA Y tus penas, ¿de qué nacen?

CLIM. De ver la gloria de tu cuerpo tan á las claras, y la voluntad de Gervasio tan á lo vivo, y mi cariño por los dos tan grande, que me corta la acción y ata mis manos.

LAYA Escucha, Climentón, como lo que ahora estás haciendo con la tierra, es el amor; un gran rosal que ha de plantarse. Y para que el rosal dé flores, hay que cavar la tierra, ¿no es verdad? y plantarlo á tiempo, bajarse á recortarlo y regarlo y ser esclavo de él á todas horas, ¿te das cuenta?... Pues mira tú lo que hace Gervasio para plantar el rosal: llega al terreno, no repara si está duro, porque tal vez empieza á secarlo el sol de otro cariño; lo golpea brutalmente con sus zarrías de pastor, le enseña los puños y le dice: «Mañana quiero flores»... y ya ves tú; la tierra pide otra cosa... no entiende de amenazas.

CLIM. Es claro, Laya... pero las mujeres...

LAYA Somos como la tierra, Climentón, y más sentidas que la tierra todavía. ¡Que nos castiguen! pero así, con cariño siempre, Climentón; labrador has sido tú toda tu vida, y sabes que Gervasio no puede recoger lo que no ha sembrado, ¿verdad?

CLIM. Sí, Laya.

LAYA ¿Y ya no dudas?

CLIM. No.

LAYA Porque tu rosal verdea cada vez con más ahinco, y ¡quién sabe si le apuntan ya las flores!

CLIM. ¡Sí que apuntan, Laya! (Yendo á ella y soltando la azada.)

LAYA ¡Eh!.. A la tierra, labrador, que falta un poco todavía y no hay más remedio que cavar con cariño y con paciencia porque Dios bendiga la siembra. (Escena muda hasta que Climentón vuelve al terreno, coge la azada y sigue cavando.)

CLIM. (Da un suspiro.) Estoy contento, Laya, de haber venido á verte. (Laya sonríe. Cavando un poco más hasta terminar la terna.) ¡Ea! ya queda esto listo, y yo me voy, que tengo que regar mi huerta.

LAYA ¿Vas contento, Climentón? ¿No pasará nada con Gervasio?

CLIM. No tengo más que una palabra, Laya. Voy contento.

LAYA Así me gustas, Climentón.

CLIM. No, si no me cuesta. Hazte cuenta que al salir de aquí me tropiezo con Gervasio por el camino. Pues no he de volver siquiera la cabeza para mirar si entra en tu casa. (Aparece Gervasio en la puertecilla de la huerta.)

GERV. Buenas tardes. (Laya mirando á Climentón como incitándole á que la pruebe que es verdad lo que le acaba de decir.)

LAYA Buenas tardes, Gervasio.

ESCENA III

DICHOS y GERVASIO

GERV. (A Laya.) ¿Está tu padre en casa? Vengo á verle á él. Me hizo encargo de unas plantas en el monte y se las traigo. No os estorbéis por mí.

LAYA Pasa adentro, Gervasio. Sí que está mi padre en casa. (Gervasio atraviesa por delante de los dos y entra en la casita de Andrés. Climentón ha bajado la cabeza y está como clavado en el sitio. Laya le mira con una maliciosa piedad. Comprende las luchas que se traban en su espíritu, pero con empeño femenino quiere obligarle á cumplir su palabra.)

ESCENA IV

LAYA y CLIMENTÓN

LAYA Decías, Climentón...

CLIM. No sabía lo que decir.

LAYA ¿Vuelves a dudar?...
 CLIM. ¡Que no! Pero me ahogo...
 LAYA ¿Pues qué haces?
 CLIM. (Decidiéndose con esfuerzo violentísimo y súbito.)
 Marcharme! Mira si es verdad lo que te he
 dicho, que aunque me está matando lo cum-
 plo. (Sale. Laya se queda en la puerta viéndole partir
 y dice.)

ALERE FLANMAN
 VERITATIS
 ESCENA V
 LAYA y LA MORRA

LAYA Tiene razón él; mientras viva Gervasio, así
 estaremos siempre. ¡Dios mío! ¿y no hay
 remedio?
 MORRA Uno sólo, Laya.
 LAYA ¡Ab! ¿estás ahí, la Morra? ¿Cómo no has
 entrado por la puerta?
 MORRA Por no tropezarme con Climentón. Como le
 disgusta vernos juntas...
 LAYA ¡Pobre! Ven, la Morra. Pero, ¿qué te pasa?
 Estas rendida... ¿de dónde vienes?
 MORRA De la villa.
 LAYA ¿Y a qué has ido?
 MORRA A por el remedio que te he dicho.
 LAYA ¿Qué remedio?
 MORRA Mañana saldrá Gervasio del pueblo... y no
 tengas cuidado; en tres años lo menos no
 vuelves a verle por aquí.
 LAYA ¿Pues qué has hecho?
 MORRA ¡Delatarle!
 LAYA ¿Pero tan malo es Gervasio?
 MORRA Más desgraciado que malo, no te creas.
 LAYA ¿Y cómo tiene que ver con la justicia?
 MORRA No; con la justicia no, con los civiles. Hace
 dos años le sortearon en la plaza; tenía que
 servir. Maldijo de su suerte, y a la noche
 dejó el pueblo y se internó en el monte.
 Repara que nunca pasa más de tres días en
 el pueblo y que tiene el aire de ir huyendo
 siempre.
 LAYA Sí; es verdad.

MORRA Pues acabo de delatarle. Mañana... tal vez
 esta noche, vendrán por él.
 LAYA ¿Por qué has hecho eso?
 MORRA No lo sé. Ha sido inspiración que me ha
 venido de dentro y ha podido más que yo.
 Gervasio me ha echado de casa... no sé don-
 de pasar esta noche. Le hubiera muerto... y
 le he delatado. Para él es peor.
 LAYA Eso está mal, la Morra.
 MORRA Mal está sufrir siempre y no ver esperanza
 de alegría; mal está el mundo y sus penas.
 Laya, créeme, Gervasio se me escapaba y
 yo sola no podía sujetarle; le atarán los bra-
 zos y yo le hablaré entonces. No te creas, a
 todas partes le seguiré como una sombra de
 su cuerpo; insultaré con él a los que le
 atormenten; y si son dos los que le lleven
 preso, y un día Gervasio se agacha a mí y me
 dice: «¡mátale!» soy mujer, Laya, pero me
 echaré sobre ellos y les clavaré las diez uñas
 en la garganta. ¡Té lo juro! ¡Gervasio ha de
 deberme todas sus penas y toda su alegría!
 LAYA ¿Le quieres, pues?
 MORRA Como nunca, Laya. Dos corazones hay en
 mi cuerpo para quererle... ¡ya ves tú!
 LAYA Pues oye... (Se oye la voz de Gervasio hablando con
 el Tío Andrés dentro de la casa.)
 MORRA (Muy agitada.) ¿Es su voz esa, Laya?
 LAYA Esta adentro hablando con mi padre.
 MORRA ¿Gervasio está en tu casa?
 LAYA Sí. (La Morra hace actitud de huir. Conteniéndola.)
 ¡No! no te vayas, la Morra; escóndete. (La
 Morra se agacha detrás del pozo.)
 GERV. (Dentro.) Hasta la vista, tío Andrés!

ESCENA VI

DICHAS y GERVASIO. Gervasio, queda un momento parado en el
 quicio de la puerta contemplando a Laya.
 LAYA ¿Qué hace mi padre, Gervasio?
 GERV. Busca su manta para abrigarse, porque
 quiere salir a plantar no sé qué.

LAYA Pues no saldrá; ya le he dicho que... (Va a salir en dirección a la casa.)

GERV. (Dándole un pequeño empujón para detenerla.) ¡Alto, Laya! Tenemos que hablar.

LAYA Hablemos.

GERV. Me has despreciado en el monte; te has reído de mis amenazas; me has metido la guerra en casa y te has burlado de mí. No has tenido miramientos conmigo, yo tampoco los tendré contigo.

LAYA. ¿Qué quieres decir?

GERV. Quiero saber si se cierra muy tarde la puerta de tu casa y si le costaría mucho abrirla a un hombre de voluntad.

LAYA. Mi puerta se cierra y no se cierra, Gervasio. Un hombre de voluntad puede abrirla siempre. Un hombre de buena voluntad no la abre si no es para hacer bien. Eso es, Gervasio. ¿Qué más quieres que te conteste?

GERV. Supongamos que yo esta noche, cuando dan las diez, llego hasta tu casa y abro la puerta...

LAYA. Supongamos que antes, gentes que te quieren mal ó que buscan deshacerse de tí, te han delatado en la villa...

GERV. (Muy sobresaltado.) ¿Qué quieres decir, Laya? ¿Quién te ha dicho?... ¿Has ido a delatarme?

LAYA. Es un suponer, Gervasio... y puestos a ello, vale la pena de ir hasta el final para ver cómo te sales... porque, mira, el juego me interesa.

GERV. ¿Sí, Laya?... Pues supongamos eso también. Mejor si es esto. Porque al abrir la puerta de tu casa... supongamos que una mujer me espera dentro, y como ve á las claras mi cariño, y sabe que no puedo retardarme en el pueblo y que la noche nos ampara, se pone de mi lado, le gusta aquel camino largo en medio de la obscuridad; pasamos con el amanecer la raya de Francia y mañana en otra tierra, solos, jóvenes, sin pensar más que en querernos y en vivir, yo trabajo, ella canta, y la vida es fácil y hacedera... ¿te gusta?

LAYA. Sí, Gervasio; ¡y sería lástima que no se pusiera de tu lado esa mujer!

GERV. Si tú la convences...

LAYA. Pues he de procurarlo, ¡te lo juro!

GERV. ¿No me engañas? Eres tú de habla engañosa siempre, Laya.

LAYA. No hagas caso. ¡Hoy no te engaño!

GERV. Pues si tú te empeñas en convencerla... ¡esa mujer es mala!

LAYA. ¡Por supuesto!

GERV. ¡Por fin!... ¡Bendita seas!

LAYA. (Rechazándole con el tono y el gesto.) ¡Hasta la noche, Gervasio!

GERV. (Marchándose.) ¡Hasta la noche, Laya! (Sale Gervasio. Laya le mira alejarse sonriendo. Sale la Morra.)

ESCENA VII

LAYA y LA MORRA

LAYA. (Sonriendo.) Ya le has visto, la Morra. Esta noche a las diez, abrirá la puerta, porque dice que una mujer le espera en esta casa.

MORRA. ¿Y tú?

LAYA. No he querido desmentirle.

MORRA. ¿Por qué?

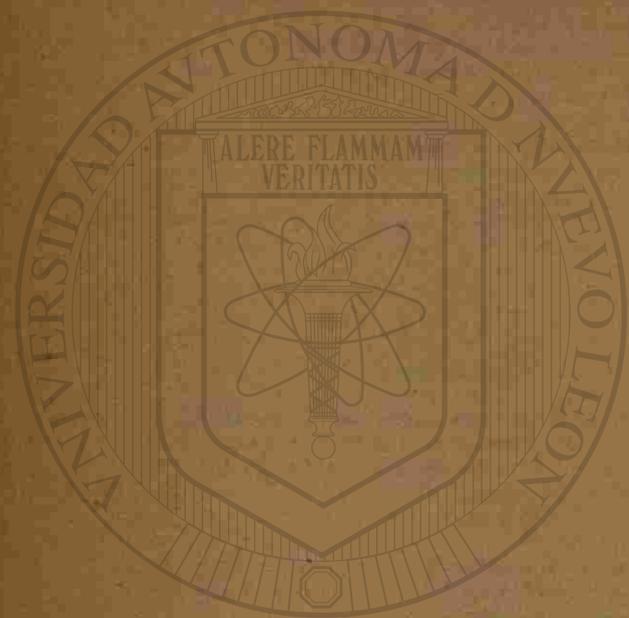
LAYA. Porque me has dicho tú que no sabías dónde pasar la noche, y me ha parecido que bien podías pasarla aquí.

MORRA. ¿Pero entonces?...

LAYA. ¡Entonces... las cosas han venido bien y la alimaña ya cayó en la trampa!

TELON





CUADRO TERCERO

Gran zaguán en la casa de Andrés, donde van a reunirse Vecinos y Vecinas para las faenas del maíz. En el fondo, portalón inmenso que se abre sobre el campo. A la derecha, en primer término, puerta que da al cuarto de Laya. En el mismo lado, pero en segundo término, la puertecita que comunica con la cocina ó horno del pan. A la izquierda debe haber el hogar; bancos con pellojos á su lado, y también cerca del hogar, un sillón con respaldo de cuero, donde está sentado el tío Andrés al levantarse el telón. A este mismo lado la puerta que conduce al cuarto de Andrés. En segundo término se ve el gran montón de panojas, con la profusión de hojas pajizas, que las llamas del hogar hacen doradas. Las Mozas están sentadas en rueda, alrededor del montón, y habrá dos ó tres más compuestitas yendo y viniendo por la escena, con gran animación y bulla. El hogar está encendido: de los extremos de la chimenea cuelgan dos candiles iluminando la escena. Hay en la orquesta un pequeño preludio para dar lugar á la mutación.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS, VECINOS y VECINAS.

Música

MARIETA (En el centro, canta.)
Cirios que adornan cintas
son los maíces:
las panojas las llamas

que los derriten,
y arriba el sol,
la hostia de oro en que brilla
Nuestro Señor.

Los maizales parecen
altar de bodas,
por eso a los maizales
bajan las mozas.
Sigalas pronto,
ó al amor, padre cura,
preste el hisopo.

MILES Los maizales son rejas
con celosías,
lo que en ellos se oculta
ni Dios lo mira.
¡Déjate, niña,
de hisopos y de curas
y sacristías!

TODOS ¡Déjate, niña,
de hisopos y de cirios
y sacristías!

MAR. Las panojas doblaron
sus cabezuelas.
¡Ay! la llama es cenizas,
ruinas la iglesia,
y los maizales paja para las eras.
¡Ay, panoja maldita,
hagan sitio, cayendo, tus granos
donde esconda las lágrimas mías!

MUJERES ¡Ay, panoja maldita,
hagan sitio, cayendo, tus granos
donde esconda las lágrimas mías!
(Gran bulla y algazara al terminarse la canción.)

Hablado

ROSA Me gusta el maíz porque parece de oro.
MILES Y á mí porque lo da.
MAR. Y á mí porque es faena que se canta bien.
ANDRÉS Bueno, bueno, bueno... Basta de charla y despachad, que tengo ganas de acostarme.
MAR. Señor Andrés, si todavía no rezan las gallinas.
ANDRÉS Pues yo digo que es tarde y que despachéis, que quiero acostarme.
MILES ¿Dónde dejamos las mazorcas preparadas, tío Andrés?
ANDRÉS En mi cuarto.
MILES ¿Y cuál es su cuarto de usted?
ANDRÉS (Llamándolo a él.) Si en vez de tener setenta y cinco años tuviera veinte, en vez de ser hombre fuera mujer... ¿á que no me preguntabas tú, cuál era mi cuarto?
MILES ¿A que no, tío Andrés?
ANDRÉS Porque, ya me habríais molido á coplas la ventana como has hecho con todas las mozas del pueblo.
MILES Si es verdad.
MAR. Y diga usted que ya le habrían caído de su ventana, si usted fuera mujer, por lo menos cuatro tuestos encima de la cabeza.
ROSA Como de todas las ventanas de todas las mozas del pueblo.
MILES ¡Eh! (Despreciándolas.)
ANDRÉS Bueno, bueno; basta de charla he dicho y despachad. Aquel es mi cuarto, Miles. (Señalándolo.) Entra en él las mazorcas preparadas. Y vosotras, andadito á vuestra casa.
MAR. Es que no hemos visto á Laya.
ANDRÉS Bueno, mañana la veréis. Hoy está amasando porque mañana cuecen en el horno.
ROSA Diga usted que no ha salido á vernos porque no ha venido Uimentón.
ANDRÉS No ha salido porque no le ha dado la gana. ¡Estamos frescos! ¡Eal! ¡Picoterás del demonio!... ¡Si no os marcháis, os barro en dos brazadas! (Se van con bulla y protestas de las mozas. Miles entra las mazorcas en el cuarto de Andrés.)

ESCENA II

ANDRÉS sólo

Me parece que las he despachado brusca-
mente, pero ¡qué remedio! La tierra está ya
preparada y no han de quedarse sin sembrar
las habichuelas de San Pancracio. Ahora me
acuesto; a las once he acabao el sueño, y
cuando todos duerman, me salgo con la mía!

(Después de cerciorarse otra vez de la soledad de la
escena, saca de debajo de su sillón el capacho de las
habichuelas y una azada. Cuando ya los tiene fuera,
sale Miles del cuarto del viejo, donde acaba de dejar
las máximas.)

ESCENA III

ANDRÉS y MILES

MILES Muy buenas noches, tío Andrés.

ANDRÉS (Con mucho sobresalto procurando esconder el cuerpo
del delito.) Muy buenas noches, hombre; va-
liente susto. Ya no me acordaba de ti.

MILES ¿Le parece a usted que llame a Laya para
despedirme de ella, tío Andrés?

ANDRÉS Lo que me parece es que si no te marchas
te saco a puntapiés. ¡Pues hombre!... ¿No os
he dicho a todos que es tarde y que quería
dormir pronto? (Coge su capazo y la azada y vase
a su cuarto misteriosamente.)

MILES Bueno, bueno, ya me marchó, tío Andrés.
(Sale. El tío Andrés empieza a cerrar la puerta.)

ESCENA IV

ANDRÉS y LAYA

LAYA (Saliedo de las puertas laterales.) ¿Va usted a acos-
tarse, padre?

ANDRÉS (Disimulando.) Sí, hija, sí; no me encuentro
bien y quiero dormir pronto.

LAYA ¡Ande! Pues vaya usted y yo me cuidó de ce-
rrar la puerta y de poner esto en orden. Y
ahora que recuerdo... ¡Las habichuelas!...
Traígalas usted; yo las planto en un mo-
mento.

ANDRÉS No, mujer, no; yo las plantaré.

LAYA ¿Pero cuándo?

ANDRÉS Mañana, mañana mismo; no le hace. (Con
un guiño expresivo)

LAYA Vaya, pues hasta mañana y buenas noches.
(Se abrazan. El tío Andrés se encierra en su cuarto.
Laya entorna la puerta. Melopea en la orquesta. Laya
va y viene por la escena apagando candelas y ponién-
dolo todo en orden.)

LAYA ¿Por qué no habrá venido esta noche Cli-
menton? Me hace pensar mal...

VOZ (De la Morra cantando)

¡Ay, panoja maldita!

¡Si el panizo no se desgranara
qué maizal el maizal de la vida!

LAYA ¿Cantas para espantar el miedo, la Morra?...
¡No te apures! (Entra en el interior de la casa. Ter-
minada la melopea se entreabre la puerta de la casa.
Entra Gervasio. Lleva su sombrero de pastor y una
vara al hombro con un fardo de ropa. De la vara cuel-
gan además unas alpargatas. Laya acude a escena quan-
do se abre la puerta. Gervasio deja encima de una
mesa su fardo y su vara. Laya le mira hacer son-
riendo.)

ESCENA V

LAYA y GERVASIO

GERV. Es pronto todavía, Laya; pero a estas horas
ya no dudo. Por tres lados han venido a de-
cirme de la villa que me hablan delatado.
No tengo tiempo que perder. Tal vez dentro
de dos horas me habrían prendido. Mi her-
mano me ha hecho traición, porque de él
viene el tiro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1941 1625 MONTERREY, MEXICO

LAYA (Con severidad.) Deja en paz á tu hermano, Gervasio, y cuando hables de traiciones, piensa en tí primero.

GERV. Laya, ¿has hecho lo que me prometiste?

LAYA Convencida está la mujer y contando los minutos para salir de aquí contigo.

GERV. ¿Y no le asusta el camino?

LAYA Contigo nada le asusta.

GERV. ¿Y si nos sorprenden?

LAYA Te seguirá á la cárcel.

GERV. ¿Y si nos maltratan?

LAYA Con las uñas me ha dicho que te defendería.

GERV. ¡Eh!... (Empezando a comprender.)

LAYA Gervasio: conozco yo su cariño y te digo que no lo desconozcas tú. Si vas al destierro con ella, te parecerá que no te de tierras, y en su cara y en su habla y en el gesto de sus brazos, tendrás siempre al lado tuyo un poco de la tierra. Ella, porque te quiere, te hará bueno, Gervasio, ablandate al cariño de ella, que es tan grande... ¡cómo el que yo tengo por tu hermano!

GERV. (Fuera de sí.) ¡Laya!... ¿Me has mentido?

LAYA ¡Mentido yo!... ¿De cuando sea, Gervasio? ¿Qué te dije en el monte? ¿Te he negado alguna vez lo que te dije allí?

GERV. Pero yo he venido aquí...

LAYA A por una mujer que te siguiera al destierro... ¡y la tendrás!... ¡y es tuya!... ¡y te adora! Gervasio, por lo que más quieras en el mundo...

GERV. ¡Tú!

LAYA (Juntando las manos.) Pues, por mí, te pido que de ella y de tu hermano y de mí misma tengas compasión. Gervasio, mírame. ¿No ves que tú mismo me despreciarías si te siguiera, engañando a Climentón?

GERV. ¡No, Laya, no me hagas pensarlo! ¡Has de seguirme! ¡Me lo has prometido! ¡Mía ó de nadie!... De grado ó por fuerza!

LAYA ¡Pues no! De grado se vive; por fuerza, se muere.

GERV. ¿Estás decidida?

LAYA Mientras tú lo estés.

GERV. Mira, Laya, estoy tranquilo: ni me tiemblan las manos, ni la sangre me ha subido á la cabeza todavía. Aun es tiempo: ¿me sigues?

LAYA ¡No!

GERV. ¡Pues sí! (Fuera de sí por completo se echa sobre ella y forcejea para llevársela. Se abre de par en par la puerta, empujada violentamente por Climentón. Ciego de furor, éste se arroja sobre el grupo hasta separarlos. Gervasio queda livido mirando á Climentón. Laya respira viéndose salvada.)

ESCENA VI

DICHOS Y CLIMENTÓN

CLIM. Sí, yo soy, Gervasio. Ni para morir esconde la cara Climentón. ¿No te había dicho que esta tarde habíamos de hablarnos? ¿No habíamos quedado en que uno de los dos saldría de casa? ¿Y crees tú que yo tengo brios para llevar de un día á otro la carga de esta duda?

LAYA ¡Climentón!...

CLIM. No, Laya; tú tampoco has hecho bien. Esta tarde te he hablado y esta tarde podías haberme dicho las cosas con franqueza. ¡Para lo agradable que me ha sido la vida desde entonces!

LAYA Vienes de fuera, Climentón, y la obscuridad de la noche te ciega todavía. Gervasio ha entrado en esta casa, porque era necesario que entrara para llevarse de ella lo que es suyo.

CLIM. ¿Eh?

GERV. ¿Eh?

CLIM. ¿Qué dices?

LAYA ¡Lo que es verdad! ¡La Morra! (A la puerta lateral. Cuando sale la Morra, miserable y temblando, la coge por un brazo y dice á Gervasio.) ¡Gervasio! ¡Niégale á tu hermano que ésta es tu mujer y que por ella vendas! ¡Niégate á tí mismo

que ibas á escapar del pueblo porque te han delatado, y cada minuto que aquí pasas es de perdición para tí! Y á ella, que está temblando de angustia y que te lleva al desierto las esperanzas de tu hijo... ¡niégale si puedes la limosna de cariño que te pide!..

(Empuja á la Morra hacia Gervasio. Laya y Climentón se juntan y hablan en voz baja.)

GERV. (A la Morra) ¿Estás contenta ahora? ¿Qué más pides?

MORRA ¡No; para mí nada, Gervasio, para mí, golpes nada más si quieres, para el hijo, no! ¡Mi vida, la tuya, la gloria si es posible!

GERV. (Después de una lucha.) ¡Y la téntra, la Morra! Al último veréis todos que no soy tan miserable como habéis creído.

MORRA ¡No! yo nunca...

GERV. ¡Puedes andar! (A la Morra.)

MORRA Sí, Gervasio... y vamos pronto. (Vuelve Gervasio á tomar su vara y su fardo. Cuando ya están cerca de la puerta, Climentón se va á Gervasio y se abrazan en silencio. La Morra y Laya lo mismo. El grupo de los dos fugitivos se pierde en la obscuridad. Climentón y Laya se quedan mirándose, apoyado cada uno en un canto de la puerta. Un reloj vecino da las once, que resuenan en la obscuridad y el silencio.)

ESCENA VII

LAYA y CLIMENTÓN

CLIM. (Volviendo á escena.) ¿Y nosotros, Laya?

LAYA Pues... ya lo he dicho esta mañana. La Morra ha salido de tu casa y ha salido contenta. Cuando lo mande mi amo, irá Laya á servirle...

CLIM. ¿Mañana?...

LAYA Espera. (Muy sigilosamente se va abriendo la puerta del viejo. Asoma primero la mano con un candil y en seguida el tío Andrés, que sale con su azada y el capacho de las habichuelas.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ANDRÉS

LAYA (Muy irritada.) ¿Dónde va usted?

ANDRÉS (Muy sorprendido y cobibido al mismo tiempo.) ¿Y usted, qué hace aquí?

LAYA (Señalando la azada.) ¿Qué significa eso?

ANDRÉS (Señalando á Climentón.) ¿Y eso, qué significa?

LAYA ¿No se da usted vergüenza?... ¿Dejar la cama á las once para salir al huerto?

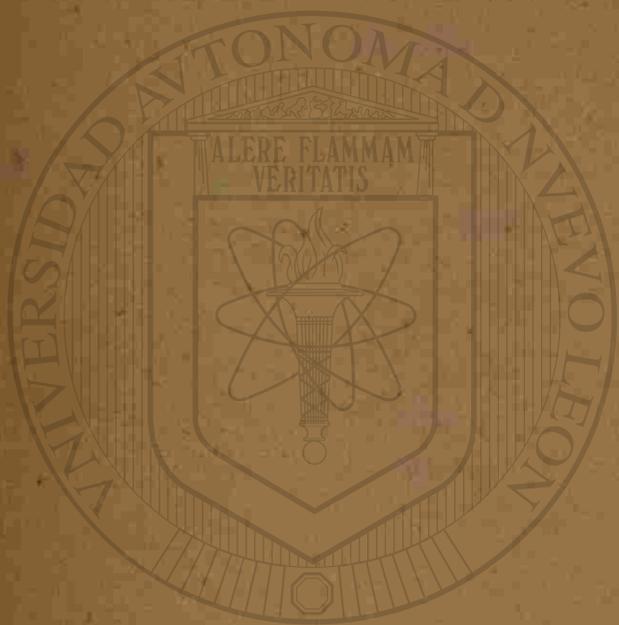
ANDRÉS ¿Pues qué he de hacer, señor?... No me dejas trabajar de día... el huerto se muere... ¡Peor tú, que fiando en el sueño de tu padre, abres la puerta...

CLIM. (Interviniendo.) ¡No se enfade, tío Andrés! Laya me ha abierto la puerta para hablarme del huerto justamente, y á mí me ha parecido tan bien, tío Andrés, que desde hoy me encargo de él... si usted me da trabajo.

ANDRÉS ¿Pues no te he de dar, hombre!... ¡Ven aquí primero y déjame que te bendiga!

TELON

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DEL MISMO AUTOR

El Pastor, drama en tres actos y en verso.

Agua mansa, zarzuela dramática en cuatro cuadros y en prosa. Música del maestro Gay.

La Limosna, monólogo. Música del maestro Cotó.

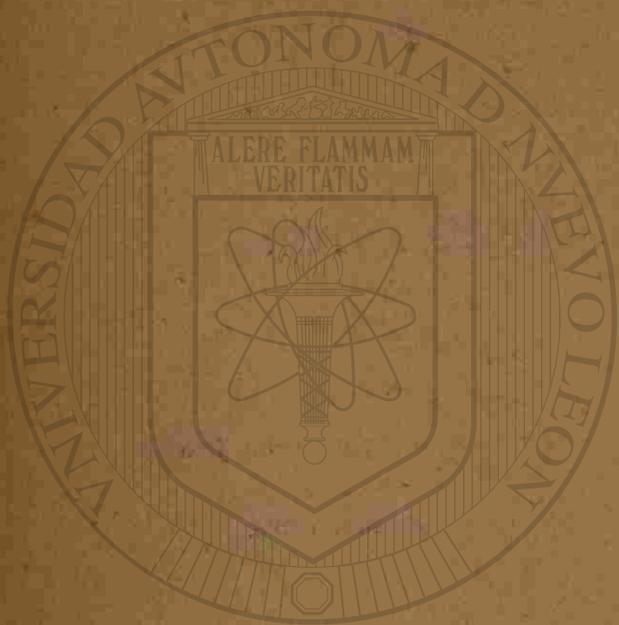
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E. MARQUINA

MALA CABEZA

PEQUEÑO DRAMA EN TRES CUADROS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Núñez de Balboa, 12

1906





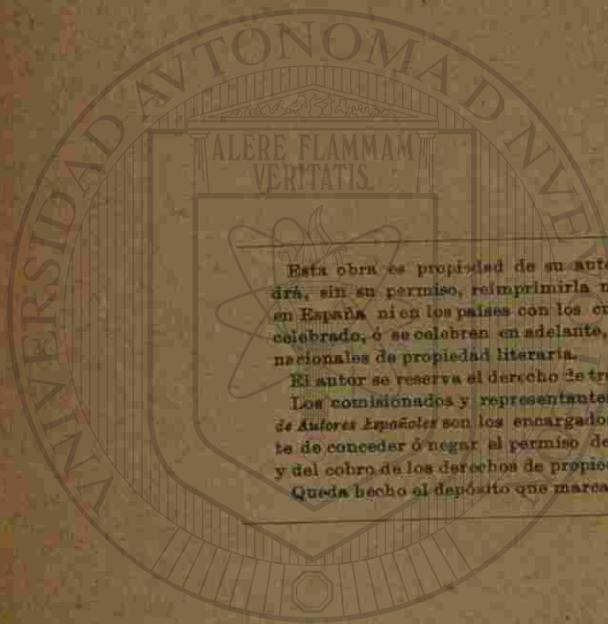
MALA CABEZA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MALA CABEZA

PEQUEÑO DRAMA EN TRES CUADROS

POR

E. MARQUINA

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA de Madrid,
la noche del 26 de Febrero de 1906



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

A. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES

SEÑOR SIMÓN, burgués acomodado (45 años).....

SEÑORA SIMÓN, esposa del anterior, todavía vistosa y bien conservada; aparenta unos 40 años.....

CALABAZA, hijo menor de ambos; raquítico, desmedrado y fecho; los cabellos de un rojo subido y rebeldes al peine, le agrandan todavía una cabezota triste y paliducha; grandes ojos muy hundidos: 16 años escasos.

PACORRA, criada recién entrada al servicio de la casa. Para dar una nota de color, viste al modo de la aldea de donde procede.....

ACTORES

SR. ALTARRIBA.

SEA. RODRIGUEZ.

SETA. BLANCO.

QUIJADA.

La escena en nuestros días y en un pueblo situado en los alrededores de una gran ciudad

Se procurará reducir la escena cuanto sea posible y dar al escenario del dramita las reducidas proporciones que han de encuadrar con justeza al pequeño protagonista.

CUADRO PRIMERO

Representase en la escena la parte exterior de una casita burguesa en algún pueblecito de los alrededores de una gran ciudad. La casa que se ve en uno de los lados de la decoración, el izquierdo, tiene bajos y primer piso. La casa está construida en forma de chalet suizo. Persianas verdes, ventanitas y doble tejado, con rafe de madera. La puerta de esta chalet es practicable y conduce hasta ella una escalerilla de tres ó cuatro tramos. La escena está convertida en el jardinillo un poco rústico del chalet. En el fondo de la escena, tapia con reja central que se abre sobre la carretera. A la parte derecha de la decoración, jaulas de gallinas y conejos y la casita del perro.

ESCENA PRIMERA

CALABAZA, luego SEÑOR SIMÓN. Al levantarse el telón, Calabaza, descalzo y mal vestido, está con el azadón arrancando algunas yerbas, que, á brazadas, va metiendo en la jaula de los conejos. Es medio día y en el aplanante silencio de la siesta, silba una canción monótona acompañando su labor. Al cabo de unos momentos aparece en la puerta del chalet el señor Simón

SR. SIM. ¿Me acompañarás á cazar esta tarde, Calabaza?

CAL. Sí, papa.

SR. SIM. ¿Estás decidido?... ¿No cambiarás luego de opinión?

CAL. ¿Sabe mi madre que saldremos á cazar esta tarde?

Sr. SIM. Si, lo sabe.
 CAL. ¿Y no se opone?
 Sr. SIM. No. Pero, ¿tú estás decidido á acompañarme?
 CAL. (Sin vacilación ya.) Si, papá... (Tira el azadón.) Si quieres que salgamos, ahora mismo...
 Sr. SIM. No tan pronto. El sol pica todavía y tengo que leer los diarios de la mañana. ¿Qué haces tú ahí?
 CAL. Limpiar el suelo de yerbas.
 Sr. SIM. Después de comer no es bueno fatigarse.
 CAL. Mamá sostiene que es higiénico...
 Sr. SIM. Di que te gusta cavar...
 CAL. No me disgusta, sobre todo, mamá lo manda. (Simón lo mira un momento arrancar algunas yerbas y vuelve á meterse en el interior.)

ESCENA II

CALABAZA

Es cosa hecha. Esta tarde nos veremos las caras, señora madre mía. (Deja la azada sobre un árbol y se pasea pensando.) Mucho tiempo, Calabaza, y maneja bien tus ideas personales que son lo único que tiene tu persona. Mamá sabe que salimos á cazar y no se opone; es un indicio. Mamá se opone á todo lo que pueda darnos gusto en casa á papá y á mí, y á los gustos que nos sacan de casa, no se opone; es otro indicio. Yo, Calabaza, soy su hijo y mamá me odia, tercer indicio. Pues vuelvo á la mía, esta tarde saldremos de dudas todos juntos. (Bebe de una botella que tiene escondida en la caseta del perro.) ¡Algo ha de darme fuerza para la batalla campal que se me espera! Llegará el momento de la partida, saldrá mi padre á desatar el perro: desde el último tramo de la escalera esperará ella, impaciente, que nos alejemos... «Calabaza, adiós, sé bueno, no bagas enfadar á papá.» Mamá tiene una gran ternura por mi padre siempre que se va de casa... Pero

entonces... Entonces... todos los ánimos personales de Calabaza se forman en línea de batalla y Calabaza cambia de opinión. «Papá, he vuelto á pensarlo, no puedo acompañarte á cazar esta tarde; me es imposible; me esperan en el molino, ó estoy cansado ó ya no tengo ganas.» Calabaza es caprichoso y mala cabeza; no es necesario que explique sus resoluciones. Mi querido señor padre se indignará, contrariado; pero ni me pegará, por no fatigarse; ni me reñirá, por no hablar; ni saldrá de caza por no llevar áuestas la carga del zurrón y los cartuchos. En cuanto á mi señora madre... desde el último tramo de la escalera, no, desde aquí, muy cerca de mi cara, ¡pif! ¡paf! (Haciendo el gesto del que abofetea.) ¡Calabaza, eres un asno! nos matarás á disgustos. Y por ese camino tantas sentencias como azotes, hasta que la mano se le canse... y no se le cansa pronto... Si, señora madre, comprendo su indignación de usted; los caprichos de Calabaza la han puesto más de una vez en un aprieto. Calabaza es el perro de la casa y se le despiertan instintos de guardián y vigilante... ¡vamos á ver cómo se las compone usted esta tarde para burlar mi vigilancia! ¡Ufi (Cansado.) ¡Qué porquería la vial! (Calabaza sigue cavando con fatiga. Por la reja del fondo entra Pacorra. Viene con traje de paleta, una cesta al brazo y un paraguas en la mano. Toda sudada y roja del camino que ha hecho en pleno sol. Calabaza sigue un rato cavando sin fijarse en ella.)

ESCENA III

PACORRA y CALABAZA

PAC. (A Calabaza.) ¿La señora de Simón?
 CAL. Ha salido. (Con asquedad.)
 PAC. ¿Volverá pronto?
 CAL. Creo que sí.

PAC. Soy la nueva muchacha que la señora Simón contrató el lunes último.

CAL. (Con aire de importancia, dejando caer la azada.) ¡Ah! ¡Ya sé! Me han enterado. Bueno. Siéntate en esa escalera. Es inútil que entres en la casa; no hay allí más que mi padre y no querrá que le distraigan. ¿Cómo te llamas?

PAC. Francisca Cordero, pero en el pueblo me llaman Pacorra.

CAL. Yo te llamaré Francisca. ¿Oyes? Yo soy Calabaza.

PAC. ¿Eh?

CAL. Ca-la-ba-za. Ni más ni menos, el menor de los dos hijos de la familia Simón.

PAC. Señor Calabaza.

CAL. ¡Señor Calabaza! Si mamá te oyese se moriría de risa. Calabaza simplemente.

PAC. No me atrevo. Ese debe ser un mote que le han sacado.

CAL. Es un mote que me ha sacado la señora Simón a causa del color de mis cabellos.

PAC. Son rubios.

CAL. La señora Simón sostiene que son furiosamente rojos. Y el rojo es el color que más la disgusta.

PAC. No comprendo qué razón tenga la señora para mortificarle, señorito Calabaza; parece muy amable.

CAL. No conoces todavía las costumbres de la casa. Ya te irás haciendo á ellas. La señora Simón te hará comprender que soy holgazán, desvergonzado, seco de corazón, embustero, hipócrita...

PAC. No lo parece.

CAL. Orgullosa y burlón, burlón sobre todo. Además, tengo otros defectos. Mi hermano Javier, por ejemplo, es el reverso de la medalla. Es guapo, decididor, amable; gasta mucho, pero es natural; tiene queridas, pero es justo; ¡la edad! Es desobediente, pero ¡como apenas le mandan! Además, pellizca á las muchachas y tiene preferencia por las frescas y rollizas como tú.

PAC. Pues lo que es á mí, que no me toque, por-

que si á eso vamos tengo malas pulgas. Yo no me meteré con nadie...

CAL. Sí, mujer, sí, te meterás conmigo, ó no harás años en la casa. En cuanto al trabajo...

PAC. ¿Es pesado?

CAL. No mucho. De la cocina no te preocupes. Mamá es una buena cocinera y cuando ella tiene hambre, guisa bien. El resto del trabajo nos lo repartiremos entre los dos.

PAC. ¿Qué dice usted? (Ríe.)

CAL. (Con frialdad.) Estás de buen humor. Nos lo repartiremos entre los dos. Yo te ayudo á trabajar porque mamá sostiene que me conviene el ejercicio para fortificarme. Tú lavas los platos y yo los seco. ¡Ah! te advierto que en la mesa se cambian los menos platos posibles. A mí nunca.

PAC. Mejor.

CAL. Es por ahorrar platos... Tú sirves á la mesa, naturalmente; yo subo el vino de la bodega.

PAC. Es un cargo de confianza.

CAL. Si; además, la escalera de la bodega es peligrosa. Tú cuidas de la ropa, yo de los conejos. ¡Ah! por la mañana tienes que levantarte á las cinco.

PAC. ¡Tan temprano!

CAL. Yo soy el encargado de llamarte.

PAC. ¿El señorito Javier se levanta á la misma hora?

CAL. El señorito Javier se levanta al media día porque se ve obligado á regresar de la ciudad en el tren de la madrugada.

PAC. ¿Trabaja?

CAL. Juega en el casino y algunas veces gana el pobre. Una observación general. La costumbre de la casa es hablar lo menos posible. Únicamente la señora Simón tiene la palabra. Papá no quiere contestarle. Mi hermano le contesta si quiere, y yo le contesto si ella quiere. Tú harás al principio lo que te plazca.

PAC. ¡Cál por mí, deje usted... ya nos despacharemos hablando á nuestro gusto en los ratos de descanso.

CAL. Los ratos de descanso no me pertenecen. Francisca, y lo siento por ti, que me pareces cariñosa. En los ratos de descanso tengo que desempeñar comisiones en casa del droguero, en la farmacia, en la taberna...

PAC. ¿Los señores se llevan bien? (Calabaza no contesta dando á entender le molesta la pregunta.) Dispense... Y á usted, ¿le quieren los señores? Me parece que no mucho.

CAL. Son severos, Francisca; no es cosa tan hacedera mi educación. Con todo, el señor Simón, no me ha pegado nunca.

PAC. ¿Y la señora Simón?

CAL. ¡Oh, alguna bofetada nada más!

PAC. ¿Todavía?

CAL. Y no creas que me haga daño. Ya dicen que yo soy incorregible. Pero no se humilla, ¿sabes? por que soy casi un hombre; voy á cumplir dieciséis años.

PAC. ¡Y tan bueno que parece!

CAL. ¡Sí, verdad? pues, por lo visto, no hay que fiarse de las apariencias. ¡Ah! Dos advertencias más... Esta tarde va á pasar aquí algo extraño, no te metas. Lo mejor que puedes hacer es marcharte. Sí, nadie te ha visto; duermes en la posada y mañana vuelves, como si llegases en aquel momento. Sí, prefiero que esta tarde no haya nadie extraño en casa...

PAC. ¿Algún disgusto grande, señorito?

CAL. Pienso contrariar á mi madre, ¿sabes? y eso trae sus consecuencias.

PAC. Me marchó ahora mismo, pues.

CAL. No; espera que... falta otra advertencia.

PAC. Diga.

CAL. ¿Ves las gallinas aquellas que andan sueltas por la huerta? Hay que encerrarlas en el corral todas las noches. Hasta ahora ha sido trabajo mío, pero la señora Simón dispuso que la nueva muchacha se encargaría de ello.

PAC. Bueno, bueno, está entendido.

CAL. No te creas, tiene sus dificultades; hay noches de viento huracanado que te apaga e-

candil y no te hace gracia ninguna bregar por el patio, entre los animaluchos despa- voridos, que agitan las alas y te dan picotazos, en la obscuridad.

PAC. ¿Tenía usted miedo? (Con malleta.)

CAL. (Con aire de autoridad.) Miedo no... pero la señora Simón dispone y ha dado sus órdenes respecto á las gallinas... Todas las noches...

SRA. SIM. (Que habrá abierto sigilosamente la verja y oído las últimas palabras de Calabaza.) Todas las noches guardarás tú las gallinas, Calabaza.

ESCENA IV

DICHOS y SEÑORA SIMÓN

CAL. Sí, mamá. (Vuelve á tomar la azada y á cavar. Pacorra atemorizada espera la tempestad que cree va á descargar. La señora Simón se dirige á ella muy amable.)

SRA. SIM. ¿Has llegado ahora, Pacorra? No te esperábamos hasta mañana, pero no importa; ¿tendrías algún fardo en la estación?

PAC. Casi nada, mi ropa.

SRA. SIM. Bueno, bueno... cuando los señores salgan á cazar... podrás irte á la estación en busca de eso... Y mira, no es necesario que regreses á casa hasta la noche... Esta tarde es tuya. Yo, cuando me quedo sola, tengo bastante con mis devociones.

CAL. Sí, mamá.

SRA. SIM. ¿Qué murmuras? (Pacorra ríe.)

CAL. Nada, mamá.

SRA. SIM. No seas imbécil, crees que haces gracia con tus salidas de tono y cada vez consigues hacerte más antipático.

PAC. (Creyendo de su deber intervenir.) Su hijo, señora Simón, es muy amable.

SRA. SIM. ¡Ah! ¿Has hablado con mi señor hijo Calabaza? ¿Y ha estado amable contigo? Pues es un triunfo. ¡Ahí es nada merecer las atenciones del señor Calabaza! Yo soy su madre

y todavía no he logrado oírle una palabra de cariño. (Volviéndose a Calabaza que trabaja, silbando una canción como si no hablaran con él.) ¡Ven aquí! (Calabaza se acerca. Su madre óa un pago hacia él y Calabaza levanta el codo y baja la cabeza para esquivar el bofetón.) ¿Qué significa eso? ¿Sigues con tu manía de hacerte la víctima delante de la gente? Ya te he dicho que me mortifica. (Calabaza se mete las manos en los bolsillos.) ¿En qué piensas ocupar la tarde? Papa me ha dicho...

CAL. Papa me ha dicho...
SRA. SIM. ¿Papa me ha dicho? ¿Cuántas veces he de repetirte que es ridículo a tu edad ese papá me ha dicho?

CAL. Mi padre me ha dicho que saldríamos a cazar.

SRA. SIM. ¿Estás ya preparado?

CAL. Sí, madre.

SRA. SIM. ¡Sí, madre! No hay cuidado que conmigo te equivoques. ¡Como mamá es más cariñoso!

CAL. Pero...

SRA. SIM. Basta. Ya sé que no han de faltarte nunca excusas... Estás preparado y vas sin corbata.

CAL. Como usted dice que en el campo no se necesita...

SRA. SIM. (Golpeándole la espalda.) ¡Mira qué espalda, llena de tierra!

CAL. Es de la azada.

SRA. SIM. ¿Ah, te cavas la espalda con la azada? ¿Por qué no te has puesto las botas? ¿no me has dicho que estabas preparado?

CAL. Es que...

SRA. SIM. Todo por ganas de mortificar. Sabes lo que le disgusta a tu padre, tener que esperarse, va a llamarte de un momento a otro y tienes que ponerte las botas, los calcetines, la camisa, el cuello, la corbata, el cinturón, lavarte la cara, limpiarte las manos y cepillarte la chaqueta. ¡Vamos, despacha! (Calabaza no se mueve.)

PAC. Si á la señora le parece, yo puedo ayudarle.

SRA. SIM. ¡No faltaba más! Estoy cansada de pagar los criados para él... ¡Vamos!

CAL. Es que... (El señor Simón con gran sombrero de caza y la escopeta al hombro apareció en lo alto de la escalera.)

SRA. SIM. ¿Vamos, Calabaza?

ESCENA V

DICHOS y SEÑOR SIMÓN

SRA. SIM. Tu padre me alegro. (Se patea por el foro.)

PAC. ¡Qué mal genio debe tener el señor!

CAL. (Después de un momento de vacilación, cierra los ojos se encadra y dice, con resolución:) Es que... ¡papá, he cambiado de opinión!

SRA. SIM. ¿Cómo?... ¿qué dices?

CAL. (Con las manos en los bolsillos, actitud de idiota.) Que he cambiado de opinión, papá, que no puedo acompañarte a cazar.

SRA. SIM. Creo que me has dicho dos veces que estabas decidido.

CAL. Pero he cambiado de opinión.

SRA. SIM. Pero eres un asno insoportable, Calabaza. Tendré que salir sólo.

CAL. (Comprendiendo que la treta va á ser inútil.) ¿Te marcharás sólo, papá?

SRA. SIM. Es claro... hoy justamente tengo cita con unos amigos en el monte. (Calabaza hace una mueca.)

SRA. SIM. ¿Qué significan esas muecas, Calabaza? Has tratado de mortificar á tu padre y te disgusta no conseguirlo, ¿verdad? ¿crees tú que papá necesita?... Si estuviera aquí Javier, no te hubiera dicho nada papá. ¿Sabes? Estas son las atenciones que tienes á tu padre. (Calabaza queda ensimismado. El señor Simón trata de desatar el perro en la casilla.)

SRA. SIM. (Facilitando la marcha de su esposo.) Pacorra, ayuda al señor á desatar el perro. (A Simón.) Si quieres, puede acompañarte Pacorra.

SRA. SIM. (Mal humorado.) ¿De qué quieres que me sirva Pacorra, cazando? ¿Tienes unas ocurrencias!

SRA. SIM. (Mimosa.) Bueno, hombre, no te enfades,

SR. SIM. pues espera un poco, tal vez Javier regrese pronto y te acompañará con gusto.
¡Buen provecho te haga tu Javier! sale a cazar con guantes; no me sirve más que Calabaza para el caso. (Calabaza sonríe envanecido y mira cariñosamente a su padre.) Pero está visto que no puedo darme un gusto en esta vida. No saldré.

SRA. SIM. (Empezando a impacientarse.) ¿Cómo que no saldrás?... ¿no lo habías decidido? ¡qué gran ejemplo, un padre que se deja gobernar por el más caprichoso de sus hijos! Pues me marchó yo. Me horripilan los padres sin energía como tú. Ya lo ves, Calabaza... ya puedes estar satisfecho. ¡Fuera esas manos de los bolsillos, ó te los coso dentro! y... ¡no me mires así, que soy tu madre! Ahí tienes, Pacorra, lo que es mi señor hijo Calabaza. Pues tu padre hará lo que se le antoje. Pero yo no me dejaría gobernar por ti; se empieza desobedeciendo a los padres, se acaba en la horca. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Un hijo en la horca! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Completamente descompuesta entra en la casa. Pacorra no sabe lo que le pasa, quiere correr y se le cae el paraguas y el ceato, y con ansias de acudir a su señora, lo deja en el suelo. El señor Simón se encoge de hombros, vuelve a colgarse la carabina y se dispone a salir.)

CAL. (Con mucha frialdad, deteniendo a Pacorra.) No te precipites, recoge todo eso, tienes tiempo.

PAC. (Con buena fe.) Es que a la señora va a darle un ataque.

CAL. Es lo mismo. A mamá le duran los ataques hasta que se sale con la suya. Recoge eso; tienes tiempo. (Pacorra recoge los trastos y entra también en la casa.)

ESCENA VI

SEÑOR SIMÓN, CALABAZA

CAL. (Viendo que su padre se marcha.) ¡Papá!

SR. SIM. ¿Qué?

CAL. Si quieres, te acompañaré a cazar: ya he cambiado de opinión... ¿sabes? Lo que yo quería era que tú no te movieras de casa. Pero ya que sales... me gusta acompañarte. ¿Y por qué no querías que me moviese yo de casa?

CAL. Era una idea mía, papá... ya hablaremos otro rato.

SR. SIM. Calabaza, eres un asno.

CAL. (sollozando.) Sí... pa... pá...

SR. SIM. (Extrañado.) ¿Por qué lloras?

CAL. (Enjugándose las lágrimas con el revés de la mano.) Por nada, papá... Me has conmovido cuando me has dicho que nadie más que yo servía para acompañarte... ¿no recuerdas?

SR. SIM. (Con frialdad.) Es la verdad. Pero vas descalzo y sucio, ¿cómo no te has arreglado? ¡Me harás esperar dos horas!

CAL. No, papá, saldré así mismo.

SR. SIM. ¿Descalzo? Te sangrarán los pies por el monte.

CAL. No, papá. Estoy seguro de mi piel. Y, además, no quiero hacerte esperar.

SR. SIM. (Con indiferencia.) ¡Vamos!... (Calabaza se eucasqueta una gorra, coge el zurrón al hombro, un palo en una mano, y sale por la reja, siguiendo a su padre como un perro. Mientras desaparece se le oye silbar indiferente una canción monótona.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MUTACION
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
1625 MONTERREY, MEXICO



CUADRO SEGUNDO

Un camino en un monte medio rústico, medio urbano. Bosque de cercanía de pueblo. Al caer de la tarde

ESCENA PRIMERA

CALABAZA, en seguida PACORRA. Pasados algunos instantes en que la escena está sola, suena interior la voz del señor Simón. Gritando

SR. SIM. (Dentro.) ¡A ella!... ¡Calabaza, acósala!... ¡Ya es mía! (Otra pausa y entra en escena Calabaza, sudoroso y rendido, apenas puede andar con sus pies descalfados. Da algunos pasos por la escena, resintiéndose del dolor, y escudriña en la maleza.)

CAL. (Al entrar.) ¡Gracias a Dios! (Ha sonado un tiro lejano.) Cuando papá cobra una pieza, se toma media hora de descanso. (Acaba por encontrar una piedra y se sienta en ella.) ¡Uff!... ¡Los pies me duelen mucho!... (Mirando en torno suyo.) Si hubiera por aquí alguna fuente... metiéndolos en agua fría se me calmaría esta fiebre tal vez... (Se levanta y da unos pasos como para buscar la fuente, entonces entra Pacorra en escena. Trae una cesta al brazo y parece radiante de alegría al encontrarse con Calabaza.)

CAL. (Sin grande extrañeza.) ¡Ah!... ¿Eres tú, Pacorra? ¿nos buscabas?

PAC. A usted buscaba, señorito Calabaza... Todo

el bosque llevo andado. (Mirándole los pies.) Pero ahora que le encuentro no me pesa. (Receloso.) ¿Te manda mi madre?

CAL. No, señor. De propia intención vengo.

PAC. ¿Qué te trae aquí?

(Mostrando la cesta que lleva al brazo.) ¿A que no adivina usted lo que traigo en esta cesta?

CAL. Yo qué sé... tus cosas.

PAC. (Saca de la cesta unas botas y sonríe agitándolas triunfalmente.) Parecen mis botas.

¡Y lo son!... Ande, vamos a calzar esos pies, que da lástima de verlos así, como los pies de un Cristo-niño. (Calabaza le va a tomar las botas para calzarlas; pero ella las retira, y agachándose a sus pies, aunque Calabaza se resiste, va a calzárselas por sí misma: toma uno de sus pies con ambas manos, y con el propio delantal que lleva, se lo enjuga de los rasguños que tiene, oprimiéndolo maternalmente.)

PAC. ¡Señor, señor, si parte el alma ver así estas carnes de criatura!

CAL. Deja, deja, que yo me calzaré.

PAC. Quite, por Dios, quite, ¿qué trabajo cuesta? ¡Si consueña todavía! (Toma una bota y se dispone a calzársela.)

PAC. ¡Ah! Pero ahora pienso... ¿seré yo tonta?...

Si con los rasguños y estas plantas ensangrentadas, las botas le oprimirán y le harán más daño todavía... Debíamos vendar los pies... (Tiene una idea.) No, espere... (Se aleja unos pasos y se agacha como si quisiera descalzarse. Repentinamente y como avergonzada, vuelve a erguirse y dice un poco confusa.) ¡Ay! pero señor, ¿qué iba a hacer yo? Como mis medias, que las hizo la abuela tomando el sol, son de estambre y blancas y esponjosas como nieve... ya ve usted... había pensado en ellas; pero, perdón el señorito... fué la buena voluntad...

(Mientras parte en dos pedazos el pañuelo, envolviéndose con ellos los pies y calzándose, dice:) ¡Pobre Pacorra!... ¡Cuánto has de aprender en casa todavía!... ¿Que me oprimirán mis botas?...

CAL. ¿no las ves? ¿No sabes que en todo atina la

previsión de mi señora madre?... Como Calabaza es delicaducho y esmirriado, no puede estrenar zapatos nuevos... ¿qué imaginabas tú?... A Javier se le hacen estas cosas, y cuando están mal para él, sale y las aprovecha Calabaza. Y ni las camisas me irritan la espalda, con el roce de lo nuevo, ni me oprimen los pies las botas que, ya ves, se abren y los dejan en libertad por todas partes...

PAC. Entonces, ¿no he hecho mal trayéndolas para que el señorito se calzara?

CAL. Has hecho bien, Pacorra; gracias.

PAC. Cuando la señora me ha dicho que podía salir de casa toda la tarde, yo he pensado... El señorito Calabaza se ha marchado descalzo al monte... y, á estas horas, deben sangrarle los pies...

CAL. (Ya calzado.) Gracias, Pacorra... Y me has traído las botas en seguida. (Calabaza se pasca como queriendo darselo á la entrevista.)

PAC. En seguida, no... Todavía he rondado un poco por los alrededores de la casa... (Queriendo darse á entender.)

CAL. (Sin darse por entendido.) Son bonitos. Y hay allí, en la misma carretera algunos árboles que se me parecen. Con el cielo lejos; con el agua lejos, descoloridos, mustios y cubiertos de polvo, como yo.

PAC. Me he quedado en los alrededores, señorito, porque maliciaba.

CAL. Mal hecho.

PAC. No, porque tenía razón, ¿sabe usted?

CAL. Peor, Pacorra.

PAC. Y voy... y cuando salgo me escondo detrás del corral... y hacia un calor... y por aquí y por allá las gallinas picoteaban de cuando en cuando el suelo y se quedaban después con el cuello tendido escuchando, como si alguien se acercara... y un bulto de hombre ha entrado en la casa y la señora lo esperaba y yo me he dicho: mire si es gana de atormentar á Calabaza! Porque ese debe ser el señor que vuelve ya del monte y solo por

media hora le han armado al muchacho aquella gritería. ¡Y me he fijado un poco y me ha parecido que no era el señor... y me ha dado vergüenza que me vieran, y me he venido aquí... y aquí estoy... ¡y tengo una penal...

CAL. Yo también, Pacorra.

PAC. La señora me ha dicho que no volviera á casa hasta la noche.

CAL. A nosotros también.

PAC. ¡Pues yo... no doblaría la cabeza como usted y hablaría al señor y me volvería á casa ahora mismo, y si algo ha de pasar que pase! En mi casa no ha de pasar nada: no hay más que un remedio, Pacorra... créeme... ¡escaparse!

PAC. ¿Quiere usted venirse al pueblo, señorito Calabaza? Mire usted, los dos viejos de mi casa no habían de extrañarse. No se crea, le recogerían con cariño. Tenemos dos vacas en casa, una roja, la otra negra con un lucero blanco aquí en la frente. Pues tierras y su poquito de frutas y de huerta, no nos faltan. Hay cerca de mi casa un prado grande con una yerba así de menudita y tierna, donde las vacas se van solas á pacer, y si se tienden sobre la misma yerba á descansar ¡tienen una cara de gusto!

CAL. Si yo fuera á tu casa Pacorra, me encargaría de las vacas.

PAC. ¡Que había de encargarse usted, hombre de Dios! ¿No le digo que van solas? Usted se encargaría de beber su leche y á lo más de acariciarlas, así, pasándolas la mano por el lomo cuando están rumiando en el establo.

CAL. ¿Hay montes altos en el pueblo?

PAC. ¡Uy! como veinte de estos puestos en hilera y como cuatro ó cinco puestos uno encima de otro.

CAL. Quiero decir monte verde... monte de verdad...

PAC. Verde, verde y con muchas fuentes.

CAL. ¿Y con sitios escondidos donde uno pueda perderse?

PAC. Que sí, que sí.
 CAL. Bueno, Pacorra... si alguna vez me escapo de mi casa iré á tu pueblo.
 PAC. ¿Pa qué?
 CAL. ¡Qué sé yol... Para perderme en el monte y descansar á gusto tres días seguidos.

ESCENA II

DICHOS y SEÑOR SIMÓN

SR. SIM. (Con la escopeta en la mano.) ¿Qué haces aquí, Calabaza?
 CAL. Nada, papá.
 SR. SIM. ¿Y usted qué hace aquí?
 PAC. La señora me ha dicho que no volviera á casa hasta la noche.
 CAL. Sí, papá.
 SR. SIM. ¡La señora le ha dicho! Pero la señora no le ha dicho que viniese en busca de Calabaza á charlar y retozar con él por estos montes. ¿No le da á usted vergüenza?
 PAC. (Con honrada indignación.) ¿Vergüenza de qué, señor? He visto salir al señorito descalzo, y le he traido sus botas para que los pies no le sangraran; vergüenza debía darle á usted que es padre suyo, y lo ha sacado de casa de aquel modo.
 CAL. Disimula, papá. Pacorra no conoce las costumbres de la casa.
 PAC. Eso es, señor. No conozco las costumbres de la casa, y me dejo llevar por la ternura del alma y por la hombría de bien que llevo dentro... Y mire usted, señor, yo no sirvo para malos tratos. De ver cómo tratan los señores al señorito, me entra una pena tan grande, que me lo ecmería á besos. Y me haría á diario unos hartones de llorar, que detrás de él me moriría. Y además, su casa de usted no me acomoda, porque...
 CAL. ¡Pacorral!
 PAC. No se enfade el señor, que no tiene ninguna culpa.

CAL. ¡Pacorral!
 SR. SIM. ¡Déjala que hable, que de algo le remuerde la conciencia cuando tanto se defiende.
 PAC. ¡Me remuerde... sí, señor, me remuerde de haberme entretenido tanto tiempo con Calabaza y no haberle buscao á usted para decirle lo que pasa... sí señor. Pues pasa...
 CAL. Pégame, papá. Pacorra iba á decirte que he querido abrazarla y que se ha entretenido á hablar conmigo para reprenderme... Eso es, papá. Nada más que eso, ¿verdad, Pacorra?
 PAC. ¡Miren el rapaz de Dios! ¡Pues no quiere cargar ahora con las culpas! (En el momento en que el señor Simón levanta la carabina para amenazar á Calabaza, que sumiso espera el castigo, interviene Pacorra diciendo violentamente y deteniendo el brazo del señor Simón.) ¡Que no señor, hombre, que no es eso! Su casa de usted no me acomoda; pero no es por Calabaza, no señor, sino por la señora, ¿sabe usted? Y yo no digo más; pero en el pueblo saben muy bien lo honrada que es Pacorra, y que no miente, y que para ciertos oficios no aprovecha. ¡Y si que me da vergüenza, ya que usted me lo pregunta! Tanta vergüenza que me marcho. (Sale Pacorra. El señor Simón queda mucho rato en silencio. Calabaza también. Los dos están sentados. Simón descarga su carabina y vuelve á cargarla luego, mirando y remirando el nuevo cartucho que introduce.)

ESCENA III

SEÑOR SIMÓN y CALABAZA

SR. SIM. Calabaza, debíamos volver á casa ahora mismo.
 CAL. ¿Por qué, papá? ¡Es tan temprano! De seguro que mamá no nos espera hasta la noche.
 SR. SIM. ¡Pues por eso! Calabaza, esa Pacorra parece una muchacha honrada.
 CAL. Sí, papá.

SR. SIM. (Poniéndole las manos en los hombros.) Oye, Calabaza... y tú... ¿crees que no ha mentido?

CAL. Yo, papá...

SR. SIM. Quiero saber... responde: ¿crees que no ha mentido?

CAL. (Temblando y sollozando.) Creo que no, papá. Creo que no ha mentido.

SR. SIM. (Con arranque sincero.) ¡Vamos!

CAL. ¡Papá!

SR. SIM. ¿Qué quieres?

CAL. ¿No me das la carabina? Todos los días cargo con ella a la vuelta.

SR. SIM. Pero hoy no...

CAL. ¿Por qué, papá? Vas a fatigarte. Yo la llevaré con cuidado. Además, antes de llegar a casa me dejarás, como todos los días, disparar el último cartucho.

SR. SIM. No, hoy no. Ya te he dicho que no.

CAL. (Insistiendo.) ¿Por qué, papá?

SR. SIM. Porque hoy no es como todos los días el último cartucho. (Pausa. Calabaza besa la mano a su padre.)

CAL. Eres un hombre, papá.

SR. SIM. (Abrazado a su hijo.) Calabaza, tú también eres un hombre. (Salen del bosque por la parte opuesta a la que ha dado entrada últimamente al señor Simón.)

MUTACION



CUADRO TERCERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEX.

El comedor de la pequeña casita de los señores Simón. Un intermedio entre cocina rústica y comedor urbano. La chimenea recuerda un poco el hogar de las casas de pueblo. Muebles tristes y anticuados. Aire de interior, cuidado sin cariño y sin gusto. Luz crepuscular. En el fondo una puerta que da al jardín y una ventana a cada lado de la puerta. En la parte derecha otra puerta que comunica, por medio de una escalerilla que se ve, con el primer piso de la casa. En la izquierda otra puerta comunicando con la cocina y dependencias interiores.

ESCEÑA PRIMERA

SEÑOR SIMÓN y CALABAZA. Simón, intranquilo. Calabaza, con su aplomo reconquistado, un aplomo que no pierde más que en presencia de la señora Simón, su madre.

SR. SIM. ¿Has visto algo, Calabaza?

CAL. Nada, papá. (El señor Simón se quita la carabina, dejándola sobre la mesa del comedor.)

SR. SIM. Pues yo he visto que alguien iba a salir por el fondo de la huerta hacia donde está la puerta de escape que da al atajo.

CAL. No lo creas, papá; por aquella puerta no puede salir nadie.

SR. SIM. ¿Por qué, Calabaza?

CAL. Porque yo tengo la llave.

SR. SIM. De modo que no hay remedio... Quieras que no, tenemos que enterarnos de todo y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SR. SIM. (Poniéndole las manos en los hombros.) Oye, Calabaza... y tú... ¿crees que no ha mentido?

CAL. Yo, papá...

SR. SIM. Quiero saber... responde: ¿crees que no ha mentido?

CAL. (Temblando y sollozando.) Creo que no, papá. Creo que no ha mentido.

SR. SIM. (Con arranque sincero.) ¡Vamos!

CAL. ¡Papá!

SR. SIM. ¿Qué quieres?

CAL. ¿No me das la carabina? Todos los días cargo con ella a la vuelta.

SR. SIM. Pero hoy no...

CAL. ¿Por qué, papá? Vas a fatigarte. Yo la llevaré con cuidado. Además, antes de llegar a casa me dejarás, como todos los días, disparar el último cartucho.

SR. SIM. No, hoy no. Ya te he dicho que no.

CAL. (Insistiendo.) ¿Por qué, papá?

SR. SIM. Porque hoy no es como todos los días el último cartucho. (Pausa. Calabaza besa la mano a su padre.)

CAL. Eres un hombre, papá.

SR. SIM. (Abrazado a su hijo.) Calabaza, tú también eres un hombre. (Salen del bosque por la parte opuesta a la que ha dado entrada últimamente al señor Simón.)

MUTACION



CUADRO TERCERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEX.

El comedor de la pequeña casita de los señores Simón. Un intermedio entre cocina rústica y comedor urbano. La chimenea recuerda un poco el hogar de las casas de pueblo. Muebles tristes y anticuados. Aire de interior, cuidado sin cariño y sin gusto. Luz crepuscular. En el fondo una puerta que da al jardínillo y una ventana a cada lado de la puerta. En la parte derecha otra puerta que comunica, por medio de una escalerilla que se ve, con el primer piso de la casa. En la izquierda otra puerta comunicando con la cocina y dependencias interiores.

ESCEÑA PRIMERA

SEÑOR SIMÓN y CALABAZA. Simón, intranquilo. Calabaza, con su aplomo reconquistado, un aplomo que no pierde más que en presencia de la señora Simón, su madre.

SR. SIM. ¿Has visto algo, Calabaza?

CAL. Nada, papá. (El señor Simón se quita la carabina, dejándola sobre la mesa del comedor.)

SR. SIM. Pues yo he visto que alguien iba a salir por el fondo de la huerta hacia donde está la puerta de escape que da al atajo.

CAL. No lo creas, papá; por aquella puerta no puede salir nadie.

SR. SIM. ¿Por qué, Calabaza?

CAL. Porque yo tengo la llave.

SR. SIM. De modo que no hay remedio... Quieras que no, tenemos que enterarnos de todo y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



hacer una escena... Si hay alguien en casa, ha de pasar por delante de la ventana para salir por la verja a la carretera.

CAL. Sí, papá.
SR. S.M. Mira, Calabaza, me parece que oigo pasos por la huerta... Descarga esa escopeta.
CAL. (Imperturbable.) ¿Sobre los que pasan?
SR. SIM. (Extremeciéndose.) No; sin dispararla.
CAL. (Con la escopeta en la mano.) Si quieres, papá, cerraré los ojos y dispararé por la ventana. Se encargará el destino de dirigir la bala.
SR. SIM. Calabaza, hijo mío, descarga esa escopeta sin dispararla; hazme el favor.

EACSEN II

DICHOS y PACORRA que se la oye gritar

PAC. (Hablando con alguien a gritos.) Yo no he tocado esa llave, ni tengo por qué tocarla. Y yo no miento nunca, ¿sabe usted? no miento. (Entra por la izquierda.)
SR. SIM. ¿Qué pasa, Pacorra? (Calabaza mete las manos en los bolsillos; mira a su padre, mira a Pacorra y silba su canción.)

ESCENA III

DICHOS y SEÑORA SIMÓN, que entra descompuesta por la izquierda

SRA. SIM. ¿Ha parecido la llave?
CAL. (Un poco desconcertado.) Sí, mamá.
SRA. SIM. ¿La tenías tú?
CAL. Sí, mamá.
SRA. SIM. ¿Y por qué la tenías?
CAL. (Comenzando a temer por su cara.) Como la puercecita pequeña no se utiliza nunca...
SRA. SIM. ¡Ah! no se utiliza nunca la puerta pequeña. Y cuando regresa Javier, ¿por qué puerta va a entrar si no le dejamos esa abierta?

CAL. No es eso, mamá... sino que como pedías la llave con tanta urgencia, creí que la necesitabas ahora mismo.
SRA. SIM. Ahora mismo; sí, señor.
CAL. ¿Por qué, mamá?
SRA. SIM. (Comenzando a descomponerse.) ¡Porque lo mando y... basta!
CAL. ¡No basta, mamá!... Nada más que la razón basta para mandar.
SRA. SIM. Dame la llave.
CAL. No puedo.
SRA. SIM. (Avanzando un poco. Calabaza se retira. Queda la mesa entre los dos.) ¿Por qué no puedes?
CAL. Porque he olvidado dónde la puse.
SRA. SIM. (Fuera de sí.) ¡Mientes!
CAL. ¡No importa!
SRA. SIM. (Amenazándole.) ¿Cómo que no importa?
SR. SIM. ¡Basta!... Calabaza, hijo mío, dale esa llave a tu madre.
CAL. ¿Lo quieres tú, papá?
SR. SIM. Lo quiero.
CAL. (Sacando la llave del bolsillo del pantalón.) ¡Tómala (dandosela a su padre.)
SR. SIM. (Dandosela a la señora Simón.) Haz con esa llave lo que tengas que hacer y vuelve pronto, que tenemos que hablar.
SRA. SIM. ¿Tenemos que hablar?
SR. SIM. Pocas palabras. Anda. (Sale la señora Simón.)

ESCENA IV

SIMÓN, PACORRA y CALABAZA. El señor Simón habla en voz baja con Pacorra. Ésta sale inmediatamente del cuarto. Calabaza está a la ventana expiando ansiosamente la obscuridad. De repente da un grito y se va a abalanzar sobre la escopeta. Encuentra al señor Simón que la está descargando

C.L. No, papá, no sabes, déjame, dame... ¡lo he visto!
SR. SIM. Yo también lo he visto, Calabaza: no te apures. (Pausa. El señor Simón acaba de descargar la escopeta. Mira al reloj, arregla unos papeles. Luego se sienta.)

CAL. Papá...

SR. SIM. ¿Qué quieres, hijo mío?

CAL. Un favor muy grande.

SR. SIM. Di.

CAL. Quiero marcharme de casa.

SR. SIM. Es natural. ¿Hace mucho tiempo que lo deseas?

CAL. (Ingenosamente) Desde que no quiero á mamá.

SR. SIM. Pero... ¿Hace mucho tiempo?

CAL. Escucha, papá. Era yo muy chiquitito, debía tener cinco años. Un día habías salido á cazar como hoy... Yo andaba por el jardín á estas mismas horas... Y pasó esto mismo... ¿comprendes? Mamá vino en seguida á hablarme muy cariño-a... «¿Qué has visto, Calabaza?» — «Nada, mamá...» Pero desde entonces, ¿sabes? De-de entonces aquí tenía un peso y aquí un nudo. Quiero marcharme, papá.

SR. SIM. ¿Por qué no has resuelto marcharte hasta hoy?

CAL. Porque hasta ahora he sido niño, papá. Figúrate que esta tarde estaba yo pensando en poner fin á todo esto y había resuelto... pero eran cosas de niño, papá; ¿qué quieres que te explique?

SR. SIM. Todo, hijo mío, explicámelo todo, Antonio, me parece que ahora te hablo por la primera vez.

CAL. Por lo menos es la primera vez que me has llamado Antonio.

SR. SIM. Es tu nombre...

CAL. Gracias, papá... Pues mi plan era el siguiente. Negarme á acompañarte á cazar, porque tú no te movieras de casa; cerrar la puertecita de escapé y estar-me toda la tarde en el patio; con todo esto reunido, pensaba yo, se quita la ocasión de lo demás: mamá no se moverá de casa mientras estemos todos en ella; á casa no vendrá nadie sin que le sirva yo de centinela; y repitiendo esto un día y otro día, á pesar de los golpes y de los malos tratos y de los castigos me decía yo: ó logro lo que quiero, ó acaban por matarme

los martirios... y las dos cosas, papá, me parecían buenas.

(Apretándole los hombros.) ¡Hijo!

SR. SIM. Era un plan de niño y se ha derrumbado como un castillo de naipes... Papá, quiero marcharme de casa.

CAL. Pero, ¿á dónde vas á irte solo?

SR. SIM. ¿Si dijeras á Pacorra que me acompañase un par de años!...

CAL. ¿Y cuándo quieres marcharte?

SR. SIM. Ahora mismo; dentro de una hora sale el último tren para la ciudad, ¿verdad? y allí trabajaré... y tú vendrás á verme, papá, muy á menudo, ¿verdad?

SR. SIM. Pero no vas vestido, tienes que arreglarte; ¿cómo vas á presentarte de ese modo á pedir trabajo á los amigos á quienes te recomiende?

CAL. ¿Me das permiso, papá? ¿voy á vestirme?

SR. SIM. (Consultando el reloj por segunda vez.) Y muy aprieta, que corre mucho el tiempo, Antonio. (Sale Calabaza por la puerta lateral derecha que comunica con la escalera. El señor Simón entra por otra puerta lateral izquierda. La señora Simón entra en el comedor por la puerta del foro, mira á todos lados y, suspirando aparatosamente, se sienta en el sillón. Sale el señor Simón con una maleta en la mano.)

ESCENA V

SEÑOR SIMÓN y SEÑORA SIMÓN

SRA. SIM. (Asomándose á la ventana lateral y examinando el jardín.) ¿Habrán visto?

SR. SIM. (Fijándose en su esposa.) ¡Ah! ¿Ya estás de vuelta?

SRA. SIM. Sí... ¿qué te ocurre?

SR. SIM. ¡Oca cosa; ¿puedes decirme, poco más ó menos, cuánto gastamos al mes todos juntos, para mantenernos?

SRA. SIM. ¿Desconfías ahora de mí? ¿crees que siso, como las criadas?

SR. SIM. Hablo en serio, Teresa, y te ruego que me contestes.

SRA. SIM. (Después de una pausa, un poco desconcertada.) Todo comprendido un mes con otro debemos gastar cuatro mil reales. Pero si quieres, desde mañana estoy dispuesta á darte cuentas. Calabaza puede tomármelas.

SR. SIM. (Se sienta en una silla y se pone á escribir.) Está bien.

ESCENA VI

DICHOS y CALABAZA, vestido en traje de domingo

SRA. SIM. ¿Estás loco, Calabaza? ¿A dónde vas?

CAL. ¡Fuera, mamá!

SRA. SIM. ¿Qué dices? ¿A quién has pedido permiso para ponerte el traje? ¿A desnudarte en seguida!

CAL. Es que...

SR. SIM. Un momento. En la casa, desde hoy, habrá dos bocas menos; todos los meses mi notario te entregará tres mil reales, ¿está justo?

SRA. SIM. (Tartamudeando.) Está justo, pero...

ESCENA VII

DICHOS. PACORRA muy sofocada

PAC. Los tres billetes, señor, el mío y los dos que usted me ha encargado. El tren sale dentro de media hora.

SR. SIM. Dame los dos billetes, coge esta ropa y esta maleta. Y en seguida á la estación... (Sale Pacorra.)

CAL. (Llorando de gozo.) Papá, ¿pero tú?...

SR. SIM. Sí, hijo mío... Hoy comienzas á levantar tu casa, la casa de un hombre de corazón. ¿Crees que en ella habrá sitio para un padre desengañado y viejo?

CAL. (Abrazándole con efusión.) ¡Oh, papá!

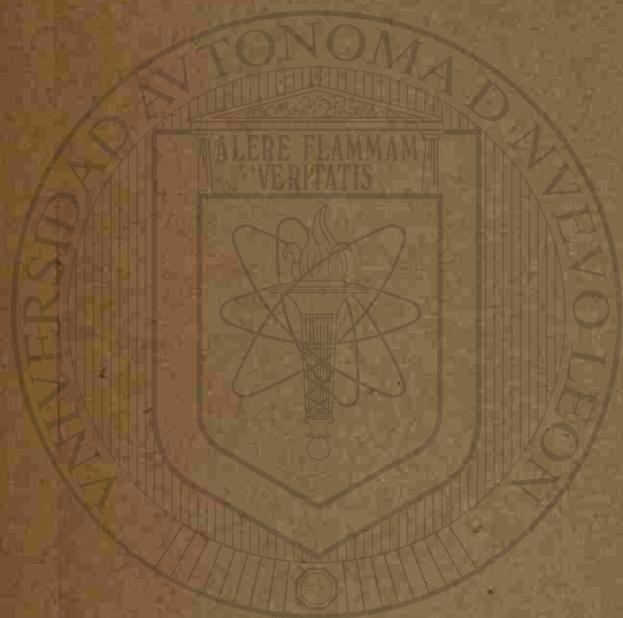
SRA. SIM. ¡Qué escenas! ¡Pero acabemos de una vez! ¿Queréis decirme lo que esto significa? ¿Estás en el caso de pedir limosna á tu hijo? ¿un rincón para vivir! ¿no es esta tu casa?

SR. SIM. (Abrazando á Calabaza.) La casa de un hombre, señora, no son las cuatro paredes frías que le tapan la mesa donde se sienta para engullir garbanzos. La casa de un hombre es antes que nada, el amor y la consideración de los suyos; el corazón es el verdadero hogar de una casa. ¡Esto aquí no lo encuentro y aquí sí! (Golpeando el corazón de Calabaza.) Por eso nos vamos. (Van á salir.)

SRA. SIM. (Amenazando.) ¡Javier me vengará!

SR. SIM. (Volviéndose apenas.) ¡Desconfía de Javier! ¡Le has hecho á imagen tuya! ¡Tal vez me vengue á mí! (Sale. Calabaza se enjuga los ojos con el pañuelo. La señora Simón se retuerce las manos.)

TELON RÁPIDO



DOS PALABRAS

Es costumbre del autor dar las gracias en esta última página a los artistas que han interpretado su obra, colaborando con él, en el momento de darla a conocer al público.

Yo me conformo gustoso con la costumbre; pero es necesario que se me consienta expresar, además de mi reconocimiento, mi admiración por la labor de Josefina Blanco, al crear el protagonista complejo de este pequeño drama.

E. Marquina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DEL MISMO AUTOR

<i>El Pastor</i> , poema dramático en tres actos y en verso.....	2	pesetas.
<i>Agua mansa</i> , zarzuela en un acto.....	1	>
<i>La vuelta del rebaño</i> , zarzuela en un acto.....	1	>
<i>Benvenuto Cellini</i> , biografía dramática en cuatro actos.....	2	>
<i>Emporium</i> , drama lírico en tres actos (ver- so catalán).....	1	>

Obras no dramáticas

Odas (agotada).....		
<i>Eglogas</i>	0,75	>
<i>Las vendimias</i>	3	>
<i>Elegías</i>	2	>

Traducciones

<i>La ciudad y las sierras</i> , novela de Eça de Queirós.....	1	>
<i>Subiendo de la esclavitud</i> ... autobiografía del pedagogo negro, Booker T. Washington, con un prólogo del traductor.....	2	>
<i>Las flores del mal</i> , de Charles Baudelaire, traducidas en versos castellanos.....	3	>

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

